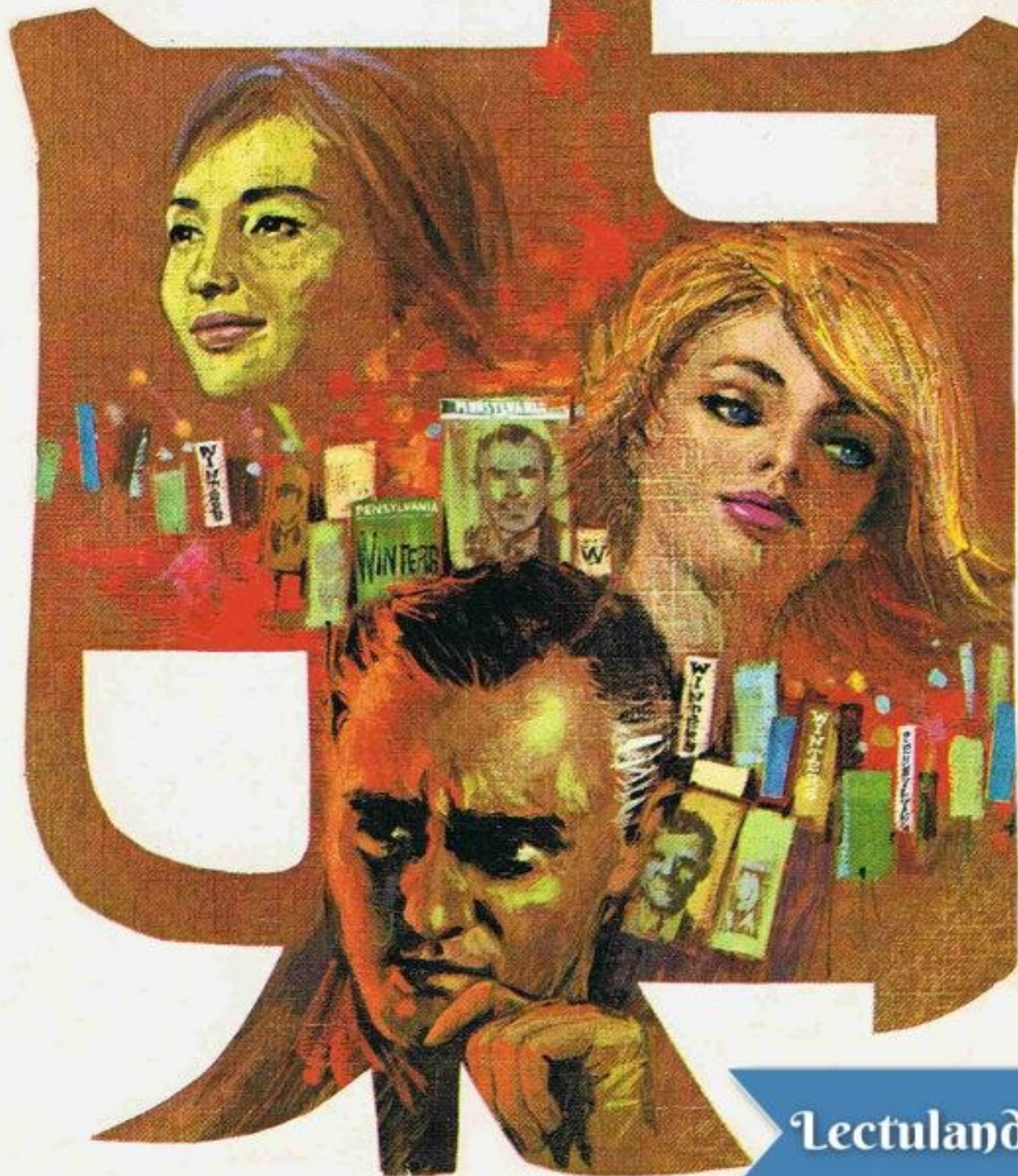


**el año
nuevo**

**PEARL
S. BUCK**



Lectulandia

Hasta la llegada de aquella carta procedente de Corea, Laura Y Christopher Winters era una pareja feliz que había triunfado en la vida. No tenían hijos, pero la felicidad que encontraban en sí mismos y en sus carreras daba plenitud a sus vidas. La carta enviada a Chris desde Corea lo cambió todo. Comenzada diciendo: «Querido papá americano». Y la firma rezaba: «Kim Christopher». La carta hizo que Chris no pudiera relegar a segundo término el pasado u ocultárselo a Laura. ¿Que iba a ser de la carrera política de Chris? ¿Y de la felicidad de Laura? ¿Y del niño Kim Christopher?

Lectulandia

Pearl S. Buck

El año nuevo

ePub r1.1

viejo_oso 26.05.14

Título original: *The New Year*
Pearl S. Buck, 1968
Traducción: Eduardo Mallorquí
Cubierta: Álvaro

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

La autora agradece expresivamente la cortesía de «The World Publishing Company» al permitirle la inclusión de un fragmento de *Man's Most Dangerous Myth*, de Ashley Montagu.

CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el timbre del teléfono.

—¿Quién será ahora? —murmuró Greta.

Se alisó el pequeño delantal blanco y cogió el auricular. La voz de su señora sonó clara y musicalmente en su oído.

—Buenos días, Greta. Aún estoy en Nueva York. ¿Ha bajado ya Mr. Winters?

—No, Mrs. Winters, todavía está arriba.

—Bueno. No debe levantarse, Greta. Y si lo hace, no ha de salir. El doctor me llamó anoche para decirme que mi marido tenía una fuerte gripe. Tiene que quedarse en cama y no tomar más que líquidos durante todo el día.

—Pero... yo no puedo hacer que Mr. Winters se quede en cama. No me hará caso. Usted volverá hoy como dijo, ¿verdad?

—Ésa era mi intención, Greta, pero no podré. Los farmacéuticos se reúnen y yo debo suplir la vacante de uno que no ha podido venir.

—Sí, Mrs. Winters.

A través del hilo telefónico, la voz de Mrs. Winters tenía un tono persuasivo al decir:

—Tiene usted que evitar que mi marido se levante, Greta.

—Haré lo posible, pero... ¡Oh, vaya, aquí viene!

Se volvió hacia la puerta.

—Mr. Winters, su esposa quiere hablar con usted.

—¡Espléndido! —dijo Christopher Winters—. Una manera excelente de empezar el día.

Cogió el receptor y antes de hablar se vio dominado por un fuerte acceso de tos. En su oído, la voz de su mujer sonó, reprobadora:

—¡Cariño, parece que estás peor!

—No, al contrario, estoy muy mejorado.

—¿Adónde piensas ir? ¿No puedes quedarte en casa?

—Imposible. Berman vendrá después del desayuno y en seguida saldremos hacia la central de campaña.

—¿Te ha visto el médico?

—Anoche.

—No te olvides de llamarme, cariño. A las siete estaré de vuelta en el hotel. Y si no te has portado bien tomaré el primer avión y me presentaré en casa.

—No te preocupes.

—¡Chris!

—¿Qué cariño?

—¿Estás seguro de que sabes todo lo que te quiero?

—¿Acaso no me lo has dicho?

—Eso intento hacer a diario.

—Entonces, lo sé. Porque, además, sé lo mucho que te quiero yo.

—Me gusta que me lo digas al empezar el día.

—¡Tonta!

Chris colgó para que su mujer no oyera su nuevo acceso de tos. A pesar de lo que había dicho a su mujer, se encontraba muy mal. Por esto, contra su costumbre, no se había vestido antes de desayunar. En vez de hacerlo, después de afeitarse y de tomar una ducha, se había puesto el viejo batín de lana. Al dejar el teléfono, se sentó a la mesa y bebió un gran vaso de zumo de naranja. Cuando el ácido líquido pasó por su inflamada garganta, hizo una mueca.

—Café, Greta —pidió.

—Ahora mismo. No cabe duda de que tiene usted una gripe, Mr. Winters...

—No estoy peor que ayer. ¿Ha llegado el correo?

—Iré a ver.

La mujer llenó la taza de Chris con el humeante café que había en la cafetera de plata y se dirigió a la puerta principal. Chris recibía la mayor parte de la correspondencia en su despacho, pero aquel día, entre las cartas dirigidas a Mrs. Christopher Winters II, había una para él. Era un sobre muy delgado y llevaba sello extranjero. Greta dejó el correo encima de la mesa.

—Aquí tiene, Mr. Winters. Hay una carta para usted. ¿Le importaría guardarme el sello? ¿De dónde es?

Él miró el sobre grisáceo.

—De Corea.

—¿Corea? ¿Conoce usted a alguien allí?

—A casi nadie. Pero estuve en el país hace unos doce años, cuando la guerra.

—¿Es verdad! Y ahora tal vez le gustaría vivir allí, ¿no, Mr. Winters?

—No... Bueno, sí y no. Me alegré de volver a casa.

—En aquella época, ¿estaban ya casados usted y la señora?

—Sí, hacía tres días.

Hizo una pausa y preguntó:

—¿Y mis huevos fritos con tocino?

—¡Ah, sí!

La mujer se encaminó rápidamente a la cocina, mientras Chris examinaba el sobre con detenimiento. En el ángulo superior izquierdo había un nombre coreano. Kim... Kim, ¿qué? En algún punto del trayecto seguido por la carta el agua había emborrinado el resto del nombre. Chris abrió el sobre con el cuchillo de la mantequilla, sacó una fina hoja de papel de arroz y la desdobló. Las palabras estaban toscamente escritas, pero en inglés. Leyó el encabezamiento:

Querido Papá Americano...

La siguiente línea era clara.

Mi madre dice no te escriba nunca.

Comprendió en el acto. Dejó la carta sobre la mesa y la cubrió con el resto del correo. Greta volvía ya con el tocino y los huevos fritos.

—Gracias, Greta.

La mujer salió de la habitación y él se quedó solo otra vez. Tenía que mantenerse sereno. No volvió a coger la carta. Comenzó a comer lentamente con movimientos deliberados. Aquello era, desde luego, muy posible. Cuando él había zarpado hacia América, el niño tenía sólo un mes. Chris hizo cuanto estuvo en su mano por quedarse. Esto, al menos, era evidente.

—No llores, Soonya. ¡No llores, pequeña!

Podía escuchar su propia voz, joven y angustiada, a través de los años hasta llegar al tranquilo comedor de su bello hogar, donde él y Laura habían sido felices a pesar de no tener hijos. ¿Habían sido felices? Lo eran ahora y lo serían siempre. Pero la habitación se desvaneció y lo que él había supuesto definitivamente enterrado se materializó en una monstruosa realidad. ¡Parecía increíble que hubiera sido tan insensato a los veinticuatro años...! Incluso a esta edad, y aun haciendo todas las concesiones posibles a la conmoción que implicaba el brusco traslado de un mundo a otro, debió haberse comportado con más cordura. Chris había nacido allí, en Filadelfia, como su padre y su abuelo, en aquella elegante y vieja mansión situada junto a Rittenhouse Square. Todo en su vida había sido seguridad, sin que nada le preparase para el repentino cambio de ambiente que supuso verse de pronto en la viejísima Asia. Los acontecimientos se precipitaron de tal modo que no le dejaron siquiera tiempo de meditar: seis meses de entrenamiento básico y en seguida su batallón recibió orden de intervenir en las últimas y enconadas batallas que se desarrollaban en Corea.

Sin embargo, tuvo suerte. Entró en la lucha poco antes del desenlace y cuando llegó el armisticio él dispuso de tiempo. Tiempo para sentir la soledad y añoranza. Escribió a Laura y Laura le contestó, pero las cartas no fueron una ayuda. Estaban desesperadamente enamorados, desde luego. No obstante, Chris, que no sabía cuándo iba a poder regresar, no logró explicarle a su esposa los detalles de su extraña vida, ni ella pudo, desde tan lejos, imaginarla siquiera. El recuerdo de su breve matrimonio se disolvió en miedo, el mismo miedo que Chris había experimentado antes de la boda. ¿Miedo al matrimonio, o a la misma Laura? No lo sabía. Estaban casados, pero hubo momentos, cuando yacía sobre el barro, con el fusil preparado y los nervios en tensión, alerta contra el fantasma de la muerte, en que llegó a preguntarse si aquella boda se había celebrado, si habían existido en realidad aquella bella ceremonia en el

dorado mediodía y los tres días que precedieron a su marcha. Todo se difuminó, todo menos las grises y torvas montañas de Corea, el húmedo frío de un invierno inacabable y la desolación de después de la guerra. Se dijo una y otra vez que debía alegrarse de seguir estando vivo, pero no estaba alegre. En medio de la terrible pobreza de un pueblo destrozado y de unos niños sin padres, aquellos jóvenes norteamericanos, entre los cuales él era uno más, se sentían afligidos, rodeados de miseria, y no podían huir. El final de la guerra les había privado incluso del alivio que la acción representaba. Al fin, desalentado, siguió el comportamiento de los demás.

—Vente con nosotros, muchacho —le recomendaban insistentemente sus compañeros—. Nos vas a quedarte toda la noche solo en el barracón. ¿Qué esperas? Sólo tratamos de distraernos un poco. Nos vamos a la ciudad.

Al principio, la cosa había sido inocente. La sala de baile era un cobertizo instalado entre los edificios destruidos de Seúl; unas bombillas desnudas que colgaban del techo, unos bancos alineados contra las paredes, un piano desafinado que desgranaba ritmos de rock-and-roll. Todos bailaban. Acompañando a cada soldado, una esbelta muchacha coreana. La mayor parte de ellas llevaban ligeros trajes occidentales, pero unas cuantas lucían las amplias faldas y los breves corpiños tradicionales de su país. Aquella noche, Chris se dejó caer en un banco, diciéndose que únicamente se proponía hacer de mirón. La última vez que había bailado había sido durante su luna de miel. Laura, su pareja, estaba en sus brazos, y los cuerpos de los dos se encontraban más juntos de lo que nunca habían estado.

¡Qué grande era su ingenuidad el día que se despidió de Laura! Inmediatamente fue arrojado al mundo de las escaramuzas y las batallas y trepó por las empinadas montañas de Corea para luchar cuerpo a cuerpo contra un enemigo que disparaba contra él desde las rocas y los arbustos. En seguida se convirtió en un experto en muerte y en peligros mientras que del amor únicamente le quedaba el recuerdo.

Estaba sentado en la sala de baile, solitario y perdido. Tom Sullivan, su camarada, se le acercó. Tom, a cuyo lado había combatido y al que había salvado la vida en una ocasión, al recogerlo herido y bajar con él a cuestras una montaña. La sangre resbalaba sobre los dos amigos hasta el punto de que, cuando llegaron al cobertizo de la base, el médico no pudo distinguir con precisión quién era el herido.

—Levántate, hombre —le dijo—. Te he encontrado una chica. Soonya, te presento a Chris. Chris, te presento a Soonya.

Tom se alejó con su pareja, una muchacha de rostro cuadrado, vestida con un ceñido traje rojo. Christopher se consideró obligado a ponerse de pie, consciente de su torpeza y dominado por la timidez.

—¿Bailas? —murmuró.

Soonya le dirigió una sonrisa. Una sonrisa dulce y asustada. Chris, a disgusto, la cogió entre sus brazos. La muchacha llevaba una falda de brocado, larga y amplia, a

la moda coreana, y un reducido corpiño de seda blanca. Al cabo de unos minutos, el hombre se dio cuenta de que ella no sabía bailar. Soonya no era alta y estaba delgada, aunque no demacrada, como era normal en aquellos días. Resultaba bonita. Pocas de sus compañeras lo eran realmente, como ya había notado Chris. Las facciones de Soonya eran delicadas, la piel de un blanco nacarino y los ojos oscuros y grandes bajo unas finas cejas castañas. Las pequeñas manos parecían no tener huesos. Sí, incluso ahora, después de muchos años, Chris recordaba aquellas manos, suaves como las de un niño. La derecha en la izquierda de él, mientras bailaban, y, más adelante, las dos de la muchacha en la suya. Soonya hablaba muy poco inglés. Quizá fuera esto lo que había provocado tan rápidamente las caricias. Era necesario comunicarse y carecían de idioma.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Chris.

Era inútil intentar seguir bailando. Soonya carecía del sentido del ritmo o al menos del sentido del ritmo occidental. Después, le parecía que había sido mucho después, aunque quizá sólo se tratara de unos días, Chris averiguó que Soonya adoraba la música. Cantó para él, suaves y ondulantes melodías mientras sus dedos acariciaban las cuerdas de un laúd.

—¿Años? —había repetido Soonya en la sala de baile—. ¡Ah, sí!

Le mostró diez dedos y después ocho. Tenía, pues, dieciocho años contra los veinticuatro de él.

—¿Y tú? —quiso saber Soonya.

Chris levantó el número apropiado de dedos y por primera vez rieron juntos. Chris la invitó a una botella de «Coca-Cola», y el picor en la nariz la cogió desprevenida. Entonces, ¿ella no había estado nunca en aquel baile? Chris no logró hacerse entender. De improviso, Tom llegó junto a ellos y se dejó caer en el banco para descansar unos momentos. Hacía calor y el ambiente estaba cargado de olor a *kimchee*.

—Esta es Dolly —anunció Sullivan, señalando con el pulgar a su pareja—. No se llama así, pero, como soy incapaz de pronunciar su nombre le he puesto Dolly.

—¡Verdad, verdad! —asintió la muchacha mostrando todos sus dientes en una amplia sonrisa.

—Baila maravillosamente —prosiguió Tom—. Gracias a mí, claro, porque, al principio, era un verdadero pato. ¿Verdad, preciosa?

—¡Verdad, verdad! —volvió a decir Dolly riendo.

—Es muy alegre, ¿no te parece? A mí esto me gusta. También Soonya se irá animando a medida que aprenda inglés. Es la primera vez. ¿No es así, Dolly?

—Vino ayer de pequeño pueblo —contestó la compañera de Tom.

La pareja volvió a marcharse y Chris se quedó solo otra vez con Soonya. Lo que de ella le interesó entonces es que no fuera como las otras. Tímida, había eludido el

primer toque accidental de su mano...

Permanecieron sentados en silencio. Él contemplaba a los que bailaban, consciente en todo momento de la pequeña y silenciosa figura que tenía a su lado, pero decidido a no mirarla mientras no hubiese vencido su propia indecisión. ¿Sería cierto que lo que uno hacía en Asia carecía de importancia en América? ¿No afectaría al menos al individuo mismo? ¿Podía Tom, por ejemplo, que también se había casado poco antes de salir de Centerville, Nebraska, volver al lado de su mujer siendo igual que había sido antes de hacer vida en una cabaña, en un *hooch*, como se decía allí, con Dolly?

—¿Qué más da, si nadie se entera? —había dicho Tom—. Ya sabes aquello de «el Este es el Este y el Oeste es el Oeste». Dolly está enterada de que entre nosotros no puede haber nada serio porque estoy casado. Ella no lo ignora.

El polvo y el calor se habían hecho insoportables. Chris miró a Soonya. Ella lo estaba esperando y volvió a sonreírle. El hombre se levantó, preguntándose qué hacer con la joven. Tom y Dolly, estrechamente enlazados, pasaron muy cerca de ellos bailando.

—¿Adónde vas? —quiso saber Tom.

—A cualquier sitio —repuso Chris—. Aquí se asfixia uno.

—Vamos al *hooch* —intervino Dolly—. Haré comida.

Chris vaciló. En realidad no había nada malo en ir un rato al *hooch* de Tom. Desde luego, no se quedaría.

—Ha llegado Mr. Berman, Mr. Winters.

La voz de Greta le devolvió bruscamente a Filadelfia. Chris escondió más la carta con sello extranjero bajo el montón de sobres.

—Hágale pasar, Greta.

Bebió el café y cuando dejó la taza vacía sobre la mesa una recia figura apareció en el umbral de la puerta.

—¿Cómo se encuentra esta mañana el futuro gobernador de nuestro magnífico Estado? —preguntó Berman.

—Siéntate, Joe —invitó Christopher—. Greta, otra taza de café.

—Gracias.

La voz de Berman, ronca, entusiasta, llenaba la habitación. Sin dejar de hablar sacó de su cartera un montón de papeles.

—¿Sabes lo que es esto? ¡Encuestas! ¡Vas ganando de calle! ¡Tienes a toda la opinión pública contigo, con el honorable Christopher Winters, distinguido abogado de nuestra espléndida ciudad!

—¡Por el amor de Dios, Joe, déjate de fantasías!

—No son fantasías. Es la verdad. Hemos efectuado una encuesta privada en los cines, en los supermercados y en otros sitios por el estilo. Tienes una auténtica masa

de seguidores. No cabe duda. Has conquistado la ciudad, y ahora el Estado. Te quieren porque eres un hombre con ideales... ¡Todo lo que ellos desean! ¡Nos llevaremos el gato al agua, gobernador Winters! Suena bien, ¿verdad? La gente está contigo. ¡Pero, ánimo! ¿No te gustan estas noticias?

Un acceso de tos impidió a Chris contestar. Berman se apresuró a demostrar su interés.

—¡Menudo catarro tienes! Cuídate, muchacho.

—Ya me cuido. Hace un momento le he prometido a mi mujer que no saldría de casa.

Joe Berman hizo un gesto de disgusto.

—¿Y qué hago yo entonces con las de la delegación de los clubs femeninos? Acudirán a la central a las once de esta mañana.

Christopher Winters exhaló un suspiro.

—Lo había olvidado. Muy bien, iré.

—Pero no me eches la culpa. A tu mujer la temo...

—No digas tonterías.

—Bueno, no quiero decir que no la encuentre encantadora. Es muy guapa y elegante, perfecta para esposa de un gobernador. ¿Te das cuenta de adónde te llevará esto, Chris? ¡De gobernador, a la Casa Blanca!

—Ya veremos. Ahora, ¿quieres dejarme? Acércate a la central y diles que dentro de una hora estaré allí.

—De acuerdo, muchacho.

Después de la salida de Berman, el comedor quedó en silencio. Christopher sacó el sobre grisáceo de entre las otras cartas y se lo guardó en el bolsillo del batín. Un momento después, entró Greta con más café.

—¿Querrá dejar el correo sobre el escritorio de mi estudio, Greta? —le pidió él—. Me llevaré el café al cuarto.

—Supongo que no irá usted a salir, Mr. Winters...

—¡Claro que sí!

—Mrs. Winters me ordenó que no le dejara. ¿Qué dirá cuando vuelva esta noche? Chris, guiñó un ojo.

—Dígale que se vio obligada a cumplir mis órdenes. ¡Obedezca o la despido!

—Sí, señor —murmuró Greta riendo entre dientes—. Pero no debiera salir. Su esposa tiene toda la razón del mundo.

Una vez arriba, en su cuarto, Chris sacó la carta del bolsillo. ¿Debía leerla ya y atormentarse durante todo el día? Sin embargo, lo importante no era si debía o no leerla, sino cómo decírselo a Laura... si es que debía decírselo. Aquel era el auténtico problema. ¿Tenía ella que enterarse? ¿Tenía él la obligación de contárselo? Volvía a dolerle la cabeza y tuvo otro interminable ataque de tos. La habitación giró en torno a

él. Hizo mal diciéndole a Berman que iba a ir a las oficinas de la central, Laura tenía razón, lo mismo que el médico. Tenía que acostarse.

Se echó en la cama y tendió la mano hacia el teléfono de la mesita de noche.

—¿Cómo estás, cariño?

Le despertó la clara voz de Laura y el contacto de su fresca mano sobre la frente. Abrió los ojos, ofuscado aún por el sueño.

—Greta me ha dicho que al subir se encontró con que habías vuelto a acostarte. Has pasado todo el día durmiendo. Esta mañana, cuando hemos hablado por teléfono, me ha parecido que estabas tan mal que me he apresurado a dejar a mis farmacólogos y volver a casa.

—Me encuentro fatal.

Chris intentó no parecer que se compadecía, pero se dio cuenta de que no le era posible. Volviéndose de espaldas, se desperezó y se alisó los cabellos.

—Ha sido de repente —prosiguió—. A la hora del desayuno, cuando vino Berman, creí sentirme bien. Luego, cuando subí la escalera, me encontré de pronto con que... bueno, con que no podía dar ni un paso.

—Es lo que sucede con la gripe.

Laura se inclinó para darle un beso. Él se apartó.

—No. Puedo contagiarte.

—¡Bah! No digas tonterías. Yo no me pongo enferma nunca.

Le cogió la cabeza entre las manos y le besó en la boca. Él se echó a reír, reconfortado a pesar suyo.

—La perseverancia es una de tus características más irritantes.

Laura pareció repentinamente preocupada.

—¿En serio, Chris? A veces, me lo he preguntado. Sin embargo, lo cierto es que nunca me constipo. He estado tan irritantemente sana... Cuando éramos niños, mis dos hermanos se ponían enfermos. Yo, nunca. Eso hacía que me detestaran.

Él se sintió mejor.

—Ahora me toca a mí decirlo... ¡Tonterías!

Se incorporó y estrechando a Laura contra su pecho la besó en el cuello. ¡Claro que podía decírselo! Desde luego, se amaban lo suficiente como para que él se lo contase todo. ¿Dónde había guardado la carta? ¡Ah, sí, en el bolsillo del batín! Pero... ¿y el batín? Estaba donde él lo había dejado, sobre el respaldo de una silla. ¿Y si Laura...?

—Alcánzame el batín, cielo —pidió—. Voy a levantarme. Ahora que estás en casa me siento mucho mejor.

—No creo que debas...

—No te preocupes. Dame el batín, ¿quieres?

¿Notó ella la tensión que había en su voz? Laura se levantó obediente y le alcanzó la prenda. Chris se la echó sobre los hombros. Bajo las sábanas, tanteó los bolsillos. Sí, la carta seguía allí. Naturalmente que tendría que enseñársela a Laura. Pero tal vez sería mejor leerla él antes. ¿Por qué se le habría ocurrido acostarse y dormir horas y horas sin haberla leído? ¿Y si Greta hubiera entrado a arreglar el cuarto y al colgar sus cosas se hubiese caído el sobre del bolsillo?

La mano de Laura volvió a posarse sobre su frente.

—Tienes fiebre. Voy a llamar al médico.

El alivio lo había vuelto dócil.

—Te diré lo que haremos. Tú me tomas la temperatura. Si tengo fiebre, decides tú. De lo contrario, decido yo. ¿De acuerdo?

Laura se echó a reír.

—Eres un gran político. Siempre lo he sabido.

Se levantó y fue al botiquín del cuarto de baño. Su voz se hizo casi inaudible. Chris volvió a escucharla cuando entró otra vez en el dormitorio sacudiendo el termómetro para mirarlo en seguida al trasluz.

—Hoy me hubiera venido bien tener un poco de tu espíritu competitivo.

—Cuéntame —murmuró Chris.

Mientras guardaba el forzado silencio a que le condenaba el hecho de tener el termómetro en la boca, ella habló con rapidez

—Ya sabes que no acabo de sentirme satisfecha del último tercio del libro. Wilton está demasiado seguro de sus conclusiones. No puedo admitir que hayamos llegado a ninguna conclusión definitiva acerca de esas drogas sacadas de la llora marina. Antes que escritora, soy científico, y no me es posible creer que alguien pueda afirmar algo sobre el tejido cerebral humano basándose en experiencias realizadas con tejido cerebral de animales.

—¿Acaso no somos todos animales? —masculló él sin quitarse el termómetro.

Laura lo miró con cariñosa severidad.

—¿Ya empiezas? ¿Quieres dejarme hablar? ¡Para una vez que puedo!

Chris abrió mucho los ojos con expresión de burlona sorpresa. Ella, echándose a reír, insistió:

—¡Tengo razón-razón-razón! Eres dos veces más charlatán que yo, y lo sabes. ¡Siempre dices lo justo, bandido! ¡Y este es otro de los motivos de que te quiera tanto! Oh, Chris...

Laura tenía la cabeza sobre el pecho de su marido, que le acarició el cabello, su bonito cabello rojo dorado.

—¡Te quiero tanto! —repitió—. Te quiero tanto que el hablar de ello me hace daño... Oigo latir tu corazón debajo de mi mejilla. ¿Por qué late tan de prisa? Tienes arritmia, Chris... ¿Te encuentras peor? ¿Me ocultas algo?

Laura levantó la cabeza. Bajo las largas pestañas, sus ojos, oscuros y cálidos, escrutaban el rostro del hombre. Chris se alegró de tener el termómetro en la boca. Esto le evitaba contestar. Ella se lo quitó, olvidando su pregunta. Pero... ¿cómo había adivinado que tenía algo que decir? Naturalmente, Laura no...

—¡Pero si tienes fiebre! ¡Casi treinta y ocho! Decididamente, no puedes levantarte... Cenaré aquí, contigo.

Él se incorporó bruscamente.

—Detesto comer en la cama. Treinta y ocho grados no son nada, encanto. Y en este cuarto hace calor. Hagamos un trato, me doy una ducha rápida, me pongo un pijama limpio y mi batín de terciopelo y cenamos abajo. Deseo oírlo todo. Deseo contártelo todo. Berman dice que en la central las cosas van muy bien. Han hecho una especie de encuesta... Quiero explicártelo. Berman no tardará en llamar.

—Según Greta, ha llamado ya una docena de veces. Estaba dispuesto a venir esta noche, pero le he dicho que ya veríamos.

—Perfecto. Sin embargo, me siento mucho mejor y quiero verle. Las cosas se están amontonando. Las próximas semanas van a ser decisivas.

Laura se levantó, dócilmente, como siempre que se daba cuenta de que su marido había tomado una decisión. Aquello era algo que Chris debía reconocer. En su casa mandaba él, y su esposa deseaba que fuera así. Chris sustentaba la teoría de que una mujer fuerte necesitaba un hombre fuerte. Por otra parte, no deseaba a una mujer débil. En todo momento tuvo consciencia de que Berman, por ejemplo...

—Un centavo por tus pensamientos —bromeó Laura.

Chris salió de su abstracción.

—¿Cómo? ¡Oh, nada! Pensaba en Berman. Desconfío de él, aun contra mi voluntad. No sé si debo convertirle en director de mi campaña.

—Berman besaría el suelo que pisas.

—Pero su mujer...

Laura se echó a reír y volvió a sentarse en el borde de la cama, junto a su marido.

—¿Su mujer? ¿Qué tiene que ver ella?

Chris se unió a la risa de su esposa.

—Parece una tontería, ¿verdad? Pero...

—Es una estúpida, si es eso lo que quieres decir.

—Exactamente. El hecho de que Berman se casara con una estúpida, ¿no demuestra que en él existe algún tipo de debilidad? Le da órdenes como a una criada. Hace eso porque necesita hacerlo, ¿no?

—¿Vas a juzgar a un hombre por la mujer que escogió para casarse?

—¡Naturalmente! Yo estoy convencido de que la mayor prueba de mi hombría está en el hecho de mi matrimonio contigo.

—Oh, Chris, realmente...

—Hablo en serio. Tú eres fabulosa, Laura. Pero también... Bueno, hace falta valor para casarse con una mujer como tú.

Sorprendido, vio que a Laura comenzaba a temblarle el labio inferior. Reconoció aquella señal. Ella no lloraba fácilmente, pero podía sentirse herida fácil e inexplicablemente.

—¡Vamos, vamos! —se apresuró a exclamar cogiéndole una mano—. Me he expresado mal. Lo que quería decir es que me siento muy orgulloso de tener una esposa como tú. Para hacer pareja contigo hace falta ser un verdadero hombre, ¿no? ¿No te sientes orgullosa de ti misma? Nunca te hubieras unido a un hombrecillo, ¿verdad? ¡Claro que no! Nos medimos el uno por el otro, ¿no es así? Estamos bien emparejados. No me siento ni un dedo por debajo de ti. Incluso pienso que soy suficiente para ti. ¿Te parece que esto es desprecio?

Ella estaba ya en sus brazos, riendo y llorando al mismo tiempo.

—¡Oh, Chris, me convencerías de lo que quisieras! ¡Contigo, yo tan feliz...! Sin embargo, tengo miedo. No puedo evitarlo, me es imposible. El cerebro no tiene nada que ver con el sexo, ¿verdad? Aceptamos lo que somos porque no tenemos más remedio.

Suave pero repentinamente, Laura se apartó de Chris. Él sabía en qué pensaba su esposa. Durante los tiempos en que aún creían poder tener descendencia, cuando ni siquiera se les había ocurrido imaginar que no iba a ser así, habían hablado de sus futuros hijos, de los espléndidos niños en los que se mezclarían el grave atractivo de Chris y la dorada belleza de Laura, y cuyos cerebros serían una combinación de los dos. Unos hijos que aún no habían nacido y que nunca nacerían. Chris y Laura, como hombre y mujer, formaban una unidad tan perfecta que resultaba increíble que en sus cuerpos físicos hubiera una profunda incompatibilidad. Se habían dicho el uno al otro que no abandonarían la esperanza, pero Chris notaba que en el transcurso de los años la esperanza iba desvaneciéndose cada vez más. Y un día habían dejado de hablar de sus hijos. No obstante, cuando Laura se soltó de su abrazo, Chris comprendió en qué pensaba. En cuanto a él, sus pensamientos se concentraban en la carta que guardaba en el bolsillo. De pronto, pensó que era padre de un niño. Por consiguiente, la causa de la esterilidad de su matrimonio no se encontraba en él.

Rechazó el monstruoso pensamiento. Laura estaba limpia de culpa. Cuando se casaron, su cuerpo era inocente, y continuaba siéndolo. No, nunca sabría... ¿No resultaría cruel decírselo? ¿Herirla hasta aquel extremo?

—Estaré dispuesto en unos minutos —dijo Chris.

—Yo también voy a cambiar de ropa —replicó Laura dirigiéndose a su habitación.

En el cuarto de baño, mientras se duchaba y se afeitaba, Chris recapacitó. ¿Debía, por el bien de Laura, mantener para siempre en secreto la existencia de aquel hijo? La carta seguía allí, en el bolsillo de su batín, que él había dejado en el colgador de la puerta. Tal vez debiera destruirla. No, no podía tomar tan rápidamente la decisión de si decírselo o no a su esposa. Si se lo decía, Laura querría ver la carta. Por otra parte, ¿es que él no debía contestar a su hijo? Chris, después de secarse cuidadosamente, se envolvió en una toalla y sacó la carta.

Soonya había hecho prometer al niño que nunca le diría a su padre que había nacido. Chris evocó aquellos hechos con una profunda ternura. No, no había olvidado a Soonya. La muchacha permaneció siempre en algún lugar de su ser, como una cálida presencia que no podía competir con su amor por Laura, pero que seguía siendo una presencia. Pero... ¿por qué el niño había desobedecido a su madre? Chris desdobló la carta y leyó la siguiente frase.

Ahora, no puedo ir a buena escuela.

¿Escuela? La última vez que Chris vio a su hijo, el chiquillo tenía un mes. Nació en otoño, y, con un estremecimiento de angustia, Chris pensó que había sido el resultado del invierno, gris y frío. En el pequeño *hooch*, entre las delgadas paredes, el único abrigo estaba bajo las mantas. Aquel gélido viento que, procedente de las blancas extensiones de Siberia, pasaba sobre las ásperas cumbres de las montañas septentrionales, atravesaba la piedra y la tierra, los huesos y la carne. Durante aquellos lejanos días, el único abrigo que él tuvo fue el cuerpo de Soonya junto al suyo. Un abrigo primitivo, que entonces le pareció necesario para no perder la cordura. ¿Podría explicarle aquello a Laura? ¿Podría ella comprenderlo? ¿Podría alguna mujer? Ahora, transcurridos los años, incluso a él le costaba entenderlo. Sin embargo, recordaba. ¡Y el niño! ¡Qué consternación le produjo enterarse de que iba a nacer! No tuvo valor para demostrarle a Soonya su disgusto. La ilusión de la muchacha lo conmovió e hizo que disimulara sus verdaderos sentimientos con una falsa alegría. Esto también lo recordaba.

Cuando Soonya le comunicó la noticia era ya primavera, una primavera que siguió a un invierno atrozmente helado. Un agradable día de abril. Bajo el sol se estaba bien, pero en la sombra hacía aún mucho frío. Se habían llevado la comida en

una pequeña caja de madera. Arroz frío y *kimchee*, Chris, además, se metió dos naranjas en los bolsillos. Subieron a la montaña próxima a la ciudad. El viento persistente que soplaba en la ladera hizo que buscaran entre las rocas un refugio donde el sol les calentase. Chris encontró el lugar adecuado y se instalaron en él. Se sentaron muy juntos, sobre la hierba muerta del invierno. Él sacó unas tabletas de chocolate. A la muchacha le entusiasmaba el chocolate y Chris se había pasado por el PX^[1] para comprarle unas cuantas. A Soonya la conciencia le impidió comérselas en seguida.

—No —dijo—. Primero, el arroz. Después, el dulce.

La muchacha tenía un estricto sentido del deber que aplicaba de las formas más insólitas. Así, podía privarse de una golosina hasta que llegara el momento adecuado de comerla. En cambio, se ofrecía en todo instante a Chris. Fuese de día o de noche, si estaban solos, se doblegaba alegremente a los deseos del hombre. Disfrutaba con su amor... No, no era amor, no podía serlo y, sin embargo, ¿quién se siente capaz de definir las múltiples facetas del amor? Chris tuvo que reconocer que había amado a Soonya, no de la misma manera que amaba ahora a Laura, de un modo absoluto, con la mente y el corazón, pero la había amado. Y como su primera experiencia del amor físico franco y sin inhibiciones había sido con Soonya, después tuvo que acostumbrarse a amar a Laura. Porque, cuando regresó, Christopher dio por hecho que, cuando estuviesen solos, también Laura, siendo mujer, respondería fácil e inmediatamente a sus repentinos deseos, fuera la hora que fuese. Al no reaccionar ella así, él se sintió, al principio, irritado y más tarde herido. Al fin, porque se daba cuenta de que no podía vivir sin ella, admitió que lo que Laura le ofrecía cuando se sentía en disposición de dar era infinitamente mejor, más profundo y significativo que la simple accesibilidad de Soonya, por generosa que hubiera resultado. Y es que Soonya lo mimaba, mientras que Laura, amándole con pleno respeto, no podía ni debía hacerlo.

—Así debe ser, por tu bien y por el mío —le había dicho su esposa.

En los días de Corea, cuando no trataba a otra mujer que a Soonya, Chris era demasiado joven para comprender la plenitud del amor entre un hombre y una mujer que forman una auténtica pareja. Todo había sido tabletas de chocolate y dulzura entre las comidas. Aquel día, en la montaña, Soonya había cedido en todo excepto en lo del chocolate. Habían comido el arroz frío y el *kimchee*, y más tarde, mientras ingerían el chocolate, la muchacha cogió las manos del hombre y se las puso sobre su estómago desnudo. Al mediodía, allí arriba, entre las rocas, el calor era estival y Soonya, a petición de Chris, se había soltado el corpiño y luego la blusa, riéndose de él mientras lo hacía.

—Eres un hombre ardiente —comentó, mientras apoyaba la mano del joven sobre su vientre—. Tu hijo.

Sólo dos palabras, pero que a Chris le causaron un escalofrío de terror. Se le quedó seca la boca. Los oídos le zumbaron. Abrió los labios para protestar y entonces vio el rostro de la muchacha iluminado por la alegría. Él, naturalmente, sabía que Soonya estaba convencida de que aquello significaba matrimonio. Era en lo único que pensaban aquellas chicas, incluso Dolly, si no con Tom, con cualquier otro. Lo que ocurría era que Soonya le había parecido diferente. ¡Vaya con la diferencia! No obstante, no tuvo valor para protestar. Sólo pudo fingir.

—Es... es magnífico —murmuró, presa del pánico.

¿Por qué había tenido tanto miedo? ¿Se sienten todos los hombres asustados por su propia capacidad de reproducción? La idea de tener un hijo ni siquiera le había pasado por la cabeza. Había creído que Soonya tomaba medidas preventivas. En su ingenuidad, no se le ocurrió que ella pudiese permitir que le fuera engendrado un hijo. Sólo consideró el placer que ella le proporcionaba, su habilidad para ayudarlo a olvidar donde estaba y también con quién estaba.

—¿Verdad que es magnífico? —dijo la joven acercándosele cariñosamente.

Pero a Chris no le fue posible seguir acariciándola. Cuando ella advirtió aquella asombrosa frialdad lo miró, perpleja.

—¿Tú enfermo? —preguntó con ternura.

—Estoy cogiendo frío —fue la respuesta—. Será mejor que nos vayamos.

En realidad, el sol se había ocultado tras unas grandes nubes grises que se alzaban sobre los valles. Soonya se vistió y, asida a la mano de su compañero, le siguió en el descenso de la montaña. Chris no entró en el pequeño *hooch* de la joven. La besó en la mejilla y la dejó sin decir una palabra. Cuando se volvió para mirarla, ella estaba en el umbral de la cabaña, observándolo. Una expresión de triste perplejidad se extendía por su adorable rostro. Chris no fue a visitarla hasta pasados cinco días. Entonces, incapaz de soportar su aislamiento, aceptó el hecho de su paternidad. Al cabo de unos meses, cuando el niño había ya nacido, Chris se enteró de que debía volver a su país. Enfrentado a la elección de regresar o alistarse de nuevo, se decidió por lo primero.

Se lo anunció a Soonya, que se aferró a él, gimiendo. El niño, dejado repentinamente sobre la esterilla de tatami, lloró con ella.

—Debo marcharme, Soonya —dijo Chris—. He de pensar en mis padres.

No podía decir «mi esposa». No le había confesado a la muchacha que estaba casado.

—Sí, sí, tus padres primero. ¿Volverás?

—Lo intentaré —prometió él, lamentando que sus palabras fuesen mentira.

Porque, desde luego, no volvería nunca.

Ni siquiera ahora, después de tantos años, podía Chris soportar el recuerdo de aquel adiós. Había mirado por última vez al niño, una pequeña y solemne criatura

cuyo extraño rostro era oriental y, al mismo tiempo, no acababa de serlo. Le pareció que el pequeño sostenía su mirada y le reconocía, aunque, claro, aquello sólo fue producto de su imaginación. Sin duda, fue la única vez en que Chris experimentó una levísima sensación de parentesco con el chiquillo.

—¿Bonito? —preguntó orgullosamente Soonya, entre lágrimas.

—¡Claro que sí! Siendo tuyo, tiene que serlo.

Por fin, Chris se desprendió de los brazos de la muchacha, que le rodeaban el cuello. Soonya cayó al suelo, llorando. Él no se atrevió a ayudarla a levantarse. Salió corriendo del *hooch*. El nudo que se le había formado en la garganta le impedía hablar.

¡Y ahora el niño le escribía llamándole «Mi papá americano»!

Llamaron a la puerta.

—¿Estás bien, Chris?

Era Laura. Él guardó la carta y contestó:

—Ahora voy.

Se puso el batín de terciopelo y abrió la puerta. Explicó a su mujer que, mientras ella se bañaba y se cambiaba de ropa, a él se le había ido el santo al cielo, perdido en sus propios pensamientos.

—¡Estás preciosa! —añadió.

—Llevo el vestido de siempre —replicó Laura, turbada.

No había logrado acostumbrarse a las alabanzas de su marido.

—Ya sabes que es uno de los que más me gustan —le recordó Chris.

Era un traje de chiffon negro, de amplias mangas recogidas en los puños y un generoso escote. El cutis de la mujer era perfecto. El único defecto de Laura era su excesiva delgadez. Sus huesos, aunque delicados, se veían demasiado. De pronto, surgió de entre las sombras el recuerdo de Soonya. La muchacha tenía también una constitución muy delicada, un esqueleto muy menudo y, si bien no era tan alta como Laura, sus huesos estaban cubiertos por una carne suave y turgente. Chris rechazó con firmeza la evocación.

—Casi he terminado —comunicó mientras revolvía un cajón en busca de un pañuelo.

—Iré a ver si está la cena —dijo Laura.

Chris oyó sus pisadas en la escalera, y se sentó un momento, presa de una repentina debilidad. En medio de una acalorada campaña política, aquel asunto le había producido el efecto de un mazazo. No quería tomárselo demasiado en serio. Lo mejor sería olvidar la carta. El muchacho pensaría que no la había recibido. No, no podía hacer aquello. Se trataba de su hijo. Si Soonya hubiera sido como las demás, si le hubiera dicho al chico que escribiera, que se convirtiese en un pedigüeño, Chris podría haberse desentendido. No, aun en este caso el hijo era suyo. Debía de haber

algún tipo de responsabilidad, moral, claro, no legal. Incluso había oído decir que en los países asiáticos el padre era siempre responsable de los hijos. Sí, sabía aquello desde hacía tiempo y lo había olvidado. ¿Voluntariamente? No. Su olvido había sido inconsciente ya que su propósito nunca fue...

Sonó una nueva llamada a la puerta. Chris volvió la cabeza.

—¿Qué?

—Soy yo, Mr. Winters..., Greta. La cena está servida. La señora le espera. Ha encendido las velas y todo.

—Ahora bajo.

Cinco minutos más tarde se encontraba preparado. La carta..., ¿qué hacer con ella? En su cartera estaría más segura que en el bolsillo de un batín.

Bajó al piso inferior. Laura se hallaba junto a la chimenea en la que ardían unos leños. Con el fuego iluminándole el rostro y el brillante cabello, era una hermosa imagen que Chris captó al pasar frente a las abiertas puertas del comedor.

—Ahora vuelvo —dijo el hombre deteniéndose un momento—. Voy al despacho a echar un vistazo a unas cosas.

Entró en el estudio y allí, a solas, metió el sobre gris entre los otros papeles de su cartera de mano y la cerró. La llave la guardó en el bolsillo interior de su abrigo, que colgaba en el armario. Más aliviado y ya dispuesto para la velada, se reunió con Laura en el comedor.

Desde su extremo de la mesa oval, Chris escuchaba a su esposa observándola con una ternura aumentada por los remordimientos. Laura le encantaba y le daba miedo. Había ocasiones, como aquella noche, en que se preguntaba si algún hombre podría comprender la diversidad de facetas que poseía su mujer. Debido a su insistencia, Laura había abandonado el trabajo especial a que se dedicaba cuando se conocieron; aquella extraordinaria e increíble tarea de descubrir en el Mar de los Sargazos los elementos que podían conducir al hallazgo de nuevos antibióticos en las algas marinas. Laura se sumergía en aguas tan profundas que debía utilizar un equipo *scuba*.

—¿Qué es eso de *scuba*? —había preguntado él durante su primer encuentro, cuando la joven le dijo cual era su actividad.

—Aparatos respiratorios autónomos subacuáticos^[2] —contestó ella.

Más tarde, Chris, profundamente asombrado por la valentía de Laura, hizo algunas averiguaciones. Cuando supo que si uno descuidaba aspirar y espirar normalmente en aquel monstruoso aparato podía producirse una bolsa de aire en los pulmones que causaría su muerte, se sintió dominado por la angustia. Por fin logró

que la muchacha le prometiera trabajar en la superficie. En la actualidad, Laura se limitaba a investigar en un laboratorio propio, en colaboración con la Central establecida en el Instituto de Oceanografía de Nueva York.

—¿De qué habéis hablado en la reunión de hoy? —preguntó Chris.

—Aparte de discutir con Wilton respecto al libro, nos hemos dedicado a intentar definir cuándo y cómo una planta marina deja de serlo para pasar a la categoría de animal marino. Supongo que, en realidad, la cosa carece de importancia y, sin embargo, me parece maravilloso pensar que la vida es un flujo continuo en el que apenas existen barreras entre las especies.

—Defínemelo más, por favor —exigió él.

—Bueno, algunas plantas marinas son verdes, como corresponde a los vegetales, pero nadan y comen como animales. Milagros protozoológicos.

Se había abstraído como le ocurría siempre que hablaba de los temas científicos que absorbían su vida mental. Los ojos le brillaban y la piel parecía aclarársele. Chris, inclinado hacia delante en la silla, la contemplaba con tanto placer que ella enrojeció.

—¿Qué pasa ahora? —quiso saber, un poco turbada.

Lentamente, sin dejar de mirarla, Chris dijo:

—Mientras hablas de monstruos marinos, me acuerdo de cierto día, en un desfile de modelos. Como periodista interino, durante unas vacaciones de la Universidad, me habían encargado de hacer la reseña. De pronto, vi una muchacha alta y esbelta, tan bella que la respiración se me cortó. Avanzaba por la pasarela luciendo un vestido blanco, de verano, y una gran pamelita también blanca. ¿No serías tú esa chica?

Laura se echó a reír.

—Y yo me acuerdo de un joven serio y atractivo, sentado en primera fila, con unas cuartillas y un lápiz en la mano. Y me dije que no parecía un hombre a quien pudiera interesarle la moda, ni las modelos, y mucho menos una que fuese demasiado alta.

—¡No más alta que yo! Me gustan las chicas altas, siempre que no me aventajen. Di por seguro que te sacaba siete centímetros y cuando, al cabo de unas semanas, nos medimos, eran siete centímetros justos. Después de eso, me declaré.

—¡Tenía tanto miedo de que no te decidieras! ¡Menudo par de tontos éramos! ¿Sabes que Milgrant me ha pedido que este año vuelva a hacer de modelo para ella? Como diversión, podría hacerlo. Luciendo trajes de joven ama de casa, supongo.

—Hasta que llevábamos tres semanas de noviazgo no me dijiste que eras una científica.

—Me daba miedo.

—Dejó de dártelo cuando te enteraste de que yo buscaba una chica inteligente.

Ella dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor.

—Chris, si alguna vez dejáramos de hablar así...

—Eso no ocurrirá nunca.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Greta abrió la puerta desobedeciendo la orden que tenía de no aparecer nunca en el comedor más que entre plato y plato. «Quiero comer a solas con mi esposa», había dicho siempre Chris.

—Dispéñeme, Mr. Winters. Acaba de llegar Mr. Berman.

Él consultó su reloj.

—¡Vaya, se ha adelantado! Que pase a tomar café con nosotros.

La sirvienta desapareció y unos momentos después introdujo a Joe Berman, que rebosaba buen humor, satisfacción y deseos de hablar.

—¡Vaya, nuestra primera dama ha vuelto de las inmensas estepas de la ciencia! Mirándola a usted, señora, nadie lo diría. Quiero decir que no es usted como esas mujeres sabias, sesudas y redichas, siempre las llamo así. Hola, Chris. ¿Te encuentras mejor?

—Siéntate, Berman —repuso él—. Greta está a punto de traer el café.

—Bueno, pues no podía haber escogido mejor momento. ¿Qué tal sienta ser el favorito del pueblo? ¿Se lo has dicho a tu mujer?

—Es prematuro. Únicamente se trata de una encuesta, Laura.

—Los acontecimientos futuros arrojan su sombra en el presente —dijo Berman.

Se sentó y, más en serio, continuó:

—Espero que mañana te encuentres en condiciones de volver a la oficina. Ahora cada día cuenta. Barrows va a presentar batalla. Es del viejo estilo y la gente está acostumbrada a él. Como alguien me ha dicho hoy: «Al menos, sabemos cuáles son sus defectos.» Los de Barrows, claro. El público se muestra un poco suspicaz acerca de lo de llevar a cabo una limpieza del Estado.

—Sólo de la máquina estatal.

—Esto es lo que quería decir.

De pronto, se volvió hacia Laura:

—Pero seguramente aburrimos a la señora con nuestros asuntos.

Laura cambió una mirada con Chris y se mordió el labio inferior. Su marido se echó a reír.

—Mucho ojo, Berman, estás insultando a mi esposa.

La mirada de Berman fue de uno a otra.

—No pretendía... No ha sido mi intención...

—Chris quiere meterse conmigo —explicó tranquilamente Laura—. No le haga caso.

Hizo una mueca a su marido, y él, volvió a reír.

—Sólo se trataba de una broma. Yo se lo cuento todo a Laura, Joe, y tú lo sabes.

Laura me ha dado algunos de los mejores consejos que he recibido. En realidad, es ella quien debería presentarse al cargo de gobernador, pero el caso es que deseo el puesto para mí.

—Yo no lo aceptaría aunque me lo sirvieran en bandeja —repuso Laura con voz pausada—. Me siento muy feliz tal como estoy ahora.

Sonó el teléfono. Ella se levantó.

—Perdón. Espero una llamada del laboratorio.

Laura constituía la viva imagen de la gracia cuando pasó frente a su marido y tendió la mano hacia él. Chris se la besó.

—¿Volverás?

—Quizá no. Tú querrás hablar y yo tengo que revisar mis notas esta noche.

—Entonces, hasta luego.

—Sí.

Al salir la mujer de la habitación, Berman exhaló un suspiro.

—¡Vaya primera dama de la Casa Blanca hará algún día!

—Sí —respondió Chris, abstraído.

De pronto se puso de pie.

—Vamos a tomar el café en mi despacho. Tengo que contarte algo.

—Y así es como ocurrió.

Un ascua reluciente se convirtió en ceniza. Cuando entraron en el estudio, Chris había encendido el fuego porque el aire primaveral aún era frío. En seguida, invitó a Berman a sentarse en el sillón de frente al suyo. Mientras los secos leños comenzaban a arder, empezó a hablar bruscamente:

—Antes de que hablemos de mañana, tengo algo que contarte. Se trata de una cosa que sólo me concierne a mí, pero en la actualidad pienso que no tengo asuntos exclusivamente particulares. En apariencia, no puedo ni coger un catarro sin que eso se convierta en un problema público. No sé cómo empezar, de modo que voy a contártelo todo desde el principio y de un tirón.

Y comenzó con el día en que desembarcó en Corea y continuó hasta llegar a aquella misma mañana con la llegada de la carta. Los leños se convirtieron en ascuas, y las ascuas en cenizas. Berman había guardado silencio, limitándose a removerse en su butaca. Cuando Chris terminó de hablar, dijo:

—Como tú mismo has dicho, esto únicamente te concernía a ti, pero ahora afecta a todo el mundo. Hubo muchos soldados a quienes les ocurrió lo mismo y la cosa no tuvo importancia. Deben de existir infinidad de críos nacidos en esas condiciones. Nunca me he parado a pensar en ello, pero es lógico que así sea. El hecho...

Se interrumpió y, después de frotarse la barbilla, prosiguió:

—No creas que eso tiene nada de particular. Yo estuve en Alemania... ¿Está enterada tu mujer?

—Aún no.

—¿Vas a decírselo?

—Pues... sí, supongo que sí. No sé cuándo ni cómo.

—¿Tienes que decírselo?

Chris dirigió una penetrante mirada a Berman.

—¿Crees que no debo hacerlo?

Los dos hombres se miraron. Al fin, habló Berman:

—No veo la necesidad de que lo hagas. En realidad, sería mejor que no lo hicieras. Las mujeres se toman muy a pecho esas cosas. No comprenden cómo un hombre puede... Bueno, ya conoces sus reacciones. En ese aspecto todas son iguales, y cuanto menos sepan, mejor. Si no contestas esa carta, el muchacho creerá que no ha llegado a tus manos. Ése es mi consejo. Rompe la carta y olvídate de ella. Nunca fue tu intención tener un hijo, ¿no es así?

—¡Claro que no! Cuando lo vi, apenas me dio la sensación de que fuese mío.

—Quizá no lo sea.

—Sí, lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—La muchacha era virgen.

—¡Vamos, vamos!

—Mientras yo estuve allí, fui el único.

Se produjo un largo silencio. Los dos tenían la vista fija en el fuego. De pronto, Berman suspiró.

—Bueno, pues lo único que puedo decirte es que no remuevas la cosa, por el amor de Dios. Si fueras un particular no importaría mucho. Y tal vez tampoco importase demasiado si fueras a ser simplemente uno de tantos gobernadores. Pero ya conoces los proyectos del Partido. En ti hay madera presidencial. Naturalmente, aún tienes que recorrer un largo camino; otro año y luego gobernador durante un período, por lo menos. Después de eso... el cielo es el límite, y ya sabes dónde está el cielo. A nuestro pueblo le encanta el barro y el escándalo entre ciudadanos vulgares, pero para presidente quieren un hombre rodeado de dignidad. Aunque intuyan que el hombre no lo merece, quieren ser capaces de concedérselo. Te lo repito, no hagas nada. Si esa historia sale a la luz, tendrás que luchar con ella, pero como es algo que la gente se negará a admitir, lo dará por falso, a no ser que tú lo confirmes. Como es lógico, los del otro bando tampoco deben enterarse.

Berman permaneció callado un minuto y, luego, en tono confidencial, preguntó:

—Oye..., siempre he tenido curiosidad... ¿Son las orientales diferentes a...?

Christopher se puso de pie y le cortó con un furioso ademán. Súbitamente detestó a aquel hombre. En seguida, con una sensación de náusea, comprendió que no podía ponerse a mal ni siquiera con Berman. Lo necesitaba y, de sentirse ofendido, el hombre podía tomar represalias. Chris reprimió su disgusto y volvió a sentarse.

—Hablemos de mañana, ¿te parece? Pensaré en tu consejo. Casi creo que tienes razón.

Durante la noche, solo en su cama, comprendió que Joe Berman estaba equivocado. Los pálidos rayos de la luna de primavera iluminaban difusamente una parte del cuarto. Chris, incapaz de dormir, vio cómo los cálidos tonos naranja y pardo de la habitación se disolvían en una fantasmagórica palidez. Había subido al piso donde se encontraban los dormitorios pasada la medianoche. Laura descansaba ya. Chris abrió la puerta que comunicaba sus habitaciones y la vio en su cama, con el largo cabello extendido sobre la almohada y una mano bajo la mejilla.

—Cariño...

Lo dijo en un susurro y ella continuó durmiendo. Con una mezcla de alivio y pesar, Chris cerró la puerta y se metió en su propia cama. Durmió una hora o así. Súbitamente despertó como si hubiera oído un grito. Quedó a la escucha, preguntándose si había sido Laura. Pero la casa estaba en silencio, excepto por los crujidos de las viejas maderas. De niño, ocupando aquel mismo cuarto, tenía la certidumbre de que un fantasma recorría la casa, por la noche. Ahora sabía que se trataba sólo de la casa misma, envejeciendo, crujiendo en el frescor de la madrugada. Se sentía intolerablemente, inexplicablemente solo. Se había subido al cuarto la cartera de mano, que ahora estaba en el suelo, junto a su cama. Tenía que hacer algo con la carta; acabar de leerla y destruirla. ¡Pero no aquella noche! Ya había pasado por más pruebas de las que podía soportar.

Luego, de la misma forma repentina en que había despertado, se dio cuenta de que él solo no iba a ser capaz de decidir lo que debía hacer. La noche aumentaba monstruosamente la carga que recaía sobre sus espaldas. Podía engañar a la gente, pero no tenía derecho a engañar a su mujer. Además, ¿y si lo intentaba y, pese a ello, Laura lo descubría todo? No debió contárselo a Berman, un político sujeto a montones de cambios. ¿Cómo le sentaría a su esposa que se hubiera confiado a alguien antes que a ella? ¿Cómo podría él responder a su eterno interrogante? «¿Por qué?» Escuchaba ya la pregunta: «¿Por qué no me lo dijiste?» ¿Por qué no se lo dijo? ¿Cómo le había podido revelar su secreto a Joe Berman, que lo emponzoñaría con una serie de sordideces, y mantenerse oculto a Laura, que al tiempo que su esposa era su mejor amigo?

—No me soporto —murmuró.

¿Era acaso demasiado cobarde para revelarles a su mujer la verdad?

—Quizá lo sea —se dijo.

Seguía vacilando. Estaba seguro del amor de Laura, seguro de su comprensión... No, no acababa de estar seguro de la comprensión de ninguna mujer, ni siquiera cuando la mujer era Laura. No podía soportar la compasión, y en aquellos momentos lo que deseaba no era ni siquiera amor. Quería encontrar algún modo de convencerla de que lo que había hecho no era lo que pretendía hacer... No, de veras, él sólo había necesitado sentirse unido a otro ser humano. Durante aquellos días, en la insoportable soledad de la guerra, separado de cuanto era normal y bueno, había necesitado calor humano, algo más profundo que la recia camaradería masculina. Deseaba salvarse de ser lo que sus compañeros eran. Y en cierto modo Soonya lo había salvado. ¿Podría conseguir que Laura lo entendiera? No, no, ¿acaso no sería aquello buscar compasión? Resultaba mejor decirlo escuetamente: «Era como los demás. Me busqué una mujer.» ¡Pero él no creía haber sido como los demás!

En la breve oscuridad que se produjo entre la desaparición de la luna y el comienzo del amanecer, Chris se dio cuenta de cual era su obligación. Al aparecer en el horizonte los primeros rayos del sol, se levantó de la cama. Entró en el cuarto de baño, se lavó los dientes, se afeitó, tomó una ducha y se peinó. Después de ponerse el batín, abrió la puerta del dormitorio de su esposa. Laura dormía y su rostro quedaba en sombras. ¡Qué quieta estaba! Su respiración era tranquila como la de un niño. Su aliento tenía la fragancia de la salud. Sus párpados, de largas pestañas, estaban cerrados. Tenía el brazo derecho extendido sobre el embozo de la cama. Chris se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Laura se removió y abrió los ojos. Sonrió y, sin decir una palabra, alzó las sábanas. Chris se metió en la cama, junto a ella.

—Anoche intenté no dormirme hasta que llegaras —murmuró la mujer con voz infantil.

—Me alegro de que no lo hicieras. Me acosté muy tarde.

Laura se volvió pegando su cuerpo al de su marido en una invitación que él captó en seguida. Aquél era siempre el primer impulso de Laura después de una desavenencia, una invitación que era como afirmar la renovación de su amor básico. Sin palabras, ella le decía: «Esto, primero y después lo demás.» Ahora, Chris debía resistirse porque hasta que le hubiera dicho a su mujer lo que tenía que decirle, hacer el amor sería un sacrilegio. Pero... ¿sería aquella muda invitación exclusivamente en favor de él? Si era Laura la que le deseaba y Chris se negaba a complacerla, ¿no resultaría luego más fuerte el impacto de la noticia que iba a darle?

Chris notó sobre la boca la punta de los dedos de su esposa.

—Estás muy callado.

Él le cogió la mano y se la puso sobre su pecho.

—Cariño, debo decirte algo.

Y le habló, con sencillas palabras, de lo ocurrido el día anterior.

—Mientras yo desayunaba, Greta me entró el correo. Había una carta para mí procedente de Corea. Una carta que nunca esperé recibir.

Siguió hablando, con voz clara y pausada, con la vista fija en el techo. La luz del día se adueñó del dormitorio. Chris notó que el cuerpo de su mujer cambiaba, aunque no se retiró, al menos al principio, pero su inmovilidad estaba cargada de tensión. Chris acabó su relato cuando el sol atravesaba las hojas de los plátanos de la calle. Escuchó el suspiro de Laura, que se incorporó, a la vez que echaba para atrás su largo cabello.

—Al menos, te lo he dicho —concluyó Chris.

—Tenías que decírmelo.

Ella permanecía inmóvil, pensativa, con la vista fija en la ventana, iluminada ahora por la luz del sol. Su marido esperó contemplando su perfil, grave y reflexivo.

—Preferiría que no se lo hubieras dicho a Berman.

—Tarde o temprano era preciso que se lo dijese. Quizá debí esperar a que lo supieras tú. Pero si a él anoche le hubiera parecido que era inútil continuar la campaña, yo te lo habría contado de todas maneras.

Laura no pareció haber oído las últimas palabras de Chris. En un susurro, con voz distante, murmuró:

—No quiero que le digas que estoy enterada.

—No lo haré.

—No podría soportar hablar de esto con él, ni oírle referirse a este asunto. Ni quiero que entre nosotros exista un silencio forzado.

—De acuerdo. En realidad, ahora la cosa queda entre tu y yo.

Laura se volvió vivamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Ahora la cosa queda entre nosotros? Siempre lo ha estado, ¿no es así? Sólo por que yo no supiera...

—Debí habértelo contado hace mucho tiempo. Me refiero a lo de la chica. Pero me parecía algo tan muerto y olvidado...

—Olvidado, tal vez; muerto, no. Hay un hijo.

—¿Quieres ver la carta?

Laura recapacitó un momento.

—No —dijo al fin—. Al menos, aún no. En estos momentos, el niño no me parece importante. Es... la mujer.

—¡Oh, Laura! No... Ella no tiene importancia.

Chris atrajo hacia sí a su esposa, pero ella se soltó.

—No, por favor. Necesito pensar.

Chris echó las sábanas a un lado.

—Te dejaré sola —dijo con voz suave.

Deseó que le retuviese, pero Laura no lo hizo. Le siguió con la mirada y, cuando él se detuvo frente a la puerta, incapaz de marcharse en aquel estado de preocupación, Laura intentó sonreír. Chris volvió rápidamente a su lado.

—Cariño..., todos estos años de matrimonio... tienen importancia, ¿verdad?

—Claro que sí —asintió ella—. Desde luego. Nada puede hacérmelos olvidar. Es sólo que... La duda, naturalmente, es...

Chris se sentó en el borde de la cama, dominándose para no estrechar a la mujer entre sus brazos.

—¿Cuál es la duda?

—No lo sé del todo. Quizá no pueda saberlo hasta que tenga la respuesta. Esto lo dijo alguien, no recuerdo quien.

—Gertrude Stein cuando agonizaba.

—¡Ah, sí! ¿Cómo he podido olvidarme? ¡Unas últimas palabras tan hermosas! «¿Cuál es la respuesta?»

Y como nadie supo contestarle, añadió: «Entonces, ¿cuál es la pregunta?»

—No hables más, Laura. Es una pérdida de tiempo.

—Lo sé, y lo necesito.

—Lo necesitamos los dos. Dedicemos el día a nuestras ocupaciones. Los dos pensaremos. Cuando volvamos a reunimos, cambiaremos impresiones.

Ella lo miró con ojos brillantes e inexpresivos y asintió como si no le hubiese oído. Chris habló con más energía:

—Laura, no debes olvidar que te amo a ti, únicamente a ti. No permitiré que nada nos separe. Si me dejas, te seguiré. Vayas a donde vayas, te encontraré y me quedaré a tu lado, caso de que no logre hacerte regresar. Mientras viva, no podrán alejarte de mí porque yo estaré contigo. ¿Me oyes?

Laura asintió con la cabeza, pero Chris rechazó el ademán.

—Contesta —insistió—. ¿Me oyes?

—Sí —replicó ella—. Te oigo, Chris.

—Espero que su esposa haga la campaña con usted —dijo Henry Allen.

—No puedo asegurárselo —replicó Christopher.

Al cabo de unos minutos de llegar a su oficina, después de su solitario desayuno, ya que Laura por medio de Greta le había dicho que no la esperase, vio entrar en ella a Berman revolviéndose excitado el erizado cabello y anunciando que el hombre más rico de la ciudad, Henry Allen, un banquero descendiente de una familia cuáquera, se encontraba en el antedespacho y quería ver a Mr. Winters.

—¿Le digo que estás? —preguntó Berman.

—Claro que sí.

Ahora el viejo se hallaba frente a él, sentado en una butaca. Todo el mundo conocía aquella figura alta y cargada de hombros, el cabeza de una familia que vivía con ostentosa sencillez en una de las mansiones mayores y más antiguas del país. Llevaban hablando una hora, durante la cual Chris se limitó casi exclusivamente a escuchar, interviniendo sólo para contestar las preguntas de Henry Allen.

—Me gusta su programa —concluyó Henry Allen—. Me agrada particularmente la audacia de las reformas fiscales y presupuestarias que se propone llevar a cabo. Son muy necesarias.

Se expresaba lentamente y con precisión, con el tono exacto de voz que cuadraba a su figura.

—Pero al declararse usted en esos términos, sería de gran ayuda que su excelente esposa se encontrase a su lado. Según me han dicho, se interesa en la oceanografía.

—Es cierto —replicó Christopher—. Es la segunda autoridad del Instituto de Nueva York.

—Entonces, ¿suele ausentarse de la ciudad?

—Nada de eso. Está escribiendo un libro sobre sus investigaciones, de modo que sólo viaja ocasionalmente, como ocurrió ayer, por ejemplo, para asistir a alguna conferencia o para comprobar algún dato.

—En este caso, ¿contará usted con ella?

—Estoy seguro de que hará cuanto pueda por ayudarme.

—¿Tienen ustedes hijos?

La pregunta, que en tiempos hubiera sido negativamente contestada por Chris sin que éste le concediese importancia alguna, le pareció de pronto imposible de responder. Tras unos segundos de vacilación declaró, en forma demasiado brusca:

—No tenemos hijos.

—Lamentable —fue el comentario de Henry Allen—. Creo que para una personalidad pública tener familia siempre es una ayuda. Yo mismo tengo seis hijos, todos varones. Y no es que haya pensado en dedicarme a la vida pública, pero como banquero me ha resultado muy útil disponer de una familia que me rodease. Constituye un elemento de estabilidad.

—Es una pena que no tengamos hijos —convino Chris.

Henry Allen se puso de pie.

—Bueno, llevo más de una hora aquí. No quiero robarle más tiempo. Me gustaría declararme en su favor y ofrecerle mis recursos.

Christopher también se levantó tendiendo la mano a su visitante.

—No sé cómo agradecerse, Mr. Allen. Me encantaría que se uniera a mi grupo de consejeros.

En los labios de Henry Allen apareció una pálida sonrisa.

—A mi edad poco puede hacer uno, aparte de dar consejos. Sin embargo, me alegrará contribuir.

—Joe Berman, mi director de campaña, le llamará y le expresará nuestras más cálidas gracias.

Chris estrechó la delgada y reseca mano del viejo y cerró la puerta tras él. Al cabo de un momento, la hoja de madera volvió a abrirse para dar paso a Berman.

—¿Qué ha dicho? ¿Nos ayudará?

—Nos ayudará. Tendrás que ir a verle.

—¿Ahora mismo?

—Ni hoy ni mañana —replicó Chris con firmeza—. Debemos suspenderlo todo por unos días. Déjame solo unos minutos, ¿quieres, Joe?

Berman lo miró con inquietud. Entornó los párpados.

—No se lo habrás dicho a Laura, ¿verdad? No, no me contestes. No quiero saberlo. Me aseguraré de que nadie entre.

Al salir del despacho, cerró la puerta y su voz se disolvió en un susurro.

En la silenciosa oficina, solo al fin, Chris permaneció inmóvil, con la cabeza baja, las mandíbulas encajadas y las manos crispadas sobre la carpeta de piel. Tenía que arreglar aquello. Hasta que supiera lo que debía hacer respecto al muchacho, no lo que quería hacer, sino lo que debía, ¿cómo iba a seguir adelante con la campaña? No era justo supeditar todo a la voluntad o a los deseos de Laura. Era él quien debía decidir, y que ella lo aceptara o se negase a aceptarlo. Laura podía tomar sus propias decisiones, pero no las de él. Abrió su cartera de negocios, buscó entre los papeles y encontró el sobre gris. Ahora, al palparlo para sacar la fina hoja de papel del interior, advirtió algo en lo que antes no había reparado: una pequeña fotografía. La cara de un muchacho lo contemplaba. Una enjuta cara juvenil con el cuello excesivamente fino y las orejas demasiado grandes. Sin embargo, Chris reconoció en él una especie de imagen de sí mismo en todo menos en los ojos. Los ojos eran asiáticos.

De pronto notó un súbito ardor en sus propios ojos y comprendió que los tenía llenos de lágrimas. ¿Aquel niño era hijo suyo? Como todos los hombres, él había soñado con tener un hijo, pero no como aquél, ¡no con un rostro como el que le miraba desde la foto! Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y el corazón gritó contra aquel hijo suyo, nacido de una extranjera.

—¡Laura! —murmuró extendiendo la mano hacia el teléfono.

Chris había hecho instalar una línea directa entre su despacho y el de su esposa en la biblioteca de su hogar, donde ella trabajaba. Cuando cogió el auricular, el corazón le latía más de prisa de lo normal.

—¿Eres tú, Chris?

—Sí, Laura, quiero decirte...

Quería decirle... ¿qué? Se encontró con que no podía hablar. La voz se le estranguló. Se sentía débil, sin aliento.

—¡Chris! —llamó ella.

Al no recibir respuesta, Laura insistió:

—¿Estás bien, Chris? ¿Quieres que vaya?

El hombre se repuso. No, no deseaba la piedad de Laura.

—Un momento, por favor —rogó con tono descompuesto—. No sé qué me ha ocurrido. De pronto, no he podido... Tenía que llamarte, cariño; esto es todo. He encontrado una foto.

—¿Una foto?

—Anoche no la vi. En este momento estoy solo. He querido leer la carta. Al disponerme a sacarla, noté que había una foto muy pequeña..., supongo que se había trabado en el fondo del sobre...

—¿Una foto de... de la mujer?

—¡No, no, del muchacho! Me ha..., no sé..., trastornado.

Ahora, fue Laura quien guardó silencio. Una larguísima pausa que a Chris le pareció inacabable. Pudo preguntarle también a su mujer si le ocurría algo, pero se abstuvo de hacerlo. Esperó hasta que volvió a escuchar su voz.

—Voy para ahí, Chris. ¿Me esperas abajo, en el vestíbulo? Iremos a dar un paseo. ¿Te parece a la costa? Llevaré el coche. ¿Puedes suspender las citas que tengas pendientes?

—Lo haré —dijo él.

Cumplió su palabra. Le dijo tajantemente a Berman que pensaba ausentarse todo el día y explicó a la gente de la oficina que había surgido una novedad de la que no le era posible darles detalles... Sí, una crisis, si querían llamarla así.

—Pero, Mr. Winters... —suplicó su secretaria siguiéndole hasta el ascensor.

—Mañana, mañana —replicó él penetrando en la cabina.

Metió la mano en uno de sus bolsillos. Sí, la carta y la foto estaban allí. Deseaba que fuera así, porque había llegado el momento de verlas con Laura. En el fondo iba tomando lentamente su decisión, o quizá la decisión se estuviera dando forma a sí misma. Debía ir a Corea y ver al muchacho, averiguar cómo vivía y por qué estaba tan delgado. ¡Soonja carecía de importancia! Laura tendría que admitir que él únicamente era responsable del muchacho. «Sí, Laura, soy responsable de él. Debí de haberlo comprendido antes. Nunca debí correr el riesgo. Lo acepto ahora, tarde, pero no demasiado.» Mentalmente, mientras esperaba a Laura en el vestíbulo, se repitió una y otra vez aquellas palabras.

Luego, impacientándose al fin, volvió a repetírselas en la calle, expuesto al frío viento primaveral. El día era magnífico, aunque hasta aquel momento él no se había dado cuenta. El cielo estaba azul, con blancas nubes, y el aire era puro.

De pronto, la vio. Laura iba en el pequeño coche que Chris le ofreciera como regalo de cumpleaños, color verde oscuro, para que contrastase con el cabello rojo dorado de la mujer. Laura vestía un traje gris, llevaba guantes, pero no sombrero y la ondulada melena le caía hacia la cara. Estaba pálida y su marido adivinó que había llorado, pero no podía tener la seguridad porque ella se había retocado el maquillaje y su mirada sostenía decididamente la de Chris.

Él subió al coche.

—¿Quieres que conduzca?

—Sí, por favor.

Aquello sorprendió en cierto modo a Chris porque a ella le gustaba conducir. Cambiaron de asiento y así, uno junto al otro, avanzaron por las calles de la ciudad hasta el bulevar. Más tarde siguieron por la carretera que conducía a la costa. Ninguno de los dos hablaba. En dos o tres ocasiones, él se volvió para dirigir una sonrisa a Laura. Ella le devolvió la sonrisa, tranquilizándole. Seguramente también habría estado pensando, y tal vez en sus solitarias meditaciones los dos se hubieran aproximado más a la comprensión y al acuerdo de lo que habría sido posible de permanecer juntos.

Cuando se encontraban ya en campo abierto, Chris dijo de pronto:

—Quiero que sepas que, decida yo lo que decida, tú eres libre de adoptar la resolución que te parezca mejor.

—No me corresponde a mí resolver —replicó Laura—. He llegado hasta el extremo de pensar que la decisión la hemos de tomar los cuatro, el muchacho, su madre, tú y yo. Ha de ser justa para todos.

—En primer lugar para ti.

—No hay primeros lugares.

Volvió a reinar el silencio hasta que, después de muchos kilómetros, habló Laura:

—¿Has traído la foto? ¿Puedo verla?

Él asintió con la cabeza.

—La tengo en el bolsillo. Sácala, si quieres.

Notó su mano moviéndose a su costado. Laura encontró la fotografía y Chris se dio cuenta de que la estaba estudiando, pero no pudo adivinar qué pensaba.

—Se parece muchísimo a ti —dijo al fin la mujer—. Le hubiera reconocido en cualquier lugar. Si le hubiese visto por las calles de Corea, habría comprendido, aunque no tuviese ni la más leve sospecha. La única diferencia está en los ojos. ¿Son como los de... ella?

«No recuerdo», estuvo a punto de responder; pero se contuvo. Sin falsedades de

ningún tipo, se dijo. ¡Ni la más leve mentira!

—Soonya tenía unos ojos muy bonitos, oscuros desde luego. Todos los coreanos tienen los ojos oscuros.

Intentando adoptar un aire indiferente, Laura comentó:

—Me pregunto por qué todos los tendrán del mismo color, y no como nosotros.

—Supongo que porque han vivido mucho tiempo juntos en un mismo territorio, sin mezclas. Si nosotros pasáramos, como ellos, cuatro mil años en este país que llamamos nuestro, también acabaríamos siendo todos muy semejantes.

—¡Claro! No se me había ocurrido.

—¿Quieres devolverme la foto? —sugirió Chris al cabo de un rato.

—La miraré un poco más.

Silencio de nuevo. Por el rabillo del ojo, Christopher pudo observar a Laura mientras estudiaba el retrato. Después de unos minutos, sin decir nada, volvió a meterla en el bolsillo de la chaqueta del hombre, que no pudo soportar más el silencio, aquel silencio que se había prolongado tanto que ahora, en el horizonte, podía advertirse ya la línea del océano. En el aire se notaba el olor a sal y a mar.

—¿Vamos a nuestra caleta? —preguntó él.

La caleta era una playa que rodeaba una pequeña ensenada y estaba oculta por las dunas. En aquella época del año no habría nadie. Podrían tumbarse en la arena, a descansar, y más tarde remojarse al sol del mediodía.

—¿Has traído algo de comer? —inquirió Chris.

—Pensé que nos pararíamos a almorzar en la «Oyster House» y que después hablaríamos —repuso ella.

—De acuerdo —accedió el hombre.

Se metió en la aldea de pescadores y detuvo el auto frente al restaurante mencionado por su esposa. Se apearon del coche y anduvieron el uno junto al otro hasta la posada. No iban cogidos de la mano, como de costumbre, sino que Laura se había colgado del brazo de Chris, no totalmente como si se tratara de un extraño, aunque, en cierto modo, se consideraban unos desconocidos, no hostiles, sino unos desconocidos que debían encontrar el modo de unirse de nuevo. Y como aquello era lo que deseaban y además era necesario y, por tanto inevitable, podían ser pacientes.

—Chris, entre nosotros existe una diferencia.

Estaban ya en la caleta. El mar negro púrpura batía la orilla con sus olas mientras las blancas gaviotas describían círculos en el aire. Desde que salieron del restaurante, Chris había sido casi el único en hablar. Al principio, con dificultades, ahora ya más fácilmente, o al menos así le parecía. Laura empezaba a comprender. Estaba tumbada

en la arena y apoyaba la cabeza en la doblada chaqueta de su marido. Se volvió, recostándose sobre el codo. El sol iluminaba sus oscuros ojos y daba brillo a sus largas y rizadas pestañas. Bajo la blancura del cutis de su mujer, Chris advirtió las leves sombras de unas pecas de la infancia en las que antes no había reparado.

—¿Qué diferencia? —preguntó.

—Tú no haces más que hablar del muchacho. Y yo en quien pienso es en la mujer.

—Ella no importa.

—A mí sí me importa. Me importa muchísimo. Quiero conocerla.

—Pero, ¿por qué? Ya no significa nada para mí.

—Te conozco demasiado para admitir eso. Si hubieras sido un muchacho vulgar y estúpido, no dudaría de tus palabras. Pero eres Chris, el hombre a quien amo y respeto.

Se tendió boca arriba y fijó la vista en el cielo.

—¡Me costó mucho trabajo encontrarte! Estaba decidida a no cometer el mismo error que mi madre. Heredé el talento de ella, no el de mi padre. Y la vi difuminarse en una solitaria vejez, sin compañía alguna. Yo leía cosas acerca de Madame Curie y lamentaba que mi madre no hubiera tenido la suerte que ella tuvo al casarse con un hombre que compartía sus ilusiones y la entendía. Me prometí que nunca me casaría con un hombre con quien no pudiera hablar de lo que me apasionaba. Por eso cuando regresaste de Corea te agobié con detalles de mi propio trabajo. Y nunca mostraste aburrimiento. De ser así, lo hubiera advertido.

—¡Claro que no me aburría! ¿Cómo iba a aburrirme? Me contabas cosas que yo desconocía, en las que nunca había pensado. Y durante aquellas charlas tu aspecto era el de... de una pintura de Romney, sólo que en moderno.

—Mi madre decía que a los hombres no les gustan las mujeres inteligentes. Disculpaba a mi padre, y yo, en cambio, lo odiaba. Chris...

—¿Qué?

—¿Te hubieras casado conmigo si sólo hubiese sido bonita?

—No.

—¿O si hubiera sido fea?

Él vaciló y al fin dijo:

—Eso ni siquiera puedo imaginármelo.

—Pero... ¿si no hubiera sido inteligente?

—Te habría olvidado. ¡En el mundo hay muchísimas mujeres bonitas! No, no, cariño. Por si te interesa aún, a pesar del tiempo que ha pasado desde entonces, lo que me atrajo de ti fue el hecho fascinante de que fueras modelo los martes y los jueves y durante el resto de la semana te dedicases a tus trabajos de oceanografía...

—Un tema que hasta entonces nunca te había interesado.

—Eso no hace al caso. Tú tampoco sentías interés por la política. Mutuamente nos abrimos puertas. Esto es fantástico. Se hace más excitante cada día que pasa. No deseo una esposa que sólo sepa vestir. En realidad, y ya que tratamos de ser totalmente sinceros, me gusta una mujer que sepa cómo no llevar nada ...y cuándo. Y que en el momento de hacer el amor pueda utilizar su magnífico cerebro para darse cuenta, sin palabras, de lo necesarias que son la comprensión y la ternura, y compartirlo todo.

Se inclinó sobre Laura y, poniéndole las manos sobre el cabello, la miró con fijeza.

—¿Es posible que no sepas hasta qué punto te amo?

Ella le observó con ojos francos y directos.

—Entonces, ¿cómo pudiste amar a Soonya?

El hombre retiró las manos. Ella se las cogió y las sostuvo sobre su pecho.

—Debes explicármelo. Quiero saber, y no porque me importe..., aunque me importa mucho, tanto que no sé si tengo el corazón roto..., pero necesito averiguar qué es lo que nunca me has dado. No, no es eso lo que pretendo decir. No lo es en absoluto. Intentaré explicarme de una manera más clara.

Laura soltó las manos de su marido, se incorporó y apoyó la frente sobre las dobladas rodillas. Permaneció pensativa durante un rato y luego alzó la cabeza.

—En Soonya hubo algo que te atrajo, algo que yo no tengo. ¿Qué fue? Tal vez yo lo tenga y no me dé cuenta. ¿Qué te ofreció ella que yo no te haya ofrecido? No, no me interpretes mal... No son celos. Es humildad. Si pudiera, se lo preguntaría a Soonya. Y se lo preguntaría humildemente.

Hizo una pausa y lo contempló con naciente sorpresa en la mirada.

—¿Si pudiera? ¡Pues claro que puedo! No hay ninguna razón que me impida ir a preguntárselo.

—¡Por Dios, Laura, no digas tonterías!

El exabrupto de impaciencia se le había escapado involuntariamente. En seguida se dominó:

—Escucha, cariño... Soonya no sabría de qué le hablabas. En realidad, yo tampoco lo sé. Además, soy yo quien debe ir a Corea. ¡El responsable soy yo, no tú! Quiero enterarme de cuál es la situación del muchacho. Si no recibe la educación adecuada, le buscaré un buen internado.

—¿Sin contar con la opinión de ella? El niño es hijo suyo. ¡Soonya es la madre!

—La estás defendiendo, ¿no es cierto? ¡Es chocante!

—Quizá para ti resulte chocante, pero para mí no lo es. No has visto al niño desde que tenía unas semanas y ahora hablas de meterlo en un internado. ¡Soonya sólo tiene a su hijo!

—De eso no estoy seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Probablemente, en su vida habrá habido otros hombres.

—¿Y eres capaz de decir eso... de una muchacha a quien tú...?

—¡Santo cielo, Laura, la marea está subiendo! ¡Vamos a quedar atrapados!

Efectivamente: el nivel del agua había comenzado a subir y las olas avanzaban por la estrecha playa. Se pusieron las chaquetas y cogidos de la mano rodearon corriendo el promontorio rocoso que en unos minutos hubiera sido una pared que les habría cerrado el paso. Con la respiración entrecortada y todavía con las manos unidas, se dejaron caer en la parte superior de la playa. A lo lejos se veían algunas personas. Abajo, las gaviotas se lanzaban en picado hacia el mar y volvían a subir.

—¿Dónde estábamos? —jadeó Chris.

—En ninguna parte —replicó Laura—. Discutiendo acerca de la conveniencia de ir a Corea... Tú para ver al muchacho. Yo, naturalmente, también lo vería, pero...

Chris soltó la mano de su esposa y encendió la pipa.

—Laura, ¿estás decidida a venir conmigo?

Ella lo miró con implorante expresión.

—No, si me dices que no debo hacerlo. Pero me gustaría ir *yo sola*.

—¿Por qué?

—Porque no has contestado la pregunta que te hice antes.

—No sé cómo responderla. Si no te parece suficiente, para justificar lo que sucedió, saber que yo era entonces muy joven y estaba muy solo... Corea era un infierno y me aferré al único remedio que tenía a mi alcance. Sí, ya sé que estábamos casados; pero en aquella época ni siquiera sabía si iba a vivir lo suficiente para volver a verte. Además, ignoraba lo que era, podía ser, el auténtico amor. Un muchacho no puede saberlo, y los sentidos no dejan de exigir sus derechos en ningún momento.

—No creo que hayas sido nunca un muchacho como los otros. Durante el tiempo que pasaste en Corea no dejé de pensar en ti preguntándome si eras realmente como yo te soñaba.

—Nunca me contaste tus sueños.

—Claro que no. No estaba segura de que fuesen algo más que sueños. ¿Y si te mataban? Pero no hice... lo que tú.

Chris exhaló un suspiro.

—Bueno, cariño, no quiero caer en la tentación de utilizar el viejo tópico que asegura que los hombres y las mujeres no son iguales en lo que se refiere al sexo porque tengo un montón de pruebas que demuestran lo contrario. Eres mi amante perfecta.

—¿Distinta de ella?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—Infinitamente distinta, infinitamente mejor, infinitamente más satisfactoria.

—Pero... ¿por qué?

Él separó las manos en un gesto de impotencia.

—Esto no es propio de ti, Laura. Nunca, hasta hoy, me habías presionado así.

Sorprendentemente, Laura asintió sin vacilar.

—No es propio de mí y, además, no es justo. Por eso me iré a Corea sola. Me ocuparé de que el muchacho entre en un internado. Es hijo tuyo y debe tener cuanto necesite. Y respecto a la madre, ya veré. Tal vez no haga nada.

—Laura, ¿es esto una desavenencia?

Chris hizo la pregunta en tono imperativo. La mujer lo miró sin ira, pero con firme determinación.

—Quiero ir a Corea —repitió—. Irme pronto... y sola.

CAPÍTULO SEGUNDO

Laura se inclinó sobre la ventanilla del reactor para obtener una última visión de Chris, que estaba en la terraza más alta del aeropuerto, agitando su bufanda marrón. Para llegar hasta aquel punto desde donde podía ver el despegue del avión debía de haber subido corriendo las escaleras. Laura nunca había pasado tres días como los últimos, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de su marido. Pese a no albergar la más mínima duda acerca de su mutuo amor, sabiendo que nada podía separarles, totalmente seguros de la lealtad del uno hacia el otro, se les había hecho imposible comunicarse. La noche anterior Laura había sostenido una fuerte lucha consigo misma. ¿Debía o no ir al cuarto de Chris si él no entraba en el suyo? ¿Cuánto tiempo duraría su ausencia? El que aquella última noche permanecieran separados ¿adquiriría una monstruosa significación durante los días que debían transcurrir hasta su regreso? Porque Laura se había convencido de que sólo iba a ser cuestión de días.

—Sin embargo, sentiré un gran alivio cuando estés de vuelta sana y salva —había dicho Chris—. Ten en cuenta mis sentimientos. Espero que cumplas tu promesa, ya que has conseguido que te permita hacer el viaje sola, dejándome ante sabe Dios qué. No podré comer ni dormir hasta que vuelvas. Es como cortarme por la mitad. ¡Ni siquiera sé cómo es actualmente Corea!

Volando sobre la Tierra, Laura repasó los últimos días. Había vivido en una especie de ofuscación. Greta se ocupó de la casa mientras ella se concentraba en el trabajo, consciente de que se había convertido en una válvula de escape. Lo mismo hacían los hombres: eludir las preocupaciones personales por medio de la dedicación profesional. Resultaba asombroso el sufrimiento que uno podía tolerar si tenía algo que hacer. Laura había acabado el capítulo acerca de los efectos benéficos que las plantas y los animales del océano encierran para la humanidad: la anguila eléctrica, por ejemplo, proporciona un calmante contra la excitación nerviosa; el erizo de mar, ese pequeño y delicado monstruo, acelera la actividad de los glóbulos blancos en su función protectora contra la infección y la fisalia, una medusa a través de cuyos botones urticantes se consigue encontrar la causa de algunas alergias. La disciplinadamente de Laura había encontrado su propio remedio. Un alivio bendito porque era tan profundamente emocional que no hubiera podido soportar sus incontrolados sentimientos.

El enorme jet, que temblaba a impulsos de sus propios reactores, fue elevándose más y más en el espacio. Laura se recostó en el asiento y cerró los ojos. Iba hacia un mundo nuevo. Conocía bien Europa. En cambio, Asia le era totalmente extraña. No sintió curiosidad respecto a Corea ni siquiera cuando volvió Chris, tal fue su alegría por el fin de la separación. Y, naturalmente, nunca había soñado que...

Al estabilizarse el avión, abrió los ojos. Nunca se había sentido tan sola. A fin de cuentas, ¿habría acertado al insistir en ser ella la que se enfrentara al pasado? ¿Fueron los celos los causantes de que la idea de una entrevista entre Chris y Soonya se le

hiciera intolerable? Tal vez. Por esto tenía que averiguar por sí misma quién era exactamente Soonya, ver por sí misma toda la medida del encanto y el poder de Soonya. Porque ni por un momento admitió que Chris hubiera podido sentirse atraído, ni siquiera superficialmente, por una joven normal, por una joven vulgar, por una joven barata, ni siquiera por una joven de rostro anodino. Chris era sutil, exigente y complejo, y a Laura la encantaban cada una de estas facetas de su personalidad. El niño... Sí, desde luego, había que pensar en él, pero primero tenía que conocer a la madre y analizarla con mayor frialdad de lo que nunca había analizado a un espécimen sacado de las profundidades del mar. Debía hacerse una idea exacta de cómo era aquella mujer que había compartido con Chris su primer emparejamiento serio.

El recuerdo de Laura volvió a su propia noche de bodas. Ella era virgen, y no preguntó si él también lo era. Hubiese querido saberlo, pero era demasiado tímida, demasiado orgullosa para preguntarlo. Y demasiado inocente. Ahora, enterada ya de lo ocurrido en aquella cabaña, en aquel *hooch*, como Chris decía, admitió que durante la primera noche, después del regreso de su marido, debió haberse dado cuenta de que había existido alguien como Soonya. Chris se mostró seguro y experto como no lo había sido anteriormente. Había pasado otras muchas veces por todo aquello... No, por todo no, porque él no había amado a Soonya como la amaba a ella. No, y Soonya tampoco lo quiso, no pudo quererlo como Laura lo quería. Soonya, una ignorante muchacha coreana...

—¿A qué se dedicaba? —le había preguntado a Chris el día anterior.

Estaban en la sala, tomando un cóctel. Christopher había vuelto a casa temprano. El sol del atardecer entraba por las altas y estrechas ventanas de la vieja mansión.

Sorprendentemente, Chris enrojeció. Hasta aquel momento, Laura no había visto nunca que le ocurriera tal cosa.

—¿Quién? —preguntó, turbado.

—Esa muchacha. Soonya. ¿Qué hacía?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir si era maestra, enfermera o algo por el estilo.

—¡Oh, no! No creo que tuviese ninguna profesión. Había ido al colegio y tenía una voz muy bonita. Le gustaba cantar, pero los coreanos siempre están cantando. Me parecieron un pueblo musical, aunque la verdad es que no conocí mucha gente, aparte de ella.

Laura no dijo más temiendo oírle hablar de Soonya. Se esforzaba en apartar de su mente los recuerdos de la primera noche de su matrimonio, pero estaban allí, almacenados en escenas que no podía olvidar. La boda, severa y sencilla, había sido celebrada en el enorme y vetusto templo en que había sido bautizada Laura. Pero el traje de novia de la joven pertenecía al París de la época de su abuela y la etiqueta de

satén llevaba bordado el nombre de Worth. También el velo, de auténtico encaje, había sido lucido por su abuela. Laura y Chris se sentían tan alegres que después de la breve ceremonia casi salieron bailando, con las manos unidas, por el pasillo del templo mientras sonaban los acordes de la gozosa música. La boda fue a un tiempo alegre y solemne. La muchacha disfrutó enormemente en la recepción ofrecida en casa de sus padre. No podía olvidar el instante en que arrojó el ramillete de azucenas desde lo alto de la escalinata. Después se fueron a Nueva Inglaterra. Desde que tenía doce años, Laura había dicho que su luna de miel la pasaría en Nueva Inglaterra, en la antigua casa donde aún vivían unos viejos tíos suyos que habían sido muy comprensivos y les habían dejado a solas durante todo el día hasta la hora de cenar. Chris y ella habían vagabundado por los prados y las veredas, sumidos en un sueño de felicidad. Todo era nuevo para Laura, los dos eran nuevos y únicos el uno para el otro, todo, todo. Y ahora, de pronto, se encontraba con que ella no había sido la única para su marido. El caso era...

Eludió de nuevo la cuestión. Era posible que todo lo que le había dicho Chris fuese cierto. La noche anterior, cuando estaban separados en la cama, Laura había hecho acopio de valor.

—Chris, no sé por qué tengo tanto frío. Apenas logro evitar dar diente con diente.

—Déjame que te abrace.

Ella se había dejado abrazar. De repente, el hombre se apartó.

—¿Has cambiado? —preguntó.

Aquella fue su pregunta: «¿Has cambiado?»

—No, no he cambiado —había contestado ella—. Me siento... desconcertada. Me parece como si hubiera estado enferma, débil e insensible, incapaz de preocuparme por nada... Una sensación extraña... No creo que dure. Supongo que se tratará de la conmoción. Es como subir demasiado de prisa desde el fondo del océano. De pronto, uno no puede moverse ni respirar.

—Lo siento —murmuró Chris con una voz baja y dolida.

Después, cuando él se hubo marchado, Laura se preguntó, y volvía a preguntárselo ahora, si, efectivamente, había cambiado. Se contestó a si misma: «No soy yo quien ha cambiado. Es simplemente lo demás lo que ahora no es igual. Porque si Chris no es como yo lo imaginaba, resulta inevitable que todo sea distinto. De pronto me encuentro en un mundo que desconozco.»

A su memoria acudieron fragmentos y jirones de recuerdos. Su madre, la noche antes de su boda, le había dicho:

—Espero que no quieras demasiado a Chris, hija mía.

Laura la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo puedo amarle demasiado si va a ser mi marido?

—Por tu propio bien, quiero decir —aclaró su madre.

A ella, entonces, la respuesta le pareció incomprensible y no captó en absoluto la intención.

—Amarle cuanto puedo me hace feliz —aseguró.

—Eso es peligroso —suspiró la madre—. Algún día te romperá el corazón.

Y ahora comprendía. Había amado a Chris con la misma intensidad de cuerpo y alma que aplicaba a su trabajo, a su propio ser. Nunca hubo en su vida lugar para las relaciones sociales, para las charlas femeninas ni para las diversiones ociosas. Como no tenía hijos, había consagrado sus pensamientos y su tiempo a Chris y al trabajo. Otras mujeres hablaban de sus pequeños y Laura se consideraba superior a ellas. Ahora se sentía humillada. No tenía hijos, y hubiera sido mejor para ella y para Chris haber tenido por lo menos uno. Así le habría sido posible dividir su corazón entre su marido y el niño. Y Chris no hubiera sido el único en reinar en él.

Intentó imaginarse el hijo que podían haber tenido. Desde luego, se hubiera visto obligada a abandonar su trabajo. No, eso no podía ni pensarlo. Por consiguiente, tampoco podía pensar cómo sería el hijo. Sus ideas volvieron a su marido. Durante aquellos últimos días, Chris había intentado comportarse con naturalidad y, sin embargo, como Laura sabía a la perfección, había captado el cambio producido en ella y eso la hirió. En el último momento la había atraído hacia sí:

—Te quiero a ti únicamente, ahora y siempre.

Y luego la besó, con fuerza, en los labios.

Laura notaba aún el beso ardiéndole en la boca. De pronto se le ocurrió que ni Chris ni ella habían cambiado. Era tan sólo que ella no lo había conocido completamente. Durante todos aquellos años, Chris había mantenido un secreto, y aquel secreto formaba parte de sí mismo. Si Laura lo amó siempre tal como había sido, ¿no podía seguir amándolo como seguía siendo? No encontró respuesta a la pregunta que se planteaba una y otra vez. Durante veinticuatro horas permaneció suspendida en el espacio. El enorme aparato que la llevaba constituía en cierto modo una imagen simbólica de su propio ser. La tierra era invisible, oculta bajo una alfombra de blancas nubes en las que de un modo ocasional se abría algún claro por el que era perceptible un pedazo de océano, cuyo azulado color entonaba con el del cielo, allá arriba. La rutina de la vida prosiguió. Ingirió unos bocados de la comida que le ofrecieron; bebió un par de cócteles y una copa de licor con el café, después de la cena. Cuando cayeron las sombras durmió a intervalos. Al amanecer se despertó por completo. Se lavó, recompuso su pálido rostro y se cepilló el pelo. Experimentaba la sensación de un completo aislamiento. Se sentía infinitamente remota. Los seres que compartían su forzoso encierro le parecían simples autómatas. Sonrió en respuesta a las sonrisas y replicó con palabras escuetas a los saludos y comentarios de los extraños. No estaba en ningún lugar, no era nada, no era nadie. Carecía de pasado y de futuro; su pasado, construido sobre un sueño; su futuro,

ignoto. ¿Y si optara simplemente por no volver? ¿Y si desaparecía? No. Se había trazado un camino y lo seguiría hasta el fin.

Al descender en Seúl, la capital de Corea, se encontró entre gentes de un mismo color, cabellos oscuros, ojos oscuros. Alrededor de ella nació y tomó auge un idioma que nunca había escuchado envolviéndola en olas de extraños sonidos. Tenía todas las direcciones, Chris se las había proporcionado. El nombre del hotel, la calle, y cómo podía llegar allí después de pasar la aduana.

Fue un alivio que el joven aduanero hablara inglés.

—¿Cuánto tiempo durará su estancia, señora?

—No lo sé.

—¿Dos semanas?

—Espero que no sea más.

—Si durase más, tendría usted que conseguir un permiso.

—No creo que sea necesario.

El joven le dirigió una sonrisa. Sus dientes eran blancos e iguales.

—Aquí tenemos muchas cosas bellas. Deseo que su estancia se prolongue.

La mujer llevaba días sin sonreír sinceramente, pero ahora lo hizo. En cierto modo el joven, al sonreír, había dejado de ser un extraño.

—Gracias —dijo Laura.

Nada sería difícil, si lograba dominar el pánico. Por encima de todo debía mantener la calma. Tomó un taxi que, según pudo observar, era un antiguo jeep cuyos costados y la capota estaban hechos con bidones de hojalata alisados y soldados. Sin embargo, era un vehículo, y el chófer, un muchacho vestido con un traje remendado de algodón al que múltiples lavados había desvanecido el color, era alegre, aunque no hablaba inglés. Reconoció el nombre del hotel, y aunque el trayecto, como sospechó Laura, fue más largo de lo debido, por fin llegaron. El jeep se detuvo bruscamente, el taxista se apeó, sacó dos maletas de la mujer y dio un grito. Un mozo salió corriendo del hotel, se hizo cargo del equipaje y esperó mientras la mujer contaba el dinero para pagar la carrera. El conductor la ayudaba, señalando con un curvado dedo las monedas adecuadas. En seguida, tras una sonrisa resplandeciente, montó de nuevo en el jeep y se perdió por la atestada calle. Laura entró en el edificio.

Chris se le había anticipado. En recepción la esperaba un telegrama, y el conserje conocía su nombre.

—En su habitación hay un ramo de flores, señora —dijo.

¡Flores! Esto únicamente podía ser cosa de Chris. Apretando en la mano el telegrama, Laura siguió a un vivaracho botones hasta su cuarto. Sí, había flores: un ramillete apretado y policromo, sin fragancia. Dio una propina al chico, cerró la puerta y abrió el telegrama.

Chris le decía:

Estoy ahí contigo. Día y noche te acompaño. Te amo.

De pronto, Laura que nunca lloraba, se puso a llorar suavemente. Las lágrimas mitigaron el dolor de su corazón. Chris la amaba; Chris la recordaba. En un país extraño había dejado de estar sola. A pesar de la distancia, podía ver su hogar y a Chris sentado tal vez ante su escritorio, sintiéndose abandonado porque ella no estaba allí. «¡Oh, hermoso hogar, que nunca seas destruido por las debilidades de los seres humanos a quienes cobijas!» Laura se dijo que debía ser paciente, que debía perdonar, sí, perdonar, porque no hacerlo resultaba intolerable. Era preciso que concediera su perdón, so pena de quedarse sin hogar. No tener hogar era quedarse sola, y quedarse sola significaba estar perdida.

Le despertó la luz del sol al aparecer sobre la cumbre de una montaña. La noche anterior Laura sólo había visto unas calles, pero ahora, al saltar de la cama y acercarse al ventanal, contempló la ciudad, una mezcla de edificios modernos y de viejos caserones agrupados en un valle rodeado de montañas. No eran las boscosas montañas de los Estados Unidos, sino unas grandes masas desnudas, de roca, sombreadas de púrpura en la base y rodeadas de un aura de dorada luz en la cima. Una belleza espectacular y, no obstante, por aquellas empinadas laderas había subido Chris trabajosamente cuando era un joven soldado dominado por la desesperación de la fatiga y la nostalgia que no sabía por qué luchaba. La piedad acongojó a Laura. Chris le había descrito aquellas horas amargas compartiendo ambos —al menos así lo había creído ella— cada una de las sensaciones que él había experimentado. Pero su marido no le había hablado de Soonya hasta que llegó la carta. A Laura se le encogió de nuevo el corazón.

Una hora más tarde bajó por la amplia escalinata y cruzó el vestíbulo en dirección al comedor para desayunar. La sala estaba llena de norteamericanos, pero había unos cuantos coreanos vestidos con indumentaria occidental. En la puerta, Laura vaciló buscando un lugar donde acomodarse. Sólo vio una silla vacía, en una mesa para dos, junto a una ventana que daba al jardín. El hombre que ocupaba aquella mesa era coreano. Alto, de mediana edad, su atractivo rostro era pálido y grave. Un camarero se acercó a Laura.

—Lo siento —se disculpó—. No hay sitio ahora.

Ella señaló la vacía silla.

—¿No podría sentarme ahí?

El camarero dudó y al fin se dirigió hacia el coreano y le dijo unas palabras. El

hombre levantó la vista, sorprendido, la vio y se puso de pie.

—Tenga la bondad —le dijo.

—Gracias —contestó Laura sentándose.

Pidió el desayuno y quedó a la espera, con la vista fija en el jardín. Era un jardín rocoso. Entre las piedras había trechos de blanca arena alisada en la que, con un rastrillo, se habían trazado espirales y círculos. En las cavidades de las rocas crecían pequeñas plantas, y un retorcido árbol se inclinaba sobre un estanque. Mientras esperaba, Laura se dio cuenta de la alta y distinguida figura que se hallaba al otro lado de la mesa, pero no dijo palabra. De pronto escuchó la voz del hombre. Su inglés era muy bueno.

—¿Me permite usted que me presente?

El coreano sacó su cartera y puso una tarjeta frente a Laura. Ella leyó en voz alta el nombre.

—¿Mr. Choe Yu-ren?

—Negociante —confirmó él sonriendo—. Me dedico a la farmacia. Tengo una empresa propia.

Laura alzó la vista encontrándose con la amable mirada del hombre.

—Buenos días, Mr. Choe.

Mr. Choe dedicó una inclinación a su compañera de mesa.

—¿Viaja usted sola?

—Sí... Asuntos personales.

—¿Va a quedarse en Seúl mucho tiempo?

—Espero que no. Bueno, entiéndame. Es que estoy ansiosa por volver a casa, también por motivos personales. Lamento confesar que no dispongo de tiempo para hacer turismo. Quizá sólo me quede en Corea unos días.

Laura advertía las características del desconocido: una cordialidad agradable combinada con una actitud de mundano conocimiento. Mr. Choe dejó el tenedor sobre la mesa. Laura pensó que su desayuno no podía haber sido más norteamericano: huevos con tocino, tostadas, café y fruta.

—Dispéñeme —dijo el coreano—. Espero no ser inoportuno, pero es que pasé unos años muy felices en su país, cuando era estudiante. Fue en Yale, en 1935, y ahora, debido a mis negocios, vuelvo allá muy a menudo. Mi firma tiene conexiones con importantes compañías farmacéuticas de su patria, y siempre disfruto extraordinariamente en mis visitas. Su pueblo es muy hospitalario.

Después de una breve vacilación, el hombre prosiguió:

—¿Es su primera visita a Corea?

—Sí —repuso Laura.

Mr. Choe vaciló otra vez. Ella captó la interrogación que había en sus oscuros ojos, pero no contestó a la implícita pregunta. El camarero le trajo naranja en rodajas

y café, un huevo pasado por agua y tostadas. Cuando el sirviente se hubo ido, el coreano volvió a hablar:

—Disculpe mi insistencia, pero rara vez tengo la oportunidad de devolver la cortesía con que se me ha recibido siempre en su país. Si puedo serle útil en algo, le ruego acepte mi ayuda. Desearía poderle presentar a mi esposa, pero murió el año pasado y desde entonces vivo solo en este hotel, aunque los fines de semana vuelvo a mi casa, en el campo, donde vive mi madre. Mi hijo se encuentra en la Universidad, en mi misma «alma mater» de los Estados Unidos.

Laura miraba y escuchaba a su compañero de mesa y se dijo que nunca había encontrado un hombre más apuesto, aunque sólo fuera para verlo. Era alto, y su traje de tela gris oscuro era de corte inglés. Su cabello, que blanqueaba en las sienes, era castaño y sus ojos marrón oscuro. Si no hubiera sido por la forma de sus ojos, hubiera podido pasar por italiano, o tal vez por español, pero los ojos eran orientales. Su modo de hablar y su franqueza inspiraban confianza. Obedeciendo a un irreflexivo impulso, Laura abrió su bolso y extrajo la pequeña tarjeta en la que Chris había escrito la dirección de Soonya.

—¿Puede decirme donde está esto, por favor?

Mr. Choe estudió la tarjeta y volvió a adoptar una actitud grave.

—Es un sitio muy difícil de encontrar. Está muy lejos del extremo sur de la ciudad, que es donde nos hallamos ahora. ¿Cómo piensa ir? ¿En coche?

—Había pensado coger un taxi.

—¡No tendrá usted la intención de ir sola!

—Aquí no conozco a nadie.

—¿Quizás alguien de la Embajada norteamericana? —sugirió él.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Laura—. El asunto que me ha traído es completamente privado.

Mr. Choe le devolvió la tarjeta, y ella la guardó otra vez en su bolso. El hombre permanecía silencioso, recapacitando, mientras Laura acababa su huevo y tomaba el café. Luego el coreano hizo a un lado los platos.

—¿Me dejaría acompañarla? —propuso súbitamente.

Laura se quedó desconcertada.

—No puedo permitir que haga eso. Estará usted ocupado.

—Soy dueño de mi tiempo. Sólo tengo que telefonar a la oficina. Créame, no debo consentir que una dama norteamericana vaya sola a esa parte de la ciudad. Si lo prefiere, daré instrucciones a mi secretaria para que venga con nosotros. Al fin y al cabo, usted no me conoce. No debí olvidarlo.

—No es eso —protestó ella.

—¿Desea resolver sus asuntos estrictamente en privado? En este caso la esperaré en el taxi mientras usted...

Laura se sentía cada vez más turbada.

—En realidad, no se trata de un asunto mío particular, sino de algo que concierne a mi marido.

—Entonces está usted casada.

—Sí, soy Mrs. Winters, Mrs. Christopher Winters.

—De...

—Filadelfia.

Mr. Choe sonrió y su rostro, en cierto modo severo, se dulcificó con sintomática rapidez.

—¡Ah, Filadelfia! Conozco esa bella ciudad. Solía pasar allí las vacaciones de Navidad, con el doctor Harmsworth y su esposa. ¿Lo conoce?

—¿El gran orientalista?

—¡De modo que lo conoce!

—Únicamente nos han presentado.

—Entonces lo recordará, porque cuando se le ve resulta imposible olvidarlo. Yo le llamo mi padre norteamericano. Ahora es un anciano, claro, pero cuando voy a su país nunca dejo de visitarle. Me llama su hijo coreano. Y mi propio hijo, que ya le he dicho que se encuentra en Norteamérica estudiando, continúa la tradición y pasa sus vacaciones universitarias allí, en aquella antigua y bonita casa. Desgraciadamente, la señora ya no vive. Murió mientras yo me encontraba en la escuela graduada.

Repentinamente, Laura confió en el hombre, y al tomar aquella decisión se sintió segura y confortada. Tenía un amigo.

—Acompañeme, por favor —dijo pausadamente.

—Cuando acabe usted su desayuno —repuso Mr. Choe.

Durante el recorrido por las calles de Seúl, Laura decidió no dar ninguna explicación a su acompañante. Mucho tiempo atrás, cuando era aún una niña, se acostumbró a no explicar sus actos. Cuando su madre la reprendía, guardaba un completo silencio. No pedir explicaciones y no darlas había creado una atmósfera de paz en su juventud, en su matrimonio, en su hogar. Ahora, mientras cruzaba las atestadas vías y parques de Seúl, guardaba un silencio total, pues Mr. Choe era demasiado cortés, demasiado elegante, para hacer preguntas. Se limitó a detallarle los edificios y los monumentos frente a los cuales pasaban, expresando la esperanza de que Laura tendría tiempo de visitar los palacios de los reyes ya muertos y le permitiría acompañarla al nuevo museo antes de regresar a su país.

Ella sonreía deseando que todo aquello fuera posible. Abstraída, admiraba el atractivo perfil del coreano. Laura estaba acostumbrada a los hombres, pues en sus

investigaciones científicas trabajaba entre ellos, pero el tipo de Mr. Choe resultaba nuevo para ella. En otras cosas, aparte de su aspecto, tenía la calidad del viejo marfil, suave y opaco, sólido aunque precioso, muy complejo y difícil de abarcar. Había sentido el impulso de confiar, pero ahora dudaba. Con la paciencia adquirida durante sus largas horas de trabajo en el laboratorio, estudió al oriental. Su aspecto era viril y, no obstante, poseía una gracia felina. Era directo y carente de timidez, aunque Laura se dio cuenta de que, mientras hablaba, muchas cosas quedaban sin ser dichas. También advirtió la agudeza de sus preguntas.

—¿Es usted artista, Mrs. Winters?

—No. ¿Por qué?

—Tiene usted clase, estilo. Parece a un tiempo distante y sensible.

—Soy científica.

Mr. Choe se sintió enormemente interesado.

—¿Una mujer científica? ¿No es eso una contradicción?

—En mi país, no, aunque admito que tampoco es corriente. Soy oceanógrafa, y farmacóloga, como usted, sólo que dedicada a los estudios marinos.

—¿Y efectúa expediciones oceánicas en busca de material para uso médico? Los coreanos utilizamos también elementos marinos como arma curativa.

—Sí, a veces intervengo en expediciones. Aunque no con tanta frecuencia como antes de casarme.

—¿Qué expediciones, por ejemplo?

—Bueno, la última fue a las costas de Panamá. Deseaba recoger plancton.

—No iría usted sola, imagino.

—No, me acompañaban otros tres científicos. Estudiábamos al océano en sí: el fondo, sus formas y contornos, el agua marina, sus características físicas y químicas, las corrientes, la vida vegetal y la animal, todo lo posible. Cada uno de nosotros tenía una responsabilidad. La mía era, y sigue siendo, estudiar ese tipo de vida que fluctúa entre la planta y el animal y que puede ser las dos cosas o ninguna.

—¡Ah, las criaturas-eslabón! Sí, son muy importantes. Pero... ¡me asombra usted!

Laura no contestó porque el coche se había detenido frente a una pequeña casa de ladrillo situada entre otras dos de mayor tamaño. Mr. Choe dijo algo al taxista, que asintió con la cabeza.

—Hemos llegado, Mrs. Winters —anunció él—. Si me autoriza, la esperaré aquí.

Ahora que había llegado el momento de la entrevista, Laura no se sentía capaz de enfrentarse sola a la situación.

—Entre conmigo, por favor. No podré entender lo que me digan. Le explicaré lo que ocurre: he venido en busca de un niño y de su madre.

—En este caso...

Mr. Choe se apeó del coche y con la mano hizo una seña al chófer para que esperara.

—Ahora, Mrs. Winters —prosiguió el coreano—, permítame que vaya delante. Haré unas cuantas averiguaciones. ¿El apellido, por favor?

—Miss... No, Mrs. Kim. Y el nombre, Soonya.

Mr. Choe la escuchó impasible, firme en su decisión de no delatar ni interés ni curiosidad. En seguida, tras golpear con los nudillos en la entornada puerta de madera, tosió ruidosamente. Abrió una vieja que vestía una falda de algodón remendada y un corpiño verde, Mr. Choe le preguntó algo y la mujer asintió con la cabeza. El hombre habló de nuevo y ella hizo ademán de negación. El coreano se volvió hacia Laura:

—Mrs. Winters, Miss Kim está durmiendo. Trabaja por la noche en..., bueno, trabaja por la noche y se despierta tarde. Ésta es su madre. La invita a pasar. Despertará a su hija.

Laura, sobreponiéndose a su repugnancia, inquirió:

—¿Hay también un niño?

El coreano tradujo la pregunta, que fue contestada por la vieja.

—Sí, un muchacho —dijo Mr. Choe.

—¿Está ahora en la casa?

El hombre volvió a servirle de intérprete. La madre de Soonya movió la cabeza y estalló en una furiosa parrafada. Mr. Choe alzó una mano para silenciarla y tradujo:

—En estos momentos no se encuentra aquí. La mujer asegura que el chico es un problema. Se escapa y nadie sabe donde se mete hasta que vuelve a casa hambriento. Dice que no pueden hacer carrera de él. Es un chiquillo muy revoltoso. Tiene once años.

—Entraré —decidió Laura—. Quiero ver a la madre del pequeño y hablar con ella. Si está cansada, lamento que tengan que despertarla, pero he hecho un largo viaje y deseo volver a casa lo antes posible.

—Me hago cargo —asintió Mr. Choe.

Entraron en un pequeño cuarto, muy limpio, aunque el suelo era de tierra apisonada. Una mesita baja, unos cuantos libros, unos almohadones y, en una pared, un pergamino con un paisaje pintado. No había más muebles. La vieja mulló un almohadón.

—La invita a sentarse —aclaró Mr. Choe.

Los dos tomaron asiento y la vieja desapareció. Mientras esperaban en silencio, Laura se preguntó si sería conveniente explicar a su compañero porqué estaba en aquel lugar. Al fin, una vez más, se decidió en contra de las explicaciones. Unas horas antes ni siquiera conocía a aquel hombre, y quizás, ahora que ya había cumplido con la misión de conducirla hasta allí, no volvería a verlo nunca. Le dirigió una mirada y

sonrió con gravedad, agradecida. Él comenzó a disculparse.

—Esta casa es muy pobre. No sé cómo se gana la vida Miss Kim. Tal vez esté casada, y en este caso me imagino que su esposo estará empleado en una tienda, en Correos o en algún sitio parecido. Dudo que sea maestro, a no ser que ejerza su labor en una escuela elemental. Probablemente, Miss Kim ayuda en un bar o en algún sitio así. La mayoría de las mujeres de bar están casadas y trabajan de noche, cuando los maridos pueden quedarse en el hogar. Claro que en este caso la mujer ha de cuidar de su vieja madre, y quizás el marido trabaje también de noche porque la vida es difícil.

Laura no contestó. Le fue imposible hacerlo porque en aquel momento se abrió suavemente una puerta y Soonya apareció en el umbral. Laura la reconoció en seguida. Aquella mujer, aunque había dejado de ser joven, estaba en la plenitud de su belleza. Llevaba un vestido coreano: una falda larga de color oscuro y un corpiño blanco cruzado sobre el pecho. Llevaba el negro cabello recogido en la nuca, y en el rostro pálido los ojos pardos miraban con expresión benévola e interrogante. Era una cara tan agraciada, y la mujer resultaba tan femenina y tan frágil, aunque perfectamente torneada que, aunque se lo propuso, a Laura no le pudo desagradar. Daba mucha importancia a las primeras impresiones, ya fueran de agrado o de disgusto y había decidido que basaría su decisión en el impacto de aquel instante. Tampoco se había ocultado a sí misma su íntimo deseo de que Soonya le causara mal efecto.

—No me preocupe de la mujer —le había dicho a Chris—. A ella no le debo nada. Pero al muchacho sí, porque es tuyo, y quiero que reciba educación. No aquí, Chris, sino en su propio país.

Chris la había mirado inexpresivamente.

—Supongo que, en efecto, se trata de *su* país. ¡Resulta extraño pensarlo!

Soonya entró en el cuarto pisando silenciosamente con sus pequeñas zapatillas de goma de punteras algo vueltas hacia arriba. Se detuvo frente a Mr. Choe y habló con él con voz suave y aguda, casi infantil. Mr. Choe la escuchó con creciente asombro y frunció los labios.

—¿Qué dice? —preguntó Laura.

—Me había visto antes —declaró el coreano sin dar más explicaciones.

Laura esperó y al ver que él seguía sin decir nada, insistió:

—¿No puede darme más detalles?

—No —replicó el hombre con firmeza—. Ahora recuerdo quién es.

Laura vaciló sintiéndose extrañamente desplazada e incluso ignorada. Mr. Choe invitó a Soonya a tomar asiento y ambos continuaron su conversación, él formulando preguntas y ella contestando con voz intensa y apresurada. La vieja, que había vuelto, se sentó recostándose contra la pared. En la puerta, un grupo de chiquillos que se empujaban unos a otros para ver mejor lo que ocurría. Mr. Choe alzó la mirada,

frunció el ceño y les gritó algo. Los niños echaron a correr hacia la calle, pero poco a poco, al ver que continuaba la conversación, volvieron a acercarse.

Laura esperó lo que le pareció muchas horas, aunque tal vez no fue más de treinta minutos. Finalmente, Mr. Choe se disculpó:

—Perdóneme, por favor. Esta mujer tiene problemas con el casero. Su hijo es muy difícil y el casero desea que se vayan de aquí. Según parece, el muchacho roba a veces a los vecinos. Además, ella no tiene marido. Se mantiene a sí misma, a su madre y a su hijo.

—¿Dónde trabaja? —preguntó Laura.

Mr. Choe pareció turbado. Con un gran pañuelo se secó la frente y las palmas de las manos.

—Se lo diré más tarde —contestó—. Mientras tanto, le explicaré cuál es la mayor de las dificultades a que se enfrenta Miss Kim.

Hizo una pausa y prosiguió:

—El muchacho... no es un chico normal. Es hijo de un norteamericano a quien ella conoció aquí hace doce años, después de la guerra. Hicieron vida juntos durante más de un año. Miss Kim esperaba que se casaran y él prometió volver. Cuando el niño tenía un mes, el norteamericano se fue a su país. Desde entonces ella no ha recibido noticias del padre de su hijo. Ha tenido que ocuparse del niño, aunque no estaba obligada a hacerlo.

El corazón de Laura aumentó el ritmo de sus latidos. No traicionaría a Chris. Que los demás pensaran que había ido allí sólo como amiga, no como esposa.

—¿Cómo no va a estar obligada? —dijo con firmeza—. Es la madre del niño.

Mr. Choe la miró fijamente, manteniendo las manos sobre las rodillas.

—Aquí, el responsable de un hijo es el padre. Cuando no hay padre, no hay familia. El muchacho está desplazado. No puede ir a la escuela, ni obtener un trabajo, porque el padre no ha registrado su nacimiento. Por lo que a nosotros respecta, el niño ni siquiera ha nacido. No tiene familia, nadie le respalda. Por consiguiente, no existe.

Laura se vio acometida por un reconfortante acceso de indignación:

—¡Esto es absurdo! El niño está. Existe.

—Legalmente, no —replicó Mr. Choe.

Laura no pudo responder. Se encontraba en un mundo que no había imaginado, entre unas gentes que no conocía. Con una expresión casi suplicante, se volvió hacia Soonya. ¿No existiría, al menos entre ellas, el vínculo de ser mujeres?

Y Soonya, como respondiendo a la mirada, se levantó y buscó en un cajón de la mesita baja que había en el centro del cuarto. De un sobre envuelto en seda extrajo dos fotografías que entregó a Mr. Choe, murmurando con su suave voz unas explicaciones. El hombre examinó las fotos y se las tendió a Laura.

—El padre del niño.

Ella no deseaba mirar aquellos retratos y hubiera dado la mitad de su vida por poder rechazarlos, pero los miró. Sí, aquel era Chris, el joven Chris del que ella se había enamorado con un primer amor inseguro y temeroso, que temblaba de dicha y se escondía en la ingenuidad y en la espera. En una de las fotos, Chris aparecía de pie, con un brazo sobre los hombros de una Soonya muy joven que miraba con exultante rostro a su sonriente compañero. En el segundo retrato Chris tenía a su hijo en brazos y Soonya se recostaba contra él.

«Nunca le he visto con un hijo mío en los brazos» —pensó Laura. Y dominando el fuerte aguijonazo de dolor que sentía en el corazón devolvió las fotos a la coreana. Ahora se daba cuenta de que tenía que hablar con aquella mujer.

—¿Habla usted inglés? —preguntó.

Soonya movió la cabeza.

—Muy poco.

Mr. Choe la alentó:

—No seas tímida. Es amiga tuya: Ha venido buscándote.

Soonya se puso sobre el pecho una mano pequeña y delicada.

—¿Usted me busca a mí?

—Sí —dijo Laura—. He hecho un largo viaje.

De pronto se interrumpió. ¿Cómo iba a seguir si no era diciendo la verdad? Su mirada fue de un coreano a otro. Desconcierto, cortés pero claro; paciencia amable, velada curiosidad, silenciosa espera. Todo esto expresaban aquellos ojos orientales y la posición de aquellas manos. Soonya cogió la tetera, vio que estaba caliente y llenó las tacitas que había encima de la mesa baja. Mr. Choe alzó su taza y bebió sorbiendo ruidosamente. Soonya se sentó en el suelo, con los brazos cruzados sobre el regazo. Ella y Mr. Choe esperaban con la vista fija en Laura.

Por fin ella, comprendiendo que había llegado el momento de la revelación, abrió su bolso, sacó de él una pequeña cartera portarretratos de cuero, la abrió y miró el retrato de Chris, su Chris, tal y como era entonces su marido. Estudió su mirada ¿Era sincera? ¡Claro que lo era! Sin decir una palabra, tendió la cartera a Soonya.

Soonya la cogió, miró el retrato, lo volvió a mirar más fijamente y alzó la vista fijándola en Laura.

—Es él —dijo en un susurro.

Laura asintió inclinando la cabeza. Soonya entregó la foto a Mr. Choe. El hombre examinó la fotografía.

—Dice que es el padre de su hijo.

—Lo sé —asintió Laura con aparente calma.

Se sentía débil, la sangre golpeaba sus sienes y el corazón le latía a velocidad doble de la normal.

Mr. Choe se volvió hacia Soonya y le hizo una pregunta en coreano.

—Chris-to-pha Winters —contestó Soonya, pausadamente.

Mr. Choe cerró la cartera y se la devolvió a Laura.

—Mrs. Winters, es usted una mujer muy valiente y generosa.

A pesar de su fortaleza, a Laura se le llenaron los ojos de lágrimas que no tardaron en resbalar por sus mejillas. Buscó su pañuelo y no pudo encontrarlo. Mr. Choe le tendió el suyo de seda y ella lo aceptó y se secó las lágrimas.

—Me gustaría hablar con usted —le dijo Laura al hombre—. Volvamos al coche.

—Como usted quiera —repuso él.

Luego, volviéndose a Soonya, pronunció unas palabras que la mujer escuchó atentamente. En seguida, la coreana, se puso de pie, y echó a andar, vacilante. De pronto, como decidiendo que no debía asustarse, se detuvo junto a Laura. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo. Tendió el brazo y Laura notó sobre su mejilla el roce de una mano tan suave como el ala de una mariposa.

Mr. Choe miró a su compañera, sentada a su lado en el coche, con las manos enguantadas sobre el bolso de cuero que tenía en el regazo. Desde que salieron de la pequeña casa de Soonya, la mujer no había dicho ni una palabra. Ahora, al advertir la mirada del oriental, Laura intentó sonreír y no pudo. A pesar de estar otra vez a solas con Mr. Choe, le era imposible expresarse. La gente de las concurridas calles, los extraños letreros de las tiendas, las desnudas montañas que se alzaban más allá de la ciudad, todo le resultaba abrumador. El hombre que se hallaba a su lado era un desconocido. ¿Adónde podrían ir para hablar? Después de todo, ¿podía confiar plenamente en el coreano? Nunca había sido capaz de confiar a nadie sus cosas. Había sido una niña callada, era una mujer callada, y solía ser una esposa callada que expresaba el amor más con el gesto y el contacto que con las palabras. Pero aquella mañana Christopher se encontraba muy lejos de todo aquello. En Seúl no tenía a nadie, a nadie más que un hombre al que había conocido por pura casualidad aquella misma mañana y al que ahora se aferraba, quizá sólo por que hablaba inglés.

—Está usted fatigada —dijo Mr. Choe—. Es más de mediodía. Debería tomar un poco de té y comer algo, ¿no le parece?

Se calló y después de una pausa, enarcó las cejas.

—¿Por qué no? Es usted norteamericana, y yo he hecho frecuentes visitas a hogares norteamericanos. ¿Quiere venir a mi casa a tomar el té y comer algo? Allí podremos hablar. Aunque mi anciana madre no sabe inglés, se sentirá muy satisfecha de conocerla. Está muy agradecida a los norteamericanos por las amabilidades que tuvieron conmigo cuando era joven y me encontraba lejos. Y por las amabilidades

que tienen ahora con mi hijo.

—Me sentiré encantada de saludar a su madre —murmuró Laura.

El coche avanzó haciendo sonar el claxon, dividiendo a la gente como la quilla de un barco divide las olas. Al parecer, Mr. Choe era muy conocido, pues muchas personas le llamaban por su nombre. Laura no dejó de oírlo pronunciar una y otra vez a través de la ventanilla abierta. El coreano se mantenía muy erguido, ignorando a la gente, y no habló hasta que salieron a una carretera que terminaba en un tranquilo prado en el que crecían unos álamos que comenzaban ya a reverdecer. En el fondo del prado una amplia arcada con una puerta de madera pintada de rojo se alzaba en medio de un alto muro gris de ladrillo. El taxista dio una voz y la puerta se abrió lentamente al tirar de ella un viejo.

—Esta es mi casa solariega —explicó Mr. Choe.

Condujo a Laura a un jardín amplio y tranquilo que rodeaba una casa de un piso y un porche sostenido por unos pilares rojos.

—Un lugar apacible —observó Laura.

—No lo ha sido siempre —replicó Mr. Choe—. En los muchos años que duró el dominio nipón, estuvo ocupado por un general japonés. Cuando llegaron los norteamericanos, aquí vivió un general estadounidense. La propiedad no nos fue devuelta hasta hace diez años.

Una sirvienta esperaba en la entrada para quitarles los zapatos y sustituirlos por zapatillas de fieltro. Mr. Choe le habló en voz baja y la mujer asintió con la cabeza y desapareció. El hombre condujo a Laura al interior de la casa.

—La doncella nos anunciará a mi madre —dijo—, y mientras tanto, descansaremos. No tenga prisa. Aquí puede contemplar el jardín y el estanque. Ésta es la estación en que la vida renace, después del invierno. Que eso sea un buen presagio para usted.

La habitación era grande y el mobiliario, occidental: sillones y sofás, una alfombra color verde hierba cubría el suelo y cortinas de dorado satén en las ventanas. A un lado, un biombo de papel. Laura no pudo adivinar qué había detrás. Se acomodó en uno de los asientos, un confortable sillón tapizado de raso. Desde allí se divisaba un sinuoso sendero de espaciadas losas que cruzaba el césped y terminaba en un estanque sobre el que caía una cascada. Más allá se veían nuevos tejados curvos.

Mr. Choe, que también se había sentado, abrió una negra caja de laca con adornos de madreperla y ofreció un cigarrillo a Laura. Al rechazarlo ella con un ligero movimiento de cabeza, el coreano encendió uno para él. Una criada entró con una tetera y unas tazas, y acto seguido otra doncella hizo su aparición con una bandeja de pasteles y dulces.

—Repóngase —dijo Mr. Choe—. Aquí puede reposar. Está nerviosa y fatigada.

Bebieron el té silenciosamente y, poco a poco, Laura notó un relajamiento de la

tensión que la dominaba. Dejó la taza sobre la mesita y Mr. Choe volvió a llenarla. Entonces sus miradas se cruzaron. La de Laura, interrogante; la del coreano, confortadora.

Así alentada, la mujer habló casi bruscamente:

—¿Me equivoco al imaginar que conocía usted a Soonya?

—Todo el mundo la conoce —contestó él—. Tome un dulce de estos. Están hechos con una receta especial de mi madre. Nos gustan mucho.

Laura cogió de la bandeja un pequeño pastel relleno y lo probó.

—¡Delicioso! —dijo—. Pero, ¿por qué conoce todo el mundo a Soonya?

—El famosa por la casa que regenta —explicó Mr. Choe—. Soonya es lo que podría llamarse una *madame*, y, sin embargo, no se parece a esa clase de mujeres. Ya ha visto la modestia con que vive. Yo mismo ignoraba esa faceta suya. No estaba enterado de que vivía allí, ni la conocía por el nombre de Kim Soonya. Profesionalmente utiliza otro nombre. Y su negocio, llamado «La Casa de las Flores», tiene fama por su riqueza y por las bellas y selectas muchachas que hay allí. Ella las adiestra en todas las artes. Canta y baila admirablemente, aunque ya no practica sus aptitudes. Únicamente acepta clientes coreanos, y como sus precios son muy elevados todos son hombres de fortuna.

Laura observó que el oriental no había dicho «somos». ¿Significaba aquello que él frecuentaba «La Casa de las Flores»? No obstante, conocía a Soonya. Pero... ¿qué le importaba eso a ella, si el motivo de su presencia allí era únicamente Chris?

Volvió a empezar sumergiéndose otra vez en la maraña de los hechos y de sus sentimientos.

—Mi marido estuvo aquí hace doce años. Fue entonces cuando conoció a Soonya, que por aquellas fechas era muy joven. Tuvieron un hijo. Durante todos estos años nunca me dijo nada. Éramos, y seguimos siendo, un matrimonio muy feliz. Supongo que no había ninguna razón para que debiera habérmelo contado, pero yo había supuesto que no teníamos secretos el uno para el otro. Y ahora el niño ha escrito una carta diciendo que no tiene posibilidad de ir a la escuela. Estoy aquí para...

Mr. Choe se inclinó hacia ella.

—Querida señora, ¿quiere usted decir que su marido la ha enviado sola a Seúl para...?

—He venido por mi propia voluntad —le interrumpió Laura—. Es un momento muy difícil para nosotros. A él le ha sido imposible venir. Además, la decisión que se deba tomar respecto al muchacho también me afecta a mí. No quiero que el hijo de mi marido sea un ignorante y...

Laura era irremediabilmente sincera y, aunque de mala gana, prosiguió:

—Admito que he querido ver por mí misma cómo podía haber ocurrido aquello.

—Nada más natural —dijo suavemente Mr. Choe—. Usted ama a su marido. En

cualquier país el corazón de una mujer se siente herido al conocer una infidelidad del esposo.

—Éramos recién casados.

Laura miró al coreano y en sus almendrados ojos vio una profunda comprensión, una piedad que era más de lo que ella podía soportar. Le temblaron los labios e intentó sonreír.

—Debe usted saber que seguimos casados. Incluso este..., esta experiencia no nos ha separado. Parece imposible, pero cada uno comprende lo que siente el otro y hacemos..., bueno, cada cual intenta mitigar, o compartir...

—Entiendo —dijo él con gravedad—. Sin embargo, su amor propio, señora, está herido y sólo él mismo podrá curarse. De modo que vino usted a Corea para conocer a la mujer, en primer lugar, y luego al muchacho, ¿no? Bueno, ¿qué le ha parecido la mujer?

Laura meditó un instante.

—Apenas lo sé. No es tanto una cuestión de pareceres como de sensación. Creo que es dulce y sensible.

—Es dura como el hierro —replicó Mr Choe.

—Me acarició una mejilla.

—Sí, también puede sentir piedad.

—¿Piedad de mí?

—Piedad de cualquier mujer. No se hace ilusiones respecto a los hombres. Debiera oír los consejos que les da a sus muchachas...

Hizo una pausa riendo y luego prosiguió:

—La conozco..., sí, la conozco muy bien. En realidad, soy uno de sus clientes. Soonya es muy famosa, ya se lo he dicho. Se venga de..., bueno, digamos de la vida, no permitiendo que ningún hombre que no sea coreano entre en su «Casa de las Flores». Ningún occidental, y especialmente ningún norteamericano, puede trasponer esos umbrales. «Que vayan a los antros de tercera clase; ahí está su sitio.» Ésta es su venganza. Los coreanos, si pueden pagar sus precios, tienen la seguridad de encontrar únicamente muchachas que no se relacionan con las clases bajas ni con los extranjeros. Sabemos que las muchachas de Soonya son selectas y bien educadas. Y por encima de todo, sabemos que son coreanas.

Laura escuchó aquellas palabras sintiendo en su interior un tumulto de sensaciones: indignación, extrañeza... mezcladas con una especie de divertida estupefacción. ¡Pobre Chris!

—¿Siempre fue así? —preguntó.

—¿Siempre? ¡Oh, no! Cuando la conocí...

Hizo otra pausa y carraspeó ligeramente.

—¡Por favor, no se avergüence! —le instó Laura—. Ya hemos superado eso,

¿verdad? Aunque nos conozcamos desde hace muy poco, nada impide que seamos sinceros.

Él se echó a reír.

—Es usted comprensiva. Bueno, cuando la conocí, Soonya no tenía local propio. Cantaba y bailaba en un establecimiento muy conocido y decente. Me sentí atraído por la profunda tristeza que emanaba de ella aunque estuviese cantando alguna cancioncilla alegre o bailando. La invité a tomar una copa y pronto entablamos conversación, como hoy nos ha ocurrido a nosotros. Me contó que tenía que sostener a su anciana madre y a su hijo. Posteriormente me enteré de parte de la historia del niño, al menos de que el padre era norteamericano y de que Soonya seguía soñando en ponerse en comunicación con él. Le había escrito, pero no tuvo respuesta:

»Recuerdo haberme sentido un poco celoso y, como me parecía evidente que Soonya nunca iba a conseguir contestación, la insté a que abriera un local suyo. De hecho, yo le presté el dinero, aunque ella me lo ha devuelto todo. Es una excelente mujer de negocios.

Laura lo escuchaba maravillándose del azar que la había conducido a aquel hombre, tan extrañamente ligado a ella y a Chris a través de Soonya. Antes de que pudiera pensar en un comentario o en una réplica a las palabras de Mr. Choe, la criada apareció en la puerta con un recado.

—¡Ah! —dijo el coreano—. Mi madre está ya dispuesta para recibirnos.

Siguieron a la sirvienta que los introdujo en la habitación central de la casa. Allí, en medio de aquella exquisita decoración —suelo brillante, almohadones de terciopelo carmesí y raso negro, una mesita baja y unas cajas de laca negra con incrustaciones de madreperla— hallábase sentada una mujer menuda de pelo blanco y rostro delicioso, a pesar de su avanzada edad. En su cara, pálida y con arrugas, ideal para un camafeo, los grandes ojos negros brillaban juveniles. Los labios de la anciana eran finos y no sonreían.

Mr. Choe se inclinó hacia su madre y dijo algo en coreano. La señora asintió y dirigió una mirada a su visitante. Luego, con voz suave, apenas audible, hizo una pregunta. Mr. Choe tradujo:

—Mi madre desea saber si tiene usted hijos.

—No, lo siento —replicó Laura.

Los grandes ojos no parpadearon. La anciana pronunció otras palabras.

—Mi madre dice que es usted bonita, pero no le gusta el color de sus ojos ni el de su cabello.

Laura se echó a reír.

—¡A mí tampoco! Siempre he deseado ser morena, pero... ¿qué voy a hacer? Debo conformarme con ser como soy.

Aquellas palabras, al ser traducidas, llevaron una pálida sonrisa al marfileño

rostro. La dama dijo unas frases en tono bajo.

Mr. Choe se rió, y cuando su madre habló de nuevo hizo una inclinación. Volviéndose hacia Laura, el coreano anunció:

—Debemos retirarnos. Mi madre tiene cerca de noventa años y se impacienta con facilidad. Le damos gusto en todo y nos sentimos orgullosos de su avanzada edad. Es la mimada de la casa.

Laura se inclinó también, y Mr. Choe, después de correr uno de los frágiles tabiques móviles de papel *shoji* para evitar que se produjera una corriente de aire con el jardín, la condujo otra vez hacia la puerta de la casa, frente a la cual aguardaba el coche.

—Después de esta pesada mañana debe de sentirse usted fatigada —dijo—. ¿Le parece que regresemos al hotel y volvamos a vernos mañana? Si puedo serle útil en algo...

Laura montó en el coche y el coreano se acomodó junto a ella. Durante la media hora que el taxi invirtió en volver a la ciudad permanecieron callados. Laura se sentía auténticamente fatigada, tantas eran las conmociones que habían sufrido su cerebro y sus sentidos durante la jornada, y se alegró del silencio. Una vez en el hotel, Mr. Choe la acompañó hasta el ascensor y, con rostro inescrutable, le dedicó una protocolaria inclinación. La mujer subió a su cuarto. Lo encontró tal como lo había dejado, pero encima de la mesa había un pequeño ciruelo metido en un tiesto verde que antes no se hallaba allí. La planta, en plena floración, era como una pincelada de blanco en el sol de la tarde que se filtraba por la ventana.

Laura miró la tarjeta que acompañaba al tiesto. Era de Mr. Choe. De una o de otra manera, el coreano había encontrado tiempo para comprar el obsequio. O tal vez se hubiera limitado a dar la orden a alguna de las criadas de su casa. De cualquier modo, recordando que su nueva amiga se encontraba sola, decidió enviarle un ciruelo, el símbolo de la vida persistente. ¿Vida? Laura había experimentado demasiadas impresiones aquella mañana, se sentía cansada y deseaba escapar. De encontrarse en su casa, se hubiera refugiado en el laboratorio, o quizás incluso en las frías profundidades verdes del océano. Verdaderamente cansada, se quitó la ropa, se tumbó en la cama y quedó instantánea y profundamente dormida.

Se despertó el día siguiente por la mañana. De momento, la tenue claridad que se filtraba por la ventana le hizo pensar que era la tarde del día anterior. Pero aquella luz era, sin lugar a dudas, la del amanecer. Laura se levantó, disgustada al pensar en las horas perdidas de sueño, pero en seguida se dio cuenta de que estaba descansada y tranquila y que ya no sentía ningún miedo. Ni siquiera tenía prisa. Volvió a la cama y

permaneció echada, reposando durante una hora; luego se bañó y se vistió. Experimentaba una asombrosa sensación de paz. Seguía siendo muy temprano; sin embargo, bajó y entró en el comedor, en el que sólo se encontraban tres jóvenes, sin duda huéspedes del hotel. Evidentemente, era muy pronto para que Mr. Choe se hubiera levantado. A Laura casi le agradó la idea de no verlo aquella mañana. Podía incluso dar un paseo sola y, a la vuelta, escribir a Chris. Después... Bueno, después haría lo que considerase más adecuado.

Mientras desayunaba, nadie más entró en el comedor. Después, en vez de volver a su cuarto, Laura salió a la calle. La gente parecía ya atareada: empleados que se dirigían a su trabajo, mujeres que iban al mercado, niños que se encaminaban a la escuela. En las calles se observaba una mezcla de pobreza antigua y de nueva prosperidad, si a aquello podía llamársele prosperidad. Frente al hotel, una pequeña zona ajardinada marcaba la división entre dos calles opuestas. Laura cruzó para ver qué hacían allí dos viejos. Sin duda se trataba de jardineros municipales y, sin duda también, discutían acerca de las flores que debían plantar. El más joven, para demostrar su razón, sacó un plano. La mujer, mirando por encima de su hombro, pudo ver un esquema coloreado lleno de cuadrados y estrellas que supuso serían las indicaciones para colocar las plantas. Se sintió ligeramente sorprendida por aquella discusión, que podía haberse producido en cualquier país. En apariencia, el más viejo quedó convencido, si bien contra su voluntad, pues gruñó algo, arrancó las plantas y comenzó de nuevo su tarea. Cuando Laura iba a seguir su camino, notó que le daban un tirón en la parte de atrás de la chaqueta. Al volverse, se encontró con cinco o seis golfillos desharrapados que le tendían las manos en espera de una limosna.

—No se te ocurra dar nada a los mendigos —le había advertido Chris—. Sobre todo, si son niños. Si los atiendes, te amargarán la vida.

Laura recordó el consejo y estuvo a punto de alejarse, pero entonces vio a una niña que se mantenía aparte, una niña muy menuda, casi esquelética, cuya edad no podía adivinarse. La mujer se detuvo, haciendo caso omiso del alboroto que hacían los otros chiquillos. Extendió la mano derecha, alzó el rostro de la pequeña y la miró. ¡No era oriental! Sin embargo, los ojos eran asiáticos, almendrados, grandes, encantadores, pero no oscuros. En el pardo de las pupilas se advertían venillas azules. El cabello de la niña no era negro, sino castaño claro. Y el cuerpo de la criatura, aunque descarnado, era de recia estructura, muy distinto de la delicadeza de los pies y las manos, genuinamente orientales.

Se inclinó hacia aquella menuda y exquisita criatura, que, a pesar de aparecer sucia y demacrada, constituía una especie de quintaesencia de la belleza.

—¿Quién eres? —susurró, aun sabiendo que la pequeña no iba a entenderla.

Los otros chiquillos habían dejado de pedir y se arremolinaban, curiosos, en torno a Laura y la niña. Uno de ellos, el que parecía mayor, intuyendo que la pequeña tenía

alguna ventaja sobre los demás, le cogió la mano y la obligó a extenderla. La niña se resistió. No estaba dispuesta a mendigar. Repentinamente, se apartó y, tras abrirse paso por entre el grupo de muchachos, escapó corriendo calle abajo.

—¡Voy a perderla! —exclamó Laura.

Y apartando a los mendigos, corrió tras la chiquilla, que se había escondido en los callejones de detrás del hotel. Durante un rato la mujer continuó la búsqueda sin desanimarse. De improviso, al doblar una esquina, vio a lo lejos a la niña, junto a lo que supuso que era una entrada posterior del hotel. Parecía esperar a alguien. Temerosa de que volviera a escapársele, Laura permaneció inmóvil tras un árbol retorcido. Pronto resultó evidente que, en efecto, la pequeña esperaba algo. Laura comprendió lo que era. Un empleado salió del hotel con un cubo de desperdicios que vació en un cajón de madera situado junto a la puerta. La niña, al verle llegar, se había escondido tras una pared, pero cuando el hombre se hubo marchado abandonó su refugio, miró a derecha y a izquierda y, no advirtiendo la presencia de nadie, se inclinó sobre el cajón, comenzó a revolver los desperdicios con sus manilas, encontró unos restos de comida y se los llevó a la boca.

¿Qué podía hacer Laura? Si dejaba que la viese, la niña huiría. Y si lograba atraparla, ¿cómo la iba a ayudar? Debía de haber infinidad de niños así. Laura había viajado hasta Seúl en busca únicamente de uno y lo había encontrado. Al menos, sabía dónde estaba. No debía ocuparse de otros. Laura descendía de una prudente familia bostoniana. Es mejor cuidar primero de lo propio y después...

¡La niña la había visto! Con las manos llenas de restos de comida, echó a correr, ligera como una gacela, hacia un estrecho callejón por el que desapareció. Y Laura, después de la espera, no pudo hacer otra cosa que volver a la calle, pero ya sin ánimos para continuar su paseo. Se metió en el hotel y, una vez en su cuarto, escribió a Chris.

La carta le llevó mucho tiempo. Antes de que pudiera acabarla, el sol ascendió lentamente hasta su cénit. Y, sin embargo, no fue extensa. Sólo resultó larga por la cantidad de tiempo que le costó escribirla porque resultaba muy difícil explicar a Chris lo de Mr. Choe y expresar las sensaciones que en ella había suscitado Soonya, unas sensaciones aún muy vagas, producto del contraste entre la suave mano en su mejilla y el firme comentario de Mr. Choe: «Es dura como el hierro.» Además, aún no había visto al niño. A pesar de todo, la carta le hizo bien, porque al menos indicaba en ella, de una manera muy resumida, la vaguedad de sus sentimientos.

Aún es muy pronto, pero ya he comenzado. He conocido a Soonya, aunque no he hablado con ella. Hoy me propongo ver al niño. Se me ocurre que quizá la madre no quiera separarse del pequeño. Compadezco al muchacho por tener que vivir con su vieja abuela Soonya...

Laura tachó el nombre. No, aún no le diría nada a Chris de la «Casa de las Flores». Por consiguiente, tampoco podía hacer otra cosa que mencionar de pasada a Mr. Choe. El día anterior habían sucedido demasiadas cosas y demasiado rápidamente. Tampoco le contó lo de la niña hambrienta. ¡Todo era tan difícil! Escribió las dos palabras que realmente importaban, «Te amo», y cerró el sobre.

Lo primero que haría sería volver a casa de Soonya. Iría sola y establecería su propia comunicación. Quizás el muchacho estuviera allí. Debía darse prisa, porque resultaba muy probable que por la tarde Soonya se marchaba a la «Casa de las Flores». El sol calentaba ya bastante y Laura consideró acertado llevar sombrero. A punto ya de salir advirtió que el ciruelo se estaba marchitando. Palpó la tierra del tiesto. Seca. Laura dejó el bolso encima de la mesa, fue al cuarto de baño, llenó un vaso con agua y lo vació en la maceta.

No fue difícil encontrar la casa de Soonya. Tenía un excelente sentido de orientación y siempre era ella, cuando Chris conducía, quien estudiaba los mapas y las carreteras a seguir. Aquella mañana pudo dar instrucciones al taxista, de manera que llegaron a la pequeña construcción de ladrillo en mucho menos tiempo que el día anterior. Al menos así se lo pareció a la mujer. Soonya salió a su encuentro. Cuando el coche se detuvo y de él descendió Laura, la coreana estaba a punto de irse, pero al reconocer a su visitante dejó el bolso y la sombrilla y la hizo pasar. En el interior de la casa no había nadie; ni a la vieja ni al niño se les veía por ninguna parte.

Laura no se sintió cómoda al encontrarse a solas con Soonya, aunque se daba cuenta de que aquella soledad podía beneficiarlas a las dos. Pero... ¿hablaría Soonya suficiente inglés? Al no permitir la entrada de norteamericanos en la «Casa de las Flores», no habría tenido oportunidad de practicar el que aprendiera en tiempos, muchos años atrás. El día anterior no había dicho más que unas pocas palabras en inglés confiando en Mr. Choe como traductor. Laura siguió a Soonya hasta una habitación que no había visto en su visita anterior y que, según parecía, era el dormitorio de Soonya: un cuarto amueblado con un estilo agradable, extrañamente norteamericano. En la ventana, unas cortinas de color de rosa con flores estampadas; en el fondo, una enorme cama cubierta con una colcha de la misma tela, y en el centro unos almohadones-asientos tapizados. Sobre el tocador, un retrato de Chris. Al ver aquel rostro joven, sonriente y seguro de sí mismo, Laura tuvo que reprimir un súbito impulso de llorar. ¿Habría ocurrido todo en aquella habitación?

Soonya, siguiendo su mirada, fue hacia el mueble y volvió la foto contra la pared.

—Hace mucho tiempo —dijo en inglés—. Mucho, mucho tiempo. Ahora él no es el mismo hombre. Él es tu marido. Tengo recuerdos; nada más.

—También tienes al niño —replicó Laura.

Soonya la miró a través de los entornados párpados.

—¿Vas a llevártelo?

—No.

—¿Por qué estás aquí entonces?

Laura movió la cabeza.

—Yo misma quisiera saberlo. Pero como el muchacho escribió a su... a mi marido, nos pareció que lo único que podíamos hacer era asegurarnos de si era cierto que estaba creciendo sin recibir educación.

Soonya levantó rápidamente una mano.

—¡La culpa no es mía! No puede ir a colegio porque no está registrado. Y los niños se ríen de él. Le dicen cosas feas. Porque su padre es americano. Él me pregunta por qué su padre es americano. ¿Cómo puedo explicarle una cosa tan difícil? Pero él recibe alguna educación. A veces le he puesto profesores privados... ¿se llaman tutores?

El rostro de Soonya había enrojecido ligeramente. Estaban sentadas en unos cojines, con una mesita baja entre ellas. Uno de los tabiques de papel estaba corrido, dejando ver un jardín rocoso. En la rama de un árbol un pájaro desgranaba una serie de notas dulces y penetrantes. Laura se volvió a mirarlo. El trino era mayor que el minúsculo cuerpo del pájaro, que tenía el cuello hinchado y las alas ahuecadas.

—¿Y por qué es norteamericano su padre? —murmuró Laura.

Se produjo una larga pausa antes de que Soonya contestara.

—Al principio es verdad que yo no estaba enamorada de él —dijo al fin—. Yo era muy pobre. Después de la guerra todos éramos muy pobres. Mi padre estaba muerto y la casa rota por las bombas. Yo era sólo una niña. Había muchas como yo. Lo único que podíamos hacer era cantar y bailar y vivir con hombres americanos. Al principio yo quería sólo cantar y bailar, no hombres.

—¿Qué edad tenías?

Soonya abrió mucho los ojos.

—Entonces yo tenía sólo dieciocho años; diecisiete por la cuenta americana. Pero era tan alta como ahora. Me daban miedo los hombres, todos los hombres. Cuando un hombre me miraba, yo apartaba la mirada. Una noche vi un hombre más bueno que los otros.

—¿Más bueno?

—Sí, muy alto, muy guapo, muy triste. No reía ni gritaba como los otros. Estaba callado y triste. No miraba a las chicas. Luego, un muchacho que hacía mucho ruido, que bebía mucho, creo que es de Texas, me cogió y me llevó a un lado. Yo grité fuerte. El hombre alto se levantó, hizo que el otro me soltara y me llevó a su mesa. Yo estaba llorando aún y él me dio su pañuelo.

Aquello no era lo que Chris le había contado. Ni había ido a proteger a Soonya ni la había llevado a su mesa. O la mujer soñaba o confundía a Chris con algún otro, de antes o de después. ¿O era Soonya quien decía la verdad? ¡Qué corrosiva resultaba la duda! Mientras tanto, la coreana parecía revivir la escena, y con un pañuelo se secó unas lágrimas. Eran lágrimas auténticas, según Laura pudo comprobar.

—Era muy dulce —sollozó Soonya—. La gente no es tan dulce conmigo nunca. La noche siguiente volvió. Al principio no estaba y me dio miedo que no viniera. Pero luego lo vi y corrí a su mesa, porque con él me sentía segura.

Hizo una pausa, movió la cabeza y se llevó el pañuelo otra vez a los ojos. Fuera, el pájaro cantó de nuevo, tres notas, tres veces, con la misma dulzura.

—¿Y después?

—Luego, unos días fuimos de excursión en la montaña y unos días bailamos por la noche. Y hablamos. Yo no sabía que él estaba casado. Tenía muchos sueños. Es culpa mía; siempre sueño. Soñé que él se casaba conmigo y me llevaba a América. ¡América, país maravilloso! Así nos besamos, él me enseñó, y luego encontramos pequeño *hooch*. Cuando llegó invierno y había mucha nieve no podíamos ir a la montaña y tampoco podíamos ir a bailar si había mucha nieve y el viento era muy frío. Y así pasó todo.

—Comprendo —dijo Laura—. ¿Y nunca te dijo que se casaría contigo?

—No, nunca. Sólo eran sueños míos.

—¿Y qué ocurrió cuando comprendiste que estabas embarazada?

Soonya se cubrió el rostro con las manos y en seguida las dejó caer en su regazo. Quedaron allí, inertes, con las palmas hacia arriba, como flores de loto.

—Yo no quería un hijo, lo prometo. Pero luego él me pidió que tuviera un niño suyo.

—¿Cómo?

No, aquello no podía ser. Chris nunca hubiera...

—Pero... ¿por qué? —insistió Laura.

Soonya enarcó las cejas.

—Él dijo que quizá moriría antes de poder volver a su hogar. La guerra estaba parada, pero no había terminado. Podía morir y no quedaría nada vivo de él.

—¡Y tú le diste un hijo!

—Porque le amaba mucho.

Laura dirigió una penetrante mirada a los oscuros ojos de Soonya. La coreana no apartó la vista. Lentamente dijo:

—Pensaba siempre que él no podía abandonar un hijo suyo y que me llevaría con el niño a América. Si tenía un hijo suyo sería igual que su esposa. Entonces, un día llegó una carta.

—¿Qué carta? —preguntó Laura conteniendo el aliento.

—Carta tuya —replicó Soonya—. Lo supe porque la leí. Cuando él dormía yo leí la carta porque se la quité del bolsillo. Tú querías que volviera a casa contigo. Cuando vi la carta comprendí que él se iría. Dejé la carta en su sitio. No dije nada. Sólo lo amé más que antes. Y tuve esperanza. Pero esperanza no sirve. Él escuchó tu llamada. Un día se fue. El día siguiente su amigo me dio dinero y carta de él. En la carta me decía dónde estaba su hogar, dónde vivía con su padre y su madre por si yo tenía problemas.

—Ahí vivimos nosotros ahora —explicó Laura—. Sus padres han muerto. ¿Tienes la carta?

—La tengo —replicó Soonya—. La guardaré siempre.

Abrió la puerta de un pequeño armario, tiró de un cajón, revolvió unos papeles y se volvió, asombrada.

—¡No está! ¿Entonces dónde está? ¡Ya lo sé! ¡Ese niño travieso la ha cogido! A veces yo se la leo. ¡Siempre hace preguntas ese chico! «¿Quién es mi padre? ¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no escribe? ¿Por qué no viene?» Por esto le leo carta. «No la toques», le digo. Así es como averiguó adonde tenía que escribir.

Laura lo comprendía todo. Pero ¿qué había podido decirle ella a Chris para que abandonase a Soonya y a su hijo? ¿Y cómo lo había compensado ella luego? ¡No le había dado ningún hijo!

Los suaves sollozos de Soonya cambiaron el curso de sus pensamientos.

—No llores, por favor —dijo—. No puedo culparte. La culpa es de él. Debió tener más consideración, debió pensarlo mejor.

Soonya alzó la cabeza con repentina vivacidad.

—La culpa no es de él. La culpa es tuya...

—¿Mía? ¡Pero si yo no estaba enterada!

—La carta que le escribiste —concluyó Soonya.

Entonces Laura recordó la carta. La escribió el mismo día en que cumplió veintitrés años. Un gélido día de noviembre. Había subido a su cuarto, en casa de sus padres, en Nueva York, para vestirse para la fiesta que su madre había organizado en su honor. La ventana de su dormitorio daba a Gramercy Park, y la visión de la lluvia repiqueteando en el cristal y difuminando el vacío parque hizo que un escalofrío de soledad recorriera su cuerpo. Tres años antes, Chris y Laura habían caminado juntos por aquel parque. Entonces ella tenía veinte años y habían paseado cogidos de la mano por primera vez. Los dos se sentían tímidos, inmersos en un remolino de sentimientos, aferrándose el uno al otro. Pero era demasiado pronto. Laura temía comprometerse antes de volver a su soñada carrera, y Chris no hablaba más que para preguntar secamente si le escribiría a la Universidad.

No pensaban en Corea. No sabían nada acerca de aquel pequeño país, agitado y distante. Laura cumplió su promesa, aunque no muy bien. Sus cartas fueron frías,

breves, envaradas. Por entonces estaba totalmente bajo la influencia de Don Lawson, el famoso oceanógrafo, que intentaba persuadirla para que los acompañara, a él y a otros tres científicos, a una expedición marina, la primera de Laura, para recoger algas del fondo del océano. Aun siendo tan joven... Pero ¿había sido alguna vez realmente joven? Aquél era el precio que pagaba una mujer por tener lo que los hombres llamaban «un cerebro masculino». Nada la irritaba más que la idea de que la inteligencia les correspondiera sólo a los hombres, como si la Naturaleza repartiese la capacidad mental obedeciendo al sexo en vez de hacerlo por azar y por designios genéticos. ¿Era acaso culpa suya que la muchacha fuera la más brillante de su familia?

Sí, Laura recordaba aquel vigesimotercer cumpleaños. Sentada junto a su ventana, con la mente nublada por sombrías ideas, se sintió presa de una crisis de añoranza por su marido cuyas últimas tres cartas no había contestado porque en ellas no se decía nada. Súbitamente, obedeciendo a un impulso, se levantó, fue a su mesa y le escribió una apresurada nota en la que puso una pasión sin precedentes.

Querido Chris, amor mío: Hoy cumpla veintitrés años, ¿lo has olvidado? No he tenido noticias tuyas y durante todo el día no he dejado de esperarlas. Incluso esperaba que telefonaras, aunque sé lo difícil que es eso. ¿Has pensado hoy en mí? Llueve y hace frío, y el viento hace volar las hojas secas del parque. ¿Cuándo volverás? Me pregunto cómo serás a tu regreso. ¿Habrás cambiado? ¿He cambiado yo? No lo creo. Únicamente soy mayor y estoy más segura de lo que deseo. Si sé pronto de ti, no participaré en la expedición subacuática que he planeado con Don y los otros... ¡Escríbeme una auténtica carta, Chris! ¿O es que has decidido volver a alistarte? De ser así, acompañaría a Don.

Laura recordaba la nota casi palabra por palabra. No obtuvo respuesta y el corazón fue encogiéndosele. Hizo el viaje con Don, y mientras el científico buceaba en busca de algas, recogió plancton en una red atada a una cuerda de nylon que, a su vez, estaba sujeta a la popa del yate que un millonario amigo de Don les había prestado. Hora tras hora, día tras día, permaneció sentada en cubierta, vistiendo un traje de baño, siendo, en opinión de los hombres, la viva imagen del investigador. Pero ella sabía que no era así. ¿Por qué no escribía Chris? Cada tres días telefoneaba a su casa.

—¿No ha llegado carta, mamá?

—De Corea, ninguna, hija.

Después, cuando volvió a casa, Chris estaba allí. Había regresado, simplemente. Admitió que había pensado en solicitar una prórroga de servicio en Corea, ya que no reengancharse, pero la carta de Laura le indujo a volver. Ahora, once años más tarde,

la mujer comprendía el porqué de la extensión en vez del reenganche. Lo último hubiera significado Europa en vez de Asia, y era Asia lo que él deseaba; Asia, que en aquellos momentos se encontraba frente a ella en la forma de una extraña y hermosa mujer.

—Él me dejó por ti —dijo Soonya, con un suspiro.

Sumida en unas meditaciones que Laura no pudo adivinar, hizo unos pequeños pliegues en la seda de su falda. Las largas pestañas proyectaban su sombra sobre unas mejillas levemente sonrosadas. Un viejo temor volvió a reavivarse en el corazón de Laura. ¿Sería cierto que los hombres, Chris incluido, preferían a las mujeres que podían y lograban dedicarles todo su ser en cuerpo y alma? Habían discutido acerca del tema en más de una ocasión, encontrándose ella en sus brazos, siendo totalmente suya y, sin embargo, no siéndolo nunca del todo, como sabían los dos. Porque, dejada atrás la hora del amor, se suscitaba en Laura la cósmica curiosidad del cerebro superior, el eterno interrogante, que no sabía de sexo ni de ego, sino únicamente de la precisión de descubrir las verdades del Universo. Podía olvidar a su marido durante horas y más horas, y de hecho lo olvidaba. Podía pasar incluso días sin pensar en él.

Pero Chris la tomaba a broma.

—¿Te acuerdas de mí, preciosa? ¡Soy tu marido! ¿Te importa dar un descanso al viejo océano? ¡Vámonos en avión a las Bahamas!

Palabras como aquellas le producían una sensación de culpa contra la que se rebelaba, pues tenía el mismo derecho que su marido a la individualidad. Cuando se encontraba metido en una de sus campañas, Chris se olvidaba de su mujer sin remordimientos. Y si algún día llegaban a la Casa Blanca, como Laura estaba casi segura de que ocurriría, Chris, siendo como era, se vería obligado a descuidarla, y ella lo comprendería, lo mismo que lo comprendía ahora. No le importaba que la relegara a un segundo término, debía ser franca consigo misma. Incluso, le agradaba que fuera así porque de este modo tenía ocasión de hacer lo mismo y de dedicarse a su propio trabajo.

Salió del profundo ensimismamiento en que le había sumido el comentario de Soonya al escuchar fuera de la casa una voz destemplada, la vieja que gritaba palabras coreanas como si regañara a alguien. Laura oyó otra voz, clara y juvenil, que respondía en tono risueño.

Soonya alzó la cabeza y Laura fijó la mirada en sus grandes ojos.

—Quiero ver al niño —dijo.

La coreana se puso de pie y fue hasta la puerta del jardín. Bajo la larga falda, sus pies apenas produjeron ruido. Se detuvo en el umbral y se volvió para mirar a Laura.

—Yo me marcho —dijo—. Él vendrá solo a verte.

Se alejó, y Laura vio su flotante falda roja moviéndose entre los árboles hasta desaparecer detrás de unos sauces llorones que crecían junto a un pequeño estanque

oval.

Laura no sabía cuánto tiempo llevaba esperando. «Es como si hubiera esperado durante toda mi vida» se dijo. Pero quizá sólo habían transcurrido unos minutos. El jardín estaba en silencio. El pájaro que lo animaba con sus trinos había volado. Laura permanecía sentada, tensa e inmóvil. ¿Llegaría el muchacho por el jardín o por la puerta interior? La casa permanecía también en silencio, como si ella fuese su única ocupante. ¿Y si Soonya la hubiera engañado llevándose al niño y dejándola allí para que esperase hasta que el desaliento la hiciera marcharse?

Entonces lo vio. Venía de uno de los lados del edificio y se detuvo frente a ella. A Laura se le cortó la respiración. El niño podría haber sido el mismo Chris a los doce años, alto recio, descalzo y con las piernas desnudas. Llevaba un pantalón corto azul y una camisa blanca de sport, ambas prendas muy usadas y no demasiado limpias. Pero el pelo, negro y liso, estaba bien peinado y aún húmedo. Laura pensó que era igual que Chris, excepto por los ojos, la tez olivácea, y la boca, que era de suaves líneas, como la de Soonya.

—Buenos días, señora —dijo.

Se mantuvo quieto. Tímido, pero no incómodo, su expresión era de un interés controlado. ¿Un chiquillo muy inteligente para su edad? En todo caso, ya no podía considerársele un niño.

—Buenos días —contestó Laura—. Lo siento, pero no sé como te llamas.

—Tengo el nombre de mi padre: Christopher. Soy Kim Christopher.

—Hablas muy bien inglés.

El chiquillo acabó de entrar en el cuarto y se sentó en el cojín donde había estado Soonya. Era un chico modoso y muy atractivo, pero llevaba una especie de máscara, quizá como protección. Si la cosa resultaba difícil para ella, también debía de serlo para él.

—Recibimos tu carta —prosiguió la mujer—. Mi... Bueno, a tu padre le hubiera gustado venir; pero ahora está metido en una campaña política que no puede abandonar. Yo estoy aquí en vez de él.

Laura decidió no tratarle como a un niño, aunque no tenía la certidumbre de que la comprendiese. Si no fuese así, Kim Christopher ocultó la ignorancia tras la cortesía.

—Mi padre... ¿está bien?

—Sí, muy bien.

—¿Tiene usted un retrato suyo reciente?

—Sí.

La mujer abrió el bolso y sacó la misma foto de Chris que había enseñado a Soonya. Laura renovaba el retrato cada cumpleaños, y como el último había sido hecho un mes antes, el rostro, resuelto y alegre, era idéntico a la realidad. Kim Christopher lo cogió ansiosamente con las dos manos.

—¡Tiene el pelo blanco! —exclamó.

—Sólo un poco en las sienes.

—Pero aún no es viejo.

—No. Claro que tampoco es demasiado joven.

—Es guapo —murmuró el chiquillo.

Y en seguida alzó sus bellos ojos para preguntar:

—¿Puedo quedarme el retrato?

Venciendo la inicial negativa, Laura accedió:

—Sí, si lo deseas. ¿O prefieres que te mande otro mayor?

—Éste me gusta mucho —repuso mirándole fijamente—. ¿Él no me quiere?

Laura contraatacó:

—¿Deseas dejar sola a tu madre?

La respuesta del muchacho fue atinada.

—También quiero a mi padre.

—¿Cómo podemos arreglar eso? —preguntó Laura.

En cierto modo, le sorprendía que el muchacho hablase tan bien el inglés.

—Lo que mi padre dice, yo lo hago. Yo soy de mi padre, no soy de mi madre.

—Sin embargo, tú eres todo lo que ella tiene.

—Ella es mujer. Debe hacer lo que él dice. Si él quiere que yo vaya, ella tiene que obedecer.

—¿Y si él desea que te quedes con tu madre?

El muchacho extendió las manos con un gesto de desesperación.

—Aquí no soy nada, nada. Aunque mi padre envíe dinero para la escuela, aún no soy nada. No soy coreano. Soy extranjero. Mi padre es americano. ¿Por qué he nacido?

Así podría haber hablado Chris, juvenil y rebelde, impetuoso y conmovedor. Laura le tocó el brazo.

—Lo único que sucede es que no sabemos qué hacer. Dime, ¿quieres a tu madre? ¿Es buena contigo?

El muchacho se apartó.

—No la quiero, la odio.

—Es muy buena. ¿Por qué la odias?

Kim no contestó. Tenía la vista fija en el jardín. Más que triste, parecía estar dominándose. ¿Qué trataba de dominar, qué furiosas palabras y rencores? ¿Y contra quién iban dirigidos?

—¿Quieres decirme lo que piensas? —preguntó Laura.

—No —repuso el muchacho con firmeza.

Se levantó bruscamente y saludó con una breve inclinación a Laura.

—Si usted no tiene que decirme nada más, por favor, perdóneme, señora.

Echó a correr hacia el jardín, y su desaparición fue tan súbita que pareció como si nunca hubiera estado allí. Laura esperó unos momentos. Después se puso de pie. En el mismo instante, como si la hubieran estado observando, se descorrió otro de los tabiques, dando paso a la madre de Soonya. Seguida por la vieja, salió a la calle, y se metió en el taxi, que la aguardaba.

—Volvemos al hotel —dijo.

El día primaveral se había convertido en veraniego. Laura llegó al hotel cansada y agobiada por el calor. El ambiente era opresivo. Desde la ventana del cuarto se divisaban negras nubes de tormenta suspendidas sobre la cima de la montaña. La mujer se sentía infinitamente lejos de Chris. Un incontrolable impulso la llevó al teléfono. Después de media hora de esfuerzos pudo hablar con la telefonista del servicio trasatlántico, pero aquello fue todo lo que consiguió.

—Lo siento —dijo la muchacha coreana—. Tenemos dificultades de comunicación.

¡Dificultades de comunicación! Dobleándose ante lo inevitable, Laura desistió de la idea de escuchar la voz de Chris, y meditó sobre si resultaría adecuado escribirle. No, aún era pronto. Sabía muy poco acerca del muchacho para opinar sobre él. Tal vez ni siquiera volviese a verlo.

Un trueno resonó en los cielos. Dormir, aquella era la única solución; un baño caliente y en seguida una buena siesta. Una hora más tarde, bañada y refrescada, con el pelo cepillado y recogido en trenzas, se acostó y no tardó en quedar profundamente dormida. Mientras, la tormenta se desencadenaba sobre la ciudad.

Cuando despertó era de noche. Los truenos y la lluvia habían pasado y Laura se sentía descansada y hambrienta. Recordó que no había comido nada desde la mañana. Se levantó, se vistió y bajó al comedor. Era tarde y el servicio de la cena casi había terminado, pero dos jóvenes vestidos con uniformes norteamericanos se encontraban sentados a una mesa, junto a una ventana. Al entrar ella, alzaron la vista, la observaron con interés, y, mientras tomaba asiento a una mesa contigua la siguieron con la mirada. Los dos hombres terminaban ya de cenar, pero hicieron durar sus respectivos cafés hablando de su vecina. Ella, adivinándolo, sonrió. Uno de los hombres captó su sonrisa. Inmediatamente, él y su compañero se levantaron y fueron hacia ella.

—Disculpe —dijo el más joven, que era pelirrojo—. ¿No nos hemos visto en algún sitio?

Laura, comprensiva, amplió su sonrisa.

—No creo... Llegué ayer.

—Entonces, podemos conocernos ahora.

—¿Por qué no? Soy Mrs. Christopher Winters.

El hombre lanzó un gruñido.

—Lo sabía. ¡No tenemos suerte! Yo soy Jim Traynor, y éste es el teniente Lucius Brown. Estamos destinados aquí, y aunque no nos está permitido ir a los hoteles... Bueno, ya nos ve usted... ¿Por qué? Porque la carne es excelente, importada de Japón. Veo que come usted pescado. ¡Un error, señora!

—¿Podemos sentarnos? —inquirió amablemente el teniente Brown.

Era un muchacho correcto, parco en ademanes y en palabras. Llevaba encima la marca de su educación bostoniana. Jim, por el contrario, debía de haberse criado en las calles de alguna populosa ciudad, tal vez Chicago. En sus momentos de ocio se convertía inmediata e inevitablemente en «Jim» sin que importase su graduación militar.

—Me harán un favor —contestó Laura—. Precisamente me preguntaba qué podía hacer esta noche.

Los dos amigos se sentaron.

—¿Ha estado usted en «Walker Hill»? —preguntó Jim.

—No he estado en ninguna parte.

Los oficiales intercambiaron una mirada.

—Entonces la llevaremos a «Walker Hill» —dijo Jim.

—«Walker Hill» —asintió Brown.

Una hora después, Laura se encontraba sentada otra vez entre los dos jóvenes, pero... ¡en qué lugar tan distinto! Una sala muy grande, llena de mesas pequeñas ocupadas por norteamericanos solitarios, emparejados, en grupos de cuatro o acompañados por muchachas coreanas. La música, alta y penetrante, luchaba con el ruido de platos y voces procedente de la barra. En un extremo se contorsionaba una bailarina medio desnuda. Laura advirtió que era coreana, pero imitaba con grotesca gracia los movimientos de una watusi. En la pista, unos soldados norteamericanos bailaban con nativas que lucían ceñidos y cortos atuendos occidentales. Las chicas llevaban el pelo rizado y apilado con una gran exageración sobre las cabezas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Laura, desconcertada.

Jim se echó a reír.

—No haga caso de las chicas, señora. Creen que así parecen americanas. Ven las viejas revistas de cine e intentan imitar a las estrellas de Hollywood. También procuran portarse como ellas, pero...

El joven movió la cabeza.

El teniente Brown continuó por él.

—Es un fenómeno interesante, Mrs. Winters. Estas muchachas, que no han visto nunca auténticas norteamericanas, imaginan que las mujeres estadounidenses son como las reinas de la pantalla. Por eso se maquillan como las actrices de nuestro cine. Luego, creyendo que esas actrices deben obrar de acuerdo con su aspecto, se comportan con una libertad que nuestras chicas no soñarían ni siquiera en Hollywood.

—El otro día una muchacha me gritó desde el otro lado de la calle... —comenzó Jim.

Al notar la mirada de su amigo, se cortó bruscamente.

En aquel momento una coreana exquisita como una madona, se acercó a ellos y, pegándose a Jim, susurró:

—Yo cuerpo caliente.

—¡Largo! —rezongó el hombre entre dientes.

Laura se echó a reír.

—¡Realmente parece que es usted irresistible!

Su risa rompió la reserva de los dos amigos. Aquella era una señora, una norteamericana con la que podían hablar.

—Bueno, Mrs. Winters, no se hace usted idea —dijo Jim—. En cuanto un individuo sale a dar un paseo, las mujeres acuden a él como moscas. Incluso una vez una chica que pasaba cerca de mí por la calle me bajó la cremallera...

—No hacen falta detalles —le interrumpió rápidamente el otro—. Pero es cierto. Mrs. Winters. No se puede echar toda la culpa a los hombres, se lo aseguro. Yo resisto bien las tentaciones. Yo estoy comprometido con una estupenda muchacha de Boston, pero Jim...

Brown sonrió.

—¡Cierra la boca! —gruñó Jim.

El teniente prosiguió:

—Los soldados que acaban de salir de pequeños pueblos o de granjas y cuyas edades oscilan entre los dieciocho y los veinticinco años, no pueden resistirse. Ceden, eso es todo. No sólo porque las coreanas sean tentadoras, sino también porque los muchachos experimentan un sentimiento de rebeldía y están dispuestos a cualquier cosa. No les gusta Corea, no saben porqué se encuentran aquí y sienten añoranza. Fíjese en ése.

El soldado aludido era un joven huesudo que aún no habría cumplido veinte años. Pasó por delante de ellos abrazando a una bonita nativa que se apretaba mucho contra él y que le apoyaba la cabeza en el hombro.

El teniente Brown continuó:

—A ése, en su pueblo, ninguna muchacha lo miraría; al menos, ninguna de las que a él le gustan. Es un tipo vulgar.

—Vulgar como una rata —puntualizó Jim.

—Seguramente en su tierra siempre anda detrás de la chica más bonita y popular —prosiguió el teniente—, precisamente la que no podrá conseguir nunca. En cambio, fíjese en ese bomboncito al que abraza ahora.

Jim intervino:

—Esa coreana le ha dicho que lo considera el hombre más atractivo con el que se ha cruzado en su vida. Y él la cree. Desde que estaba en párvulos y la vecinita de enfrente le escupía a la cara ha deseado que le dijeran algo por el estilo.

Laura escuchaba pensativa.

—El asunto no tendría importancia, si no existiera la posibilidad de que nazca un hijo —dijo.

—Hijos de esos los hay a millares —dijo Jim—. Debiera verlos en los pueblos.

La música desahogada ensordecía a Laura. Una muchacha cantaba en una especie de inglés una canción ligera.

—¿Entiende lo que está cantando? —preguntó Laura.

Jim movió negativamente la cabeza.

—Ni palabra. Ha aprendido la canción como un papagayo, escuchándola una y otra vez en un disco.

En medio del ruido de la canción, del desafinado piano y del ruido de los pies, sobre el pavimento, Laura permaneció en silencio. ¿Debía o no explicar a aquellos dos hombres por qué estaba allí? ¿Podrían ayudarla? Y en caso afirmativo, ¿cómo iban a hacerlo?

Antes de que encontrara una respuesta a sus preguntas se sintió sorprendida al ver que Mr. Choe, alto y elegante, entraba en la sala. Permaneció en la puerta, inmóvil, escrutando el local con la mirada, hasta que la descubrió. Entonces se dirigió rápidamente hacia ella eludiendo con gracia las colisiones con las parejas de bailarines que permanecían ajenas a todo menos a sus propios movimientos.

—¡Ah, está usted aquí! —exclamó al llegar junto a Laura—. La he estado buscando...

—¿Cómo ha dado conmigo? —preguntó la mujer.

—En el hotel me han dicho donde podía encontrarla.

El coreano esperó que Laura le presentara sus acompañantes.

El teniente Brown le estrechó la mano y Jim le hizo una inclinación de cabeza.

—¿Quiere sentarse? —preguntó Laura.

Mr. Choe permaneció de pie.

—Se me ha pedido que le haga una invitación y que le ruegue que la acepte.

—¿De veras? ¿Quién le ha pedido eso?

—Kim Soonya la invita a ver su actuación en la «Casa de las Flores». Será la primera persona de nacionalidad norteamericana que entre en el local.

Laura se levantó en seguida.

—¿Me disculpan, caballeros? Tengo un motivo especial para aceptar esa invitación.

—Desde luego —aprobó el teniente Brown poniéndose de pie para despedirla.

—Claro, claro —dijo Jim levantándose también.

Cuando iba a salir de la sala, Laura volvió la cabeza y advirtió que los sorprendidos tenientes seguían mirándola.

—Temía no encontrarla antes del toque de queda —dijo Mr. Choe.

Subieron a su lujoso automóvil y el chófer condujo abriéndose difícilmente paso por entre la multitud.

—Menos mal que en el hotel me indicaron dónde estaba usted. Siempre saben dónde se encuentran sus huéspedes extranjeros.

—¿Por qué?

—Vivimos tiempos muy agitados. En caso de surgir un repentino problema como, por ejemplo, un golpe de Estado, debemos conocer el paradero de todas las personas que no sean nativas del país. Es por su propia seguridad.

—¿Esperan un golpe de Estado? —preguntó Laura.

—Puede ocurrir cualquier cosa. Yo, particularmente, creo que estaremos seguros durante un año más, como mínimo. Pero nunca se sabe lo que se fragua bajo la superficie de nuestra nación. La época es mala, Mrs. Winters. Nuestro régimen político tradicional era la monarquía, que fue destruida al apoderarse del país los japoneses y obligar a nuestro príncipe a casarse con una princesa nipona. Durante muchas décadas estuvimos sujetos a una cruel dictadura militar por parte de los japoneses. Ahora, siguiendo el consejo de los norteamericanos, intentamos establecer un Gobierno que no comprendemos del todo, una democracia que nos es extraña. Inevitablemente, existe una pugna entre los hombres ambiciosos, cada uno de los cuales tiene sus propios seguidores en el Ejército. La paz está muy lejos. Nuestros jóvenes se muestran rebeldes, sobre todo desde los pactos comerciales con el Japón. Se sienten tentados por la propaganda comunista procedente del Norte, que aboga por la unificación del país a toda costa.

Mr. Choe estuvo hablando largo rato. Laura lo escuchaba con atención comprendiendo sus razones, pero tan preocupada de su misión que sus ideas sólo podían concentrarse en un muchacho que era hijo de su marido.

—En este caso, ¿qué les ocurriría a los niños como Kim Christopher?

Sin vacilar, Mr. Choe replicó:

—Los matarían. Muchos han muerto ya.

—¿Qué quiere decir?

—En los últimos diez años, Mrs. Winters, hubo un período durante el cual muchos de esos niños, hijos de norteamericanos y coreanas, desaparecieron misteriosamente.

—¿Desaparecieron?

—Sí. Murieron de muchas maneras. Además, bastantes de los niños varones fueron castrados. No sólo aquí, sino también en Japón. Es cierto. Ocurrió. A usted le parecerá abominable y, efectivamente, lo es, pero no olvide que somos un pueblo muy viejo y muy orgulloso. En realidad, sólo tiene que ver lo que ocurre en su propio país cuando dos razas distintas se unen por lazos de sangre. Muchas muertes...

Laura miró al pálido y severo perfil, atractivo y remoto como el de un dios oriental, Mr. Choe contemplaba con fijeza la iluminada calle. En aquel instante la mujer, impulsada por el horror, tomó una decisión:

—Entonces, Mr. Choe, debe ayudarme a sacar a Kim Christopher de este país.

—Para la seguridad del niño, esto será lo mejor —admitió el coreano.

El coche se detuvo delante de una puerta brillantemente iluminada que se abría en una pared de ladrillo decorada con flores pintadas. Dos muchachas vestidas con trajes coreanos y con ramilletes de flores naturales en las manos, salieron al encuentro de la pareja.

—¡Vaya! Parece que nos esperan —dijo Mr. Choe.

Se apearon del coche. Las muchachas avanzaron hacia ellos ofreciéndoles los ramilletes.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! —saludaron una tras otra.

—Gracias —dijo Laura.

Y con los brazos cargados de flores, las siguió por el patio y la escalinata de mármol que conducía al vestíbulo. Este vestíbulo, en apariencia, atravesaba toda la casa, y tenía unos tabiques separadores y movibles de papel *shoji* a derecha y a izquierda. En un extremo y dirigiéndose hacia ella, Laura pudo ver a Soonya, atareada con una falda de brocado y un corpiño de tono oro viejo. Llevaba el oscuro cabello recogido sobre la cabeza. A medida que se acercaba, el corazón se le encogió a Laura. Sin ninguna duda, tenía delante de ella la mujer más bonita que había visto en su vida. Debía de ser mucho más bella ahora que cuando Chris la conoció. Pero el cutis terso y suave, las clásicas facciones orientales, los grandes ojos oscuros... No, todo aquello no podía haber cambiado.

Soonya, suavemente, le quitó las flores y se las entregó a una muchachita vestida con una falda de seda verde y el corpiño tradicional.

—Muchas flores —dijo—. No la dejan respirar. Venga, por favor.

Con una delicadeza extrema cogió a Laura de la mano y la condujo a una amplia sala en la que había varios hombres sentados en unos almohadones. Al lado de cada hombre había una muchacha que le servía comida, le encendía los cigarrillos y lo abanicaba de vez en cuando, riéndose de sus bromas y alentando sus caricias. En un rincón veíase un asiento de terciopelo rojo con respaldo negro. Soonya invitó a Laura a que se acomodara en él. Según parecía, era el sitio que solía ocupar la coreana. Como Laura intentase protestar, Soonya, con gran delicadeza, la obligó apoyando las dos manos sobre sus hombros, por lo que Laura no tuvo otro remedio que sentarse. Mr. Choe se situó al lado de ella, y una muchacha le sirvió, lo mismo que a los demás hombres.

Soonya se dirigió con digno paso a una pequeña tarima, se subió a ella y quedó a la espera. No podía adivinarse a quien esperaba, pero, fuera a quien fuera, la dueña del local no tardó en impacientarse y dio una palmada. Inmediatamente entró un muchacho vestido con blancas ropas. En la cabeza llevaba una peluca de pelo negro y liso y un sombrero alto, de tejido de crin. En las manos sostenía una especie de laúd de un tipo desconocido por Laura. El muchacho tomó asiento en el suelo, con las piernas cruzadas, y comenzó a tentar las cuerdas del instrumento. Tras un breve preludeo, Soonya inició una canción. Tenía una rica voz de soprano, pura y limpia, y la ondulante melodía coreana le brindaba amplias oportunidades de lucimiento.

Laura la escuchó extasiada, al mismo tiempo que sentía una especie de comezón. ¿Cómo iba a competir con aquella mujer? ¿Por qué había Chris ocultado a Soonya entre sus recuerdos durante tantos años? Si no hubiese tenido nada que ocultar, ¿no le habría hablado de ella? En medio de aquellos angustiosos pensamientos, Laura advirtió que el muchacho, mientras sus dedos seguían ocupados con las cuerdas del laúd, había levantado la cabeza y la mirada. Entonces Laura le vio los ojos. Eran los de Kim Christopher.

—¿Por qué me ha traído usted aquí? —preguntó a Mr. Choe.

—Ella me lo ha pedido.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué?

Mr. Choe señaló con una mano hacia Soonya.

—Escuchemos la canción —dijo.

Y se sumió en el más absoluto silencio.

—¿No había usted visto nunca al muchacho que acompañaba con su música a Soonya?

Laura hizo aquella pregunta a Mr. Choe cuando volvían al hotel en el coche del coreano. Para marcharse de la «Casa de las Flores» Laura esperó a que Soonya

acabara de cantar. Entonces, antes de que la mujer se uniera a ellos, había indicado que deseaba irse.

Mr. Choe protestó:

—Después de estas veladas suele haber una pequeña fiesta.

—Puedo volver sola —replicó ella.

—No, no.

El coreano estuvo de acuerdo en marcharse. La muchacha que lo atendía le llevó al automóvil el gabán y el sombrero. Él la compensó con cierta cantidad que la chica agradeció dedicándole un sinfín de inclinaciones.

—No, no lo había visto nunca —contestó Mr. Choe a aquella pregunta de Laura.

—Es el hijo de mi marido.

Mr. Choe hizo un gesto de asombro.

—¡No puede ser! ¡Ese chico es coreano puro!

—Esta noche, Soonya ha hecho que lo pareciera. ¿Qué motivo habría tenido para obrar así?

—Es muy astuta —dijo el hombre—. Generalmente las mujeres bellas son siempre astutas.

—¿Cómo piensa utilizar a su hijo?

—¿Quién sabe? Quizá lo nombre gerente de su casa. O tal vez le encomiende la misión de encontrar clientes.

Laura preguntó sin ambages:

—¿Es el local de Soonya algo más que un burdel?

Como a disgusto, el hombre explicó:

—Quizá... Bueno, quizá podría llamársele así. Sin embargo, debe comprender que nosotros, los pueblos viejos, empleamos un lenguaje mucho más sutil que el suyo. O tal vez sea simplemente, que nos gusta una sociedad ordenada, y para conseguir un orden permanente hemos basado nuestras leyes y costumbres en la realidad. En su país, las leyes son correctivas, mientras que las nuestras buscan estar de acuerdo con la naturaleza humana. Sabemos, por ejemplo, que los hombres necesitan mujeres y que las mujeres no necesitan hombres. Los hombres somos fáciles de entender. Necesitamos mujeres para que se conviertan en nuestras esposas y en madres de nuestros hijos. Pero también las necesitamos como instrumentos sexuales. Muy rara vez ambas funciones pueden ser cumplidas por una sola mujer. Nos enfrentamos a este hecho y permitimos que las mujeres se dividan entre sí. Las que desean disfrutar de la estable existencia de esposa y madre, se entregan sólo mediante el matrimonio. Las que, por distintos motivos en concordancia con sus propios caracteres, no necesitan esa estabilidad, pasan fácilmente a la prostitución. Por cierto que el termino que utilizamos nosotros no es tan fuerte. Al referirnos a las profesionales del amor, las llamamos más comúnmente *flores* que prostitutas.

La réplica de Laura fue inmediata:

—Una prostituta es una prostituta.

Suavemente, él preguntó:

—¿Importa acaso cómo se las llame?

Laura captó la irónica mirada del hombre.

—Para nosotros, sí. Nosotros llamamos al pan, pan.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! Sin tener en cuenta los sentimientos.

—La verdad no puede esconderse.

—Tampoco la naturaleza humana —asintió él—. Por esto creo que somos más sinceros que ustedes. Aceptamos la prostituta como parte de la sociedad. Tiene su lugar reconocido. Al mismo tiempo, tenemos en cuenta su dignidad. Le damos el nombre de flor.

Terminaron el viaje en silencio, pero al llegar al hotel el coreano retuvo a Laura en el vestíbulo, que en aquellos momentos se encontraba vacío, excepción hecha del conserje.

—¿Qué se propone hacer con el muchacho? —preguntó Mr. Choe.

—Cuando llegué a Seúl tenía la intención de meterlo en un internado para que se educase... Deseaba únicamente capacitarle para ganarse la vida de forma honorable.

—Pretendía convertirlo en un coreano —la corrigió él.

—Es coreano, ¿no? Nació aquí.

—Usted puede llamarle coreano, pero nosotros no consideramos que lo sea. Para nosotros, el niño es hijo de su padre y, por consiguiente, norteamericano. ¿Por qué no lo reclama su marido? Entonces, se solucionarían todos los problemas.

¿Cómo podía ella explicarle a aquel hombre...?

—Usted ha vivido en mi país... —comenzó a decir.

—En su país hay una gran mezcla de nacionalidades —protestó él—. El ser parcialmente coreano no puede representar una desgracia. Para nosotros no es lo mismo. Somos el pueblo más viejo, del mundo, el más civilizado. Cuando sus antepasados vivían en cuevas, los míos eran artistas y filósofos.

—¡Oh, ya lo sé! —se apresuró a admitir Laura—. No crea que no estoy enterada. Lo he leído. No es eso. Es...

El hombre permanecía serio, digno, con la susceptibilidad a flor de piel. Laura se sintió traspasada por la firme y penetrante mirada del oriental. No podía eludirlo.

Se sintió inclinada a confiar en él.

—Mi marido se presenta candidato al cargo de gobernador de nuestro Estado. A sus rivales les encantaría utilizar la historia de ese niño. Y no me parece justo que una espléndida carrera quede totalmente destruida por un error juvenil estúpido cometido en unos momentos en que un hombre se encontraba solo y casi convencido de que no iba a volver nunca a su hogar.

—Esto quiere decir que no desea llevar a ese muchacho junto a su padre, al lugar que le corresponde.

—Para nosotros resulta posible que su lugar esté aquí.

—¿Acaso es justo que ese chico, un ser humano, se encuentre prisionero de esas posibilidades e imposibilidades? Mrs. Winters, sería mejor que se enfrentara usted a la realidad.

Les interrumpió la entrada en el vestíbulo de los tenientes Brown y Traynor. Estaban borrachos.

—¡Hommbbre... aquí la tenemos! —gritó Jim—. La hemos buscado por todas partes.

—Por todas partes —repitió el teniente Brown, con su grave y profunda voz.

—Permítame acompañarla a su habitación, señora —se apresuró a decir Mr. Choe.

Se interpuso entre ella y los norteamericanos y, cogiéndola del brazo la condujo hasta el ascensor y en seguida, hasta la puerta de su habitación.

—Muchas gracias —dijo Laura sonriendo levemente, entre irritada y divertida—. Gracias por salvarme de mis compatriotas.

Mr. Choe le dirigió una inclinación y quedó a la espera. Laura enarcó las cejas.

—Deseo escuchar cómo cierra usted la puerta —explicó el coreano.

—Oh, gracias de nuevo. Y buenas noches.

Laura, una vez dentro del cuarto, echó el cerrojo. Súbita e inesperadamente, el abatimiento de su profunda soledad cayó sobre ella haciendo que se sintiera como cuando se encontraba sumergida en el fondo del océano, rodeada únicamente por criaturas extrañas e inhumanas. En aquel mundo sumido en la penumbra, moviéndose entre especies de vida que no eran la suya, el pánico la podía dominar, aunque había aprendido a vencerlo. Para seguir su camino como oceanógrafa le había sido forzoso aceptar aquel tipo de soledad. Lo único que nunca había hecho era bajar a las profundidades sin alguien que la acompañara. Ahora, al recordar, evocó cierta tarde. Junto con un colaborador, John Wilton, nadaba a veinte metros de profundidad, cerca de la isla llamada Saboga, para recoger algas. Las agitadas frondas de algas constituían un verdadero bosque en miniatura que se movía al ritmo de las mareas. El fondo marino parecía una maravillosa región llena de árboles encantados, frágiles como sombras, pero en la que Laura podía muy bien ser atacada por alguna criatura marina, barracuda o escualo. Alerta, continuó su trabajo, que consistía en recoger múltiples formas de plantas, cuyas cualidades medicinales podían muy bien garantizar una inacabable fuente de antibióticos. Y, además, extrañas enzimas, como hormonas, capaces de cambiar la vida misma, incluso el sexo.

Se había dejado caer en un sillón, abstraída, cuando, de pronto, recuperó la conciencia de su situación.

¿Qué estaba haciendo allí, en un mundo que no conocía y que no lograba comprender, sola, sin Chris, entre extraños que no podían ayudarla? No estaba capacitada para desenvolverse en aquel ambiente, y mucho menos para resolver un asunto que, en primer lugar, no era suyo y que, además, parecía no tener solución. Luchó contra el acuciante impulso de irse, de volver a casa, de declararse vencida. Después de todo, aquel no era más que uno de tantos problemas derivados de la guerra y del hecho de que pueblos extraños se viesan forzados a convivir.

En aquel instante, como si Laura hubiera extendido los brazos en busca de auxilio, sonó el teléfono. La mujer cogió el receptor. Una voz coreana preguntaba en mal inglés:

—¿Mrs. Christopha Wintah, poh favoh?

—Sí...

—Sehvcio trasatlántico. Momento, poh favoh.

Antes de que Laura reaccionara, la voz de Chris llegó desde el otro lado del océano, iluminando la noche. Sonó con milagrosa claridad, como si se encontrara en la habitación de al lado, fluctuando sólo levemente a impulsos de las variaciones atmosféricas.

—Laura...

—¡Oh, Chris, es maravilloso oírte! Empiezo a añorarte...

—¿Cuándo vuelves?

—No... no lo sé. Acabo de llegar. He encontrado al muchacho.

—¿Qué tal es?

—¡Exacto a ti!

Se produjo un silencio. Laura lo rompió, angustiada:

—¡Chris!

—Sí, te escucho...

—No sé qué hacer.

—Mete al chico en algún internado y vuelve. Te necesito. Parece que voy a conseguir el nombramiento.

—¡Esto es espléndido!

—Pero aún queda mucho camino que andar. ¿Tienes suficiente dinero?

—Sí, mucho. Apenas he gastado... También he visto a Soonya.

—¿Quiere dinero?

—No ha dicho nada de eso.

—Si tienes algún problema, recuerda que debes acudir a los de la Embajada norteamericana. Para eso están.

—No son exactamente problemas... Es que no sé qué hacer.

—Vuelve.

—No, ya que estoy aquí, debo ayudar al muchacho.

—¿Quieres que vaya?

—No. Lo que se tenga que decidir, lo decidiré yo.

Parecía haberse dicho todo, pero Laura se aferró al teléfono, ansiando que Chris siguiera hablando con ella.

—Chris, no me dijiste lo hermoso que es esto... aunque resulta extraño. Y respecto a la gente, no la entiendo en absoluto. ¡Piensan de modo tan distinto a nosotros...!

—Busca la ayuda de los norteamericanos.

—Lo que tú digas, Chris.

De pronto, la voz del hombre se desvaneció. Chris continuaba hablando, pero Laura no podía oírle.

—¡Chris, Chris! —gritó.

No hubo respuesta.

No tuvo más remedio que colgar e irse a la cama.

A la mañana siguiente le pareció un sueño haber charlado con Chris a través del océano. Sin embargo, la conversación estaba clara en su memoria. «Consigue la ayuda de los norteamericanos», le había dicho. Laura se levantó dispuesta a seguir el consejo.

—¿Dónde está la Embajada norteamericana? —preguntó en conserjería una hora después.

—Al otro lado de la calle, señora —repuso el conserje.

Laura se dirigió a la Embajada y estuvo entrando y saliendo de distintas oficinas hasta llegar a la de una fría mujer de mediana edad que hablaba con un acusado acento de Ohio.

—¿Mrs. Winters? Tome asiento. ¿En qué puedo ayudarla?

Laura se sentó.

—He venido en busca de un niño medio norteamericano. Miss...

—Pitman. ¿Hijo de su marido?

—¿Cómo lo sabe?

—No es usted la primera. Tampoco es que haya muchas como usted. A veces es el hombre quien viene a conocer a su hijo. Ninguno de los dos casos es frecuente. La mayoría de esos niños se quedan aquí para siempre. Así es más sencillo.

—¿Y nuestro Gobierno no hace nada por ellos?

—No, señora. No existe ninguna línea a seguir con respecto a su cuidado. En estos momentos, nuestros soldados se encuentran repartidos por siete países de Asia y no...

—¿Qué ocurrirá con esas criaturas?

—No le puedo contestar. No hay una línea a seguir...

—Eso ya lo ha dicho.

Miss Pitman comenzó a arreglar los papeles de su escritorio.

—Si puedo ayudarla en algo...

—¿Qué debo hacer?

—Depende de cuál sea su intención.

—Es que ignoro...

—Sólo tiene dos opciones, Mrs. Winters. Puede dejar al niño aquí, o llevárselo a los Estados Unidos.

—Si lo dejo aquí, ¿qué será de él? Lo ingresaré en un internado, desde luego...

—Aquí no hay internados. A no ser..., ¿qué edad tiene el niño?

—Doce años.

—Entonces, no hay ningún colegio para él. No puede ser considerado huérfano, naturalmente.

—Entonces, ¿qué hago?

—Olvídelo. Eso es lo que hacen la mayoría de los norteamericanos. Existen millares de niños como ese.

—¿Qué será de ellos?

—Depende de lo que suceda en Corea. Si se produce una invasión comunista, lo cual, si nos vemos tan comprometidos en el Vietnam como para tener que sacar de aquí un excesivo número de soldados podría muy bien ocurrir, lo más probable es que la mayoría sean asesinados, o que se conviertan en comunistas, ya que no despiertan el interés de nadie.

Mientras Miss Pitman se absorbía en la ordenación de los papeles que llenaban su mesa, Laura la observaba.

—Miss Pitman, ¿le preocupa a usted ese problema?

—No. No hay nada que yo pueda hacer.

—¿Yo tampoco puedo hacer nada, al menos por ese muchacho en particular?

Miss Pitman la miró por encima de las gafas.

—Si su marido reconoce su paternidad, puede usted llevarse al muchacho a los Estados Unidos y hacer de él un ciudadano norteamericano.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

Laura se levantó.

—Muchas gracias.

—De nada.

Aquello era, pues, todo lo que podía hacer: olvidar al niño y volver a casa, o pedir a Chris que declarase su paternidad y que ella tuviera el derecho de llevarse a Kim

Christopher a los Estados Unidos. Volvería al hotel y escribiría a su marido, explicándole lo sencillo que sería para él limitarse a decir la verdad haciendo así posible la entrada del niño en Norteamérica. ¿Para que viviera con ellos? ¿Pareciéndose tanto físicamente a Chris?

Desde su ventana del hotel, situada más arriba que la de Laura, Mr. Choe había observado la ida de la mujer a la Embajada. Después esperó hasta verla regresar. En aquellos momentos, Mrs. Winters debía de encontrarse en su habitación. Mr. Choe no trataba desde hacía mucho tiempo a ninguna norteamericana y el encuentro con Laura había evocado en él vagos recuerdos. Hacía mucho tiempo, cuando estaba en su último año de Universidad, se enamoró profundamente de una muchacha que ahora volvía a su mente a causa de su extraordinario parecido con Mrs. Christopher Winters. Si bien aquella joven no era pelirroja ni quizá tan bella, al hombre, en aquella lejana época, le pareció la mujer más hermosa que había conocido. Escribió a sus padres pidiéndoles permiso para contraer matrimonio con una norteamericana, pero ellos contestaron con una cantidad tal de angustiadas súplicas, con tales amenazas y con tantas lágrimas manchando ostentosamente el papel de la carta, que él abandonó su propósito, terminó el curso y volvió a su país para casarse con la novia que su familia había elegido para él, muchos años antes. Su esposa coreana le dio una serie de hijas y, como remate, un hijo. La mujer casó a las hijas a su debido tiempo, crió al hijo hasta la edad adulta y después murió dejando a Mr. Choe en su presente situación de libertad. Encontrándose solo y necesitado de distracciones, se debatía en la atracción que sobre él ejercían la bella cortesana Soonya y Mrs. Winters. El coreano era un hombre sensato y no pensaba en contraer matrimonio con ninguna de las dos. No es necesario casarse con una cortesana, si bien debía reconocer que sus avances hacia Soonya no había conseguido ninguna respuesta más satisfactoria que una simple sonrisa; y que, desde luego, no podía unirse a una norteamericana ya casada, aunque le apeteciera hacerlo. Sin embargo, las dos mujeres le atraían grandemente, quizá por la asombrosa conexión de las dos con el mismo hombre occidental, un hombre que debía de poseer personalidad muy peculiar y que aparentemente en aquellos momentos luchaba por conseguir el poder político. También le fascinaba el contraste entre aquellas dos mujeres: una, la perfecta cortesana, tan femenina, y la otra, una de aquellas esbeltas mujeres-hombre que, en su opinión, únicamente podían encontrarse en Norteamérica, mujeres que, con los cabellos magníficamente arreglados, ojos brillantes y soberbia figura, tenían el cerebro de un hombre. Aquel tipo de contraste era el que Mr. Choe había intentado describir a Mrs. Winters la noche anterior. Ella lo había escuchado con tanta atención

que el hombre llegó a pensar en la posibilidad de seguir conversando en términos más íntimos después de acompañarla hasta su habitación. Sin embargo, la extranjera no se había dado cuenta de sus intenciones y él tendría que aguardar hasta que su espía en la Embajada norteamericana le informase de la razón que había llevado a Mrs. Winters allí. Para entretener la espera, decidió visitar a Kim Soonya. Además, si le era posible, conocería a aquel chiquillo medio norteamericano del que su madre unas veces parecía avergonzarse y otras hacer ostentación.

Una hora más tarde, el hombre se hallaba sentado en la sala de estar privada de Soonya en la «Casa de las Flores». A petición suya, la mujer estaba contándole todo respecto a Christopher Winters. Soonya hablaba el coreano con una elegancia que Mr. Choe admiraba y que atribuía al hecho de que la mujer únicamente se trataba con *vangban*, hombres coreanos de la clase alta, como él mismo.

—No es posible explicar cómo ocurrió —dijo Soonya.

Permanecía sentada en un almohadón y apoyaba los codos en la mesa baja que había entre ambos. Llevaba una falda verde y un corpiño amarillo pálido cuyas mangas dejaban ver unos bien torneados brazos de un tono blanco lechoso. Las manos eran deliciosas, pequeñas y delicadas, de afilados dedos y uñas que parecían de pulida madreperla.

—En primer lugar, como usted ya sabe, yo no procedo de la baja extracción social a que pertenecen la mayoría de las muchachas que aceptan norteamericanos. Mis padres eran gente educada. Mi padre era maestro, y yo fui hija única. Ya le he hablado de cuando nuestra casa fue bombardeada y mi padre murió, y de cuando mi madre y yo, sin recursos y aterrorizadas, recorríamos las calles buscando abrigo y comida. Y también sabe que los soldados extranjeros cayeron sobre la ciudad como langostas sobre un campo. Ninguna de nosotras escapó, ni siquiera mi madre...

Por un instante se tapó los ojos con una mano. Luego siguió:

—No me gusta recordar aquello. Pero yo tenía que salvar a mi madre. Me uní a otras muchachas a quienes la guerra había dejado huérfanas y gané algún dinero cantando y bailando. Alquilé una habitación donde mi madre pudiese alojarse mientras yo me ganaba la vida. Resulté más delicada que las otras chicas y me puse enferma con frecuencia hasta que tuve que dejar de trabajar en absoluto. Las demás eran muy buenas y me daban parte de su comida, pero no podía esperar de ellas que cuidaran también de mi madre. Una noche, aunque llena de temor, fui a un local en el que los norteamericanos se reunían para bailar —los norteamericanos eran lo que más miedo nos daba— y vi a un hombre sentado solo a una mesa. Tenía un rostro atractivo y triste, era muy joven y no bailaba. A mi me parecía horrible la forma como bailaban aquellos hombres. Durante la danza hacían cosas que otros hombres hacen únicamente en la cama. Pensé que si me sentaba junto a aquel joven solitario, los otros no se me acercarían. Y mi amiga Dolly me dio la razón. Así comenzó todo.

Soonya guardó silencio durante largo rato. Al ver que no continuaba, Mr. Choe comentó:

—Con ese principio, ¿cómo fue que tuvisteis un hijo?

Soonya se recostó en el respaldo del asiento y dejó reposar las manos en el regazo.

—Me daba miedo dejarlo escapar —confesó—. Sucedió lo que había previsto: él me protegió de los jóvenes toscos y vocingleros. Si me veían con él, no se me acercaban y así, al fin, acabamos viviendo juntos en una pequeña casa. Él pagó ciento cincuenta dólares norteamericanos al dueño del edificio, que dedicó la cantidad a hacer préstamos quedándose con los intereses. Cuando Chris decidió volver a su patria el hombre le devolvió el dinero. Para mantenernos, Christopher compraba productos en el PX. ¿Sabe lo que es el PX?

Mr. Choe asintió con la cabeza.

—Después yo vendía esos productos en el mercado negro y compraba nuestra comida y todo lo que necesitábamos. Es lo que acostumbran a hacer las mujeres que viven con norteamericanos. Además, él tenía dinero que le mandaban sus padres por carta. No le gustaba dármelo. Decía que en Seúl estaba prohibido utilizarlo, porque había hombres del Norte que venían aquí, al Sur, como espías, y compraban los dólares norteamericanos para gastarlos en otros países en beneficio propio. El dinero de los Estados Unidos tiene valor en todos los lugares del mundo.

—Aún no me has explicado lo del hijo —observó Mr. Choe.

Soonya enrojeció. Su piel era tan pálida que hasta el más leve rubor se advertía, y el sonrojo de ahora no era precisamente leve.

—Aprendí a amar al norteamericano —explicó tímidamente—. Se convirtió en algo necesario para mí. Antes no había amado a ningún hombre. Él era bueno conmigo y no vivía con otras mujeres; yo era la única. Le pedí que nos casáramos y él dijo: «Quizá», aunque la verdad es que nunca se comprometió a hacerlo. Entonces se me ocurrió que si tenía un hijo suyo nos llevaría a los dos, al niño y a mí, a su patria. Cuando le anuncié que estaba embarazada, se enojó conmigo y al mismo tiempo se mostró preocupado, por lo que no pude estar segura de si mi iniciativa había sido buena o mala. Cuando di a luz y vi que era un niño, seguí sin estar segura. A veces el padre parecía satisfecho y feliz, y otras se mostraba triste. Un día se fue. Durante todo aquel tiempo, yo no había vivido con mi madre ni permití que ella viese al norteamericano. A él le dije que era huérfana.

—¿Por qué?

—Porque deseaba que creyera que dependía únicamente de él. Imaginé que no me dejaría sola. Sin embargo, lo hizo. Lo que no le he dicho es que me escribió desde Norteamérica. Una carta. Me comunicaba dónde vivía, y me decía que me echaba tanto de menos que quizás algún día volvería de pronto, sin avisar. Guardo la carta en

mi cuarto, en casa de mi madre.

—Pero él no te hizo ninguna promesa.

—No. Nunca.

—¿Sabías que estaba casado?

—No.

—¿Se lo preguntaste?

—Creía que él me lo hubiera dicho. Quizá preferí no saber si era libre o no por miedo.

—¿Y aún lo amas?

—No —afirmó Soonya—. Hace mucho tiempo que dejé de quererle.

—¿Entonces?

—Tendrá que pagar bien por su hijo.

Al otro lado de la pared de *shoji*, escondido entre unos arbustos, Kim Christopher escuchaba. Nunca había oído la historia de su nacimiento, e incluso el nombre de su padre lo conocía desde muy poco tiempo antes. Entonces sólo sabía que su padre era americano y que esto lo convertía a él en extranjero, en uno de los nuevos hombres de Corea.

«¿Qué vamos a hacer con esos nuevos hombres?»

Aquello era lo que se preguntaban en las calles y en las tiendas. A veces las conversaciones iban más lejos, llegando incluso a asustarlo. Un día, en medio de una multitud, un orgulloso viejo gritó: «¡Si no hay otra forma de librarnos de esas nuevas gentes, tendremos que arrojarlos al mar!» Kim Christopher no podía ir a la escuela y, aun así, los colegiales coreanos se reían de él y le señalaban con el dedo. «Tu madre es una puta porque tu padre es americano», le gritaban. «Sólo las putas se acuestan con americanos», decían también, y le llamaban «Ojos Redondos» o «Nariz Grande», aunque sus ojos no eran redondos, ni su nariz grande. Desde que tuvo uso de razón, Kim supo que en aquel país no había lugar para él, aunque tuviese una abuela que un día era buena y el siguiente lo trataba con crueldad y una madre a la que amaba por su belleza; pero a la que también odiaba porque vivía su vida dejándolos a ellos aparte. Hasta la tarde anterior no había él entrado en la casa de su madre, llena de hermosas muchachas. Soonya, una vez allí, le hizo bañar, lavarse la cabeza y cortar el pelo. Luego le anunció que a partir de aquel momento la ayudaría en la «Casa de las Flores». Su madre le había dicho que lo adiestraría en el negocio, pero... ¿qué significaban exactamente sus palabras? Aquello era algo que aún no le había sido posible descubrir. Le gustaba cantar y tocar el laúd. Había aprendido ambas cosas sin que le enseñaran, y era por esto por lo que amaba a su madre, porque ella cantaba tan

dulcemente. A veces, Kim ganaba algo barriendo las aceras de frente a las entradas de las tiendas. Con aquel dinero, se compró un laúd barato y de no muy buena calidad, pero un laúd, al fin y al cabo. Y la noche anterior se había sentido muy orgulloso cuando su madre le pidió que cantase para los huéspedes.

Cuando concluyeron las atracciones, llegaron muchos hombres a ver a las muchachas y se metieron con ellas en pequeñas habitaciones cuyas puertas cerraron. Pero ninguno entró en el cuarto de su madre. Él tampoco durmió allí, sino en el departamento del portero, un viejo que se pasó las horas roncando. Más tarde, por la mañana, el hombre alto llamado Mr. Choe llegó a ver a su madre. Kim se había escondido en el jardín para oír y observar. Ahora Mr. Choe se iba. El niño esperó, silencioso como un conejo, a que el visitante se fuera. Cuando su madre se quedó sola entró una vieja a ofrecerle té. Soonya, en un tono que él nunca le había oído, gritó:

—¡Vete! ¡Déjame en paz!

Ahora también la vieja se había ido y Kim oía sollozar a su madre. Atisbo por encima de los arbustos y la vio sentada en el almohadón con los brazos apoyados en la mesa y la frente sobre ellos. Lloraba suave y silenciosamente. Despacito, el muchacho se acercó a ella.

—Ahora ya lo sé —dijo en coreano.

Soonya alzó la cabeza.

—¿Qué sabes?

—Quién soy —contestó el niño.

—Eres mi hijo. ¿Es que no lo has sabido siempre?

—Sé el nombre de mi padre americano —siguió él.

—¿Y qué importa cuál sea su nombre, si no te reconoce? Nunca ha enviado dinero para ti. Ni siquiera se ha interesado por si vivías.

El chiquillo dirigió una mirada inquisitiva a su madre. ¿Estaría enterada o no de lo de la carta?

—Sé su dirección en América —dijo.

Soonya le gritó, furiosa:

—¡Y le escribiste una carta! ¡Registraste mis cosas, robaste su carta y le escribiste hablando mal de mí!

Él empezó a tartamudear como le ocurría cuando su madre lo asustaba. Al advertir el miedo en los ojos del chiquillo, Soonya lo abofeteó repetidamente en una y otra mejilla. El muchacho se dejó caer al suelo. Siempre había querido convencerse de que no temía a su madre. ¿Por qué, entonces cuando era ya casi tan alto como ella lo atemorizaba? Se trataba simplemente de que si ella no lo amaba, ¿quién podría amarle? Kim Christopher se sentía profundamente solo en un mundo extraño porque él era distinto. De cuclillas en el suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos, el muchacho sintió que Soonya le daba puntapiés en las posaderas.

—¡Vete de mi vista! —gritó la mujer—. ¡Después de todo lo que he hecho por ti, me odias!

Él se levantó sorbiéndose las lágrimas.

—No te odio.

—¡Sí! —insistió ella—. Quieres a tu padre al que nunca le ha importado si vivías o estabas muerto.

Quedaron frente a frente. De pronto, el muchacho notó que en su sangre germinaba la fuerza de una nueva ira.

—¿Quieres que sea un don nadie? —preguntó—. ¿Qué voy a ser cuando me haga hombre? ¿Trapero? ¿Mendigo?

—Me ayudarás en esta casa —replicó Soonya—. Harás lo que yo te diga.

—¡Criado!

—¡Sí, criado! —gritó la mujer—. ¡Si no vales más que para eso, eso serás!

Permanecieron largo rato observándose. De repente, el muchacho comprendió lo que nunca había comprendido: que también era hijo de ella. El rostro que tenía frente a sí era como el suyo. Captó el parecido, pese a que el mucho soñar con su padre le había hecho sentirse norteamericano.

—¿Qué quieres que sea? —preguntó Kim Christopher.

La ira se desvaneció. Soonya lanzó un suspiro y volvió a sentarse.

—Puedes entrar en el negocio conmigo. Tienes una bonita voz y tocas muy bien el laúd.

—Eso es cosa de mujeres —murmuró él.

—Tocarías y cantarías solamente al principio —dijo Soonya.

¿Quién podría imaginar que era la misma que le había gritado poco antes?

—Puedes aprender contabilidad y llegar a ser gerente del negocio. Cuando me retire, te quedarás con él.

Kim reflexionó. No era un niño; nunca lo había sido, y sabía que chicos más jóvenes que él y de su misma procedencia remoloneaban alrededor de los campamentos norteamericanos y por una comisión ofrecían sus hermanas a los soldados. Un muchacho así era su mejor amigo, si es que podía decir que tenía algún amigo. El día anterior, cuando jugaban a la taba junto a la entrada de la valla que rodeaba el campamento, se interrumpieron porque tres jóvenes norteamericanos salieron al exterior y el compañero de Kim se puso de pie para gritarles:

—¡Eh, eh! ¿Queréis muchacha? ¡Muchacha bonita, sexy, sexy!

Los soldados lo apartaron y los dos chicos continuaron el interrumpido juego. Pero a veces los norteamericanos se detenían. Incluso a veces intentaban hacerse amigos de los chicos. Kim Christopher recordaba a uno de ellos que le había ofrecido dinero para que le introdujese en la «Casa de las Flores». Pero él no había estado nunca allí y temía demasiado a su madre. Y por lo tanto se negó.

—¿En qué piensas? —preguntó Soonya.

Kim se encogió de hombros y, sin contestar, salió de la habitación. Con renovada ira, Soonya gritó:

—¡Vuelve! ¡Contesta! ¡Te daré una paliza!

El muchacho no hizo caso. De pronto había dejado de temer a su madre y se daba cuenta de que nunca volvería a inspirarle miedo. Ahora sabía lo que ella quería que fuese: un criado suyo, un alcahuete. Debía encontrar a su padre a cualquier precio.

Laura estaba tendida en la cama cuando oyó que llamaban a la puerta. Fue una llamada insegura, vacilante. Abrió los ojos y permaneció inmóvil. Sentía un gran cansancio y su fatiga nada tenía que ver con el cuerpo. Era su decaimiento moral lo que le producía aquel desmadejamiento. La llamada se repitió con más fuerza. Entonces se levantó y fue a abrir. Era el muchacho. Nunca hubiera imaginado Laura que quien llamaba fuese él. Kim estaba allí, muy quieto, mirándola. Aquella mañana vestía su indumentaria habitual, camisa y pantalones cortos. Llevaba las piernas desnudas y, en los pies unas sandalias de esparto.

—Pasa, Kim Christopher —invitó Laura, vacilante y sorprendida.

El chiquillo obedeció mirando a su alrededor.

—Siéntate, por favor —le indicó la mujer.

Kim se sentó en una butaca y Laura lo hizo en la otra. La luz que entraba por la ventana cayó sobre el rostro de Kim Christopher, revelando las rojizas huellas de unas bofetadas.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Laura.

—Mi madre...

—¡Oh, no!

Impulsivamente, se levantó del sillón y se acercó al muchacho. Extendiendo la mano, le tocó la mejilla. La piel era delicada y suave. Laura pensó que aquélla era su parte coreana.

—¿Por qué te ha pegado?

Kim Christopher no estaba seguro de hasta dónde llegaba su inglés. Hizo un esfuerzo.

—Mi madre... ella pide... dice que yo me quede con ella.

—¿Quieres decir en la «Casa de las Flores»?

Él asintió con la cabeza.

—Trabajando.

—¿Y tú no quieres trabajar allí?

—No.

Laura lo miró fijamente deseando adivinar sus pensamientos.

—¿Quieres a tu madre?

Evidentemente, el muchacho entendía el inglés mejor que lo hablaba.

—A veces —contestó.

—A veces —repitió Laura—. ¿Es buena contigo?

Él dudó.

—No escuela.

—¿Y tu abuela? ¿Es buena?

Kim Christopher se levantó de un salto e imitó la acción de pegar.

—Ella hace esto a mí.

Volvió a sentarse y dobló los brazos sobre sus huesudas rodillas. Miraba el suelo, con una expresión impasible. Sus largas y negras pestañas proyectaban sombras sobre las mejillas. ¡Qué parecido y, al mismo tiempo, qué distinto era a Chris! ¿Qué iba a ser de él?

—¿Y si yo te hiciera ingresar en una escuela de aquí, Kim Christopher?

Con su decisión característica, el muchacho movió negativamente la cabeza.

Laura preguntó:

—¿No?

Él la miró.

—América —se limitó a decir.

Laura suspiró. Comprendía el problema de aquel muchacho nacido en una época demasiado temprana del mundo.

—¡Mi padre, por favor! —dijo Kim Christopher.

—Lo sé —murmuró Laura—. Lo sé, lo sé.

Incómoda, se puso de pie y fue hasta la ventana, desde donde observó largamente aquella extraña ciudad. Sí, Kim Christopher tenía razón, pero aquél no era un asunto que pudiera ser resuelto por un niño. Había que pensar en Chris, eso sin mencionarla a ella. Bueno, lo suyo era distinto, puesto que a su vida de científica el público no tenía acceso, y en su otra vida, en su vida con Chris, lo que la gente pensara carecía de importancia. Pero Chris, cuya carrera dependía de los caprichos, los prejuicios y la estrechez de miras de los electores... ¿Qué diría la sociedad si Laura metía en su casa a un muchacho que se parecía lo suficiente a Chris como para desencadenar una ola de chismorreos, no ya en el Estado, sino incluso en la nación? Aquella ola destruiría la existencia de su marido. De todos, el muchacho era el único inocente.

Impulsivamente, Laura se volvió, se acercó a Kim Christopher y le cogió la mano. ¡Qué harapientas eran las ropas que llevaba! Debía comprarle un traje decente. Después lo llevaría a almorzar al comedor del hotel para que disfrutara de una comida completa. El chiquillo estaba muy delgado. Las costillas se le marcaban acusadamente debajo de la piel, aquella piel suave y exquisita, de color crema pálido,

el don que le había hecho Asia.

—Kim Christopher, voy a comprarte ropa. Llévame a una tienda.

Laura tocó la camisa del chico y movió, desaprobadora, la cabeza.

—¡Ah! —exclamó él, encantado.

Y cogiendo a Laura de la mano, la llevó escaleras abajo. Al salir del hotel señaló hacia la parte alta de la calle.

—¿Ropas? —preguntó ella.

—Sí, sí —repuso ansiosamente Kim Christopher.

Una hora más tarde el muchacho estaba perfectamente equipado: tres mudas completas, un traje y un suéter rojo para los días fríos.

—Ponte esto —le pidió Laura.

Y cuando Kim Christopher lo hubo hecho, ella tomó con el índice y el pulgar las prendas que el muchacho se había quitado y las echó a un lado.

—Esto es para tirar —dijo—. No más andrajos.

Kim pareció asustado, pero ella se mostró inflexible y le hizo salir triunfalmente del probador, orgullosa de su aspecto. ¡Si Chris pudiera verlo ahora!

Intentó dominarse. No debía dejarse llevar del entusiasmo. En verdad, el chiquillo era muy guapo; pero eso era de esperar siendo Chris su padre y... —sí, tenía que reconocerlo— y Soonya su madre. Sin embargo, no cabía duda de que en el caso de Kim Christopher se había producido una alquimia especial, puesto que Laura no había visto ningún niño coreano tan bello como aquél. Y tampoco lo eran los niños con los que ella había crecido. No se trataba únicamente de los rasgos y de la coloración. Era una gracia supletoria, quizás una combinación de gracia y fuerza. Kim Christopher era más agraciado que los chiquillos norteamericanos y más fuerte que los coreanos. Laura pensó en sus plantas marinas, aquellas criaturas-eslabón cuya delicadeza se encontraba en la frontera misma de la vida animal.

Salió de su abstracción. Kim Christopher la miraba con tranquila paciencia, en espera de su juicio.

—Bien —dijo ella—. Ahora estás guapo de veras.

—¿Americano? —preguntó el muchacho, con un tono vivo de esperanza.

—Sí —concedió Laura, sincera y falsamente a la vez. Muy norteamericano allí en Corea. Pero cuando le llevase a los Estados Unidos, si lo llevaba, no cabía duda de que su aspecto resultaría marcadamente oriental. ¿Dónde, dónde estaba su país?

—Vamos al hotel a almorzar —decidió Laura.

Cuando entraron en el comedor, Laura advirtió la presencia de Mr. Choe, sentado, como de costumbre, al lado de la ventana. La mujer sonrió, le dirigió un saludo con la

mano y se acomodó en otra mesa donde podría estar sola con Kim Christopher. Una vez hubieron tomado asiento, Laura se divirtió con las miradas francamente interesadas que Mr. Choe les dirigía. Y no era él el único. Los turistas, americanos y europeos, también los observaban. Laura se imaginó sus comentarios, llenos de curiosidad y de conjeturas. Incluso experimentó un placer vagamente maternal producido por el atractivo muchacho que se sentaba frente a ella, al otro lado de la mesa. En cambio, Kim Christopher no se daba cuenta de nada, porque estudiaba atentamente los movimientos de su compañera al utilizar el cuchillo y el tenedor. La servilleta le tuvo confuso hasta que vio que la mujer desdoblaba la suya para limpiarse los labios. El muchacho copió cada uno de sus ademanes, resuelto a adquirir la misma corrección de Laura.

Cuando Mr. Choe terminó de comer no pudo resistir más la curiosidad y al marcharse pasó junto a la mesa a que se sentaba Laura y el chico. Allí se detuvo.

—¿Cómo está usted hoy, señora? —preguntó, con su habitual cortesía.

—Muy bien, gracias. He ido de compras con Christopher.

Laura se sintió sorprendida al notar que era la primera vez que usaba el nombre del muchacho sin anteponerle el de Kim.

Los penetrantes ojos de Mr. Choe parecieron velarse.

—¡Ah, sí, claro! —dijo—. Tiene un espléndido aspecto; casi parece un muchacho norteamericano. ¿Piensa llevárselo a los Estados Unidos?

Ella sonrió a Christopher.

—¿Te gustaría?

—Por favor... —rogó el niño, sin aliento.

—Su madre debe dar el consentimiento, ¿no es así? —quiso saber Mr. Choe.

—Espero que lo dé —replicó Laura, y se sintió aún más sorprendida de sí misma que antes. No creía haber tomado ninguna decisión; pero algo en la voz y en la actitud de Mr. Choe la había inducido a hablar de aquella forma.

—Esperémoslo —dijo amablemente el coreano, antes de abandonar el comedor.

La tranquila seguridad de sus maneras preocupó a Laura y al mismo tiempo la confirmó en su decisión. Cuando Christopher hubo dado fin a la enorme copa de helado con que coronó el almuerzo, a la mujer le resultó difícil dejarle marchar. Sin embargo, ¿qué podía hacer con él allí? Aún quedaba demasiado por determinar y por hacer.

—Vuelve mañana, Christopher —le dijo en el vestíbulo, al entregarle la caja con las ropas nuevas—. Vuelve mañana por la mañana.

—Sí, señora.

Laura estuvo a punto de pedirle que no la llamara señora, pero... ¿cómo debía llamarla, si no? Mrs. Winters resultaba excesivamente frío; Laura, demasiado íntimo. El muchacho tenía madre, y el indicarle que le diera este nombre sólo valdría para

confundirle. Decidió que sería mejor dejar las cosas como estaban. Todo dependía de lo que más adelante se decidiera.

—Adiós —dijo.

Tuvo que contener un vivo impulso de besar en la mejilla al chiquillo.

De vuelta en su habitación, Laura encontró una larga carta de Chris, la primera que recibía. Llevaba pocos días en Seúl; pero, sin embargo, le parecían semanas. Cogió la carta, se acomodó en un sillón y se olvidó de todo lo demás. Chris comenzaba:

Mi querido y único amor: Tu brevísima carta...

—Sí, cariño, pero aún no tenía nada que decirte —murmuró Laura conteniendo el aliento.

... me puso muy nervioso. Estuve a punto de dejarlo todo y coger el primer avión que saliera, pero esto te hubiera creado un problema nuevo. A estas alturas ya habrás visto al muchacho.

—¡Cómo me gustaría que tú también lo vieras! —se dijo ella—. Esto haría la decisión mucho más fácil. O quizá no...

Tal vez el que Chris conociera a su hijo dificultaría aún más las cosas.

Espero que la mujer no te ocasione ningún conflicto.

Aquellas líneas bastaban a Chris para tratar de los asuntos con los que su mujer se estaba enfrentando. Después pasaba a una entusiasta descripción de la campaña política. Laura podía imaginárselo corriendo de una cita a otra, hablando por Televisión... Era muy fotogénico. Los ojos de Laura bebieron el contenido de las páginas. Las adhesiones llegaban a millares. No obstante, los de la vieja guardia presentaban una fuerte oposición. Habían contratado unos detectives particulares para investigar los antecedentes de Christopher Winters, para que indagasen cada uno de sus actos desde su niñez. Un asunto sucio, pero se trataba de un esfuerzo inútil. Su juventud le ayudaba.

—Y tu extraordinario atractivo, cariño mío —susurró Laura.

Henry Alien es una auténtica roca. Su posición es incommovible, no sólo en el Estado, sino en toda la nación. El hecho de que me apoye lo dice todo. Aunque, naturalmente, esto implica una gran responsabilidad. Tengo que estar a la altura de sus esperanzas y llevar a cabo una campaña totalmente limpia. Pero eso lo haría en cualquier caso. Sería incapaz de obrar de otra forma.

«Desde luego» —pensó ella con orgullo. Besó la carta, la dobló y se la guardó en el pecho. Después se permitió el lujo de pensar en su marido. Se echó para atrás, cerró los ojos, y su imaginación voló hacia Chris—. En una época en que el amor era minimizado y exaltado únicamente el sexo, ¿cómo había podido ella tener la suerte de encontrar un hombre que comprendía el amor? Y que puede amar y ama a una mujer como yo, y que me desea tal como soy sin pretender convertirme en un apéndice de sí mismo en mayor grado de lo que él es un apéndice mío. Una felicidad tan poco frecuente no iba a ser echada a perder por un hijo nacido en el otro extremo del mundo, un muchacho que no pertenecía a ningún sitio, que había sido fruto del azar... Sí, una criatura encantadora, adorable, pero no debía permitírsele que arruinase una espléndida vida que podía ser de utilidad a miles de personas, e incluso a millones, si la carrera de su marido no era detenida por unos cuantos enemigos que buscaban exclusivamente el beneficio propio sin importarles en absoluto la moral que profesaban y de que eran portavoces. De pronto, Laura pensó en Henry Alien con súbito desaliento. ¿Debía contarle Chris al banquero lo de su hijo? Y si no lo hacía, ¿sería honrada su conducta? Aquéllas eran las pavorosas exigencias del honor.

Cariño —escribió Laura con su letra grande y clara—, *¿crees que debes explicarle a Henry Alien lo de Christopher? ¡Qué lástima que no seamos unos sencillos ciudadanos normales! Entonces no tendrían por qué importarnos las opiniones ajenas. Hay millares de criaturas nacidas de la misma manera que Christopher, y podríamos llevárnoslo a casa y decir que habíamos adoptado un huérfano de la guerra de Corea y que la gente pensara lo que quisiera. No sería asunto suyo. Pero ahora, con el brillantísimo futuro que se abre ante ti, una no sabe qué hacer. Yo no puedo —sinceramente, no puedo— pedirte que renuncies a ese futuro por un error...*

Laura tachó repetidas veces la palabra *error* de modo que él no la pudiese leer, la sustituyó por *experiencia* y siguió:

Resulta difícil desear que el niño no hubiera nacido. Es un magnífico muchacho, muy parecido a ti y, sin embargo, muy distinto, porque tiene su propia y marcada personalidad. No sé lo que siente hacia su madre, pero desea con todas sus fuerzas

reunirse contigo. Hoy le he comprado ropa nueva...

Laura terminó la carta y hasta el final no se dio cuenta de lo mucho que había escrito de Kim Christopher: cinco páginas enteras. No creía saber tantas cosas acerca de él. Cerró el sobre y lo envió por correo aéreo.

Luego se sintió dominada por una añoranza tan profunda de Chris que se dejó caer en la cama y se echó a llorar. El motivo de sus lágrimas no era sólo Chris, sino también su hogar y la vida que conocía y amaba. Recordó su casa, en la tranquila calle tan próxima a la plaza, el edificio espacioso con su fachada de mármol blanco, y el fresco vestíbulo en el interior y la señorial escalera de mármol también. Mucho tiempo antes, un antepasado de los Winters se había enamorado de una dama francesa que se negó a abandonar su *château* hasta que él le prometió modificar su casa de Norteamérica para dotarla de un espíritu francés como el del hogar de su amada. A un precio exorbitante que aumentaba de volumen en los relatos de cada generación, el hombre modificó completamente la vivienda convirtiéndola en un réplica exacta del *château* francés... «Añoro la casa —pensó Laura—, y los árboles de la calle.» Incluso echaba de menos a los vecinos, a quienes antes apenas había prestado atención, porque no era de esas personas que gustan de relacionarse con cualquiera. Tenía la cabeza siempre llena de planes relativos a su trabajo. Y por las noches ella y Chris preferían estar solos, o, al menos, con invitados de su gusto.

Ahora, a millares de kilómetros de distancia, en el extraño hotel de una ciudad asiática, su hogar le parecía un sueño. Pero Chris se encontraba allí, y Laura debía correr a reunirse con él. Esto podía conseguirlo en pocas horas. Chris había insistido en que en el bolso tuviera siempre un billete de regreso, al lado del pasaporte y los cheques de viajero.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir —había dicho—. No olvides que Seúl se encuentra a unos ciento cincuenta kilómetros, más o menos, de las fronteras enemigas. Debes estar preparada para abandonar el país en cualquier instante.

Laura sintió la tentación de marcharse en aquel mismo momento. Sí, podía bajar a la calle, coger un taxi, ir al aeropuerto y salir en el primer reactor. Se imaginó a sí misma ejecutando aquellas acciones, pero al mismo tiempo comprendía que aquello no era posible. Pero no era de las que desisten de una empresa. No. Tenía que limitarse a pensar en lo que debía hacer a continuación. Como dando respuesta a sus reflexiones, de pronto sonó el teléfono.

—Diga —contestó con el receptor en la mano.

—¿Mrs. Winters? —dijo la vibrante voz del teniente Brown—. Jim y yo nos preguntábamos si le agradecería dar una vuelta y terminar en «Walter Hill» para cenar y bailar un rato.

—Me encantaría —replicó Laura dejándose llevar por su desesperación.

—Bien —dijo la voz—. Nos reuniremos con usted dentro de media hora, en el vestíbulo.

—De acuerdo.

Los dos hombres, con sus uniformes recién planchados, tenían un aspecto magnífico. Verlos juntos siendo tan distintos producía una extraña sensación de contraste.

—¿Eran ustedes ya amigos antes de venir aquí? —les preguntó de improviso Laura, mientras Jim enfilaba el coche hacia las afueras.

—No... Nos conocimos cuando Jim me salvó la vida —explicó el teniente Brown—. Una noche, una multitud de estudiantes coreanos recorría las calles protestando contra el nuevo tratado con el Japón, que, debo admitirlo, les obligábamos a aceptar contra su voluntad. Yo volvía a mi puesto y era el único norteamericano que ellos tenían a la vista. En aquel momento salía de la base. Se metió entre la multitud y me rescató. Pero me dieron una buena paliza.

—No sabía nada —dijo Laura—. ¿Por qué no quieren los coreanos el tratado?

—Es natural —repuso el hombre—. Durante más de medio siglo, Japón los tuvo sometidos a un dominio muy duro. Hasta entonces los coreanos habían sido un pueblo libre y tan orgulloso como pueda serlo el nuestro. Los japoneses todo lo hacen a conciencia. Intentaron destruir la cultura coreana y que su propio idioma fuera el único empleado en las escuelas y cosas por el estilo. Aquí la gente no confía en ellos y lo más probable es que nunca lo haga. Creen que los nipones volverán a conseguir el control económico total que les permitirá ejercer un dominio completo. Tal vez tengan razón. El caso es que...

Laura le interrumpió:

—¿Qué ocurrirá con los niños medio norteamericanos?

—Bueno, lo pasarán muy mal —dijo el teniente Brown.

—¿Mal? —rectificó Jim con una risa sarcástica—. No olvides que muchos han sido ya asesinados.

—¡Oh, no! —exclamó Laura, horrorizada.

—Claro que sí —insistió Jim—. ¿Por qué no vemos a ningún adolescente medio norteamericano? Porque apenas quedan. Se deshicieron de ellos durante los años cincuenta. Los mataron a centenares. Y otros fueron castrados.

—¡Cierra la boca, Jim!

—Es que lo fueron. Conozco a un tipo, ayudante del general, que vio chicos con sus partes...

—¡He dicho que te calles! —gritó el teniente Brown.

Jim esquivó un bache con el auto y guardó silencio. Durante largo rato, nadie habló. Teniendo delante aquel magnífico panorama sumido en la tranquila calma del anochecer, pensaban en el destino de los hijos de la guerra. El valle se encontraba ya

cubierto de sombras porque el sol estaba a punto de desaparecer detrás de unas crestas. Las montañas tenían un tono púrpura, mientras las planicies eran verdes. Aquí y allá, álamos de hojas que amarilleaban otoñalmente, se elevaban, como antorchas encendidas, contra la oscuridad de las rocas y los riscos. Entre los campos veíanse pequeñas aldeas. Ocasionalmente Laura pudo distinguir la figura erguida de algún hombre con blancas vestiduras y alto sombrero de negra tela de crin, que iba dignamente de un pueblo a otro. O a una mujer con una amplia falda y un corpiño ceñido con la airosa y regia figura erguida bajo el peso del bulto que llevaba sobre la cabeza. ¡Kim Christopher! Quizá debiera estarle agradecida a Soonya por haberlo mantenido con vida... ¡o tal vez no debiese agradecersele en absoluto!

De pronto expuso en voz alta sus pensamientos:

—Lo que no comprenderé nunca es cómo pueden nuestros hombres... asociarse con esas mujeres y permitir que nazcan niños...

Jim la interrumpió rápidamente, con los ojos fijos en la carretera.

—Yo ando con una chica, Mrs. Winters. Es una muchacha espléndida. No va más que conmigo. Pero ya se lo he dicho: «Mira, el día en que me vengas diciendo que estás encinta, yo me largo.» Así sabe a qué atenerse. Sabe que seré bueno con ella mientras haga lo que yo le diga.

—Y recurra a los abortivos —comentó con acritud el teniente Brown.

—Eso es asunto suyo —replicó Jim.

—Algunas de esas mujeres tienen ocho o nueve abortos al año.

—Yo de eso me lavo las manos —dijo Jim.

Tres chiquillos desharrapados salieron de pronto a la carretera, delante del coche. Su aparición fue tan imprevista que Jim tuvo que desviarse bruscamente y le faltó poco para chocar con un pequeño templete que había junto al camino. Los niños les gritaban pidiendo limosna con las pequeñas y sucias manos extendidas hacia los ocupantes del auto.

—Hablando de críos... —murmuró Jim, rebuscando en sus bolsillos.

—Son mestizos —dijo el teniente Brown.

—Los pueblos están llenos de ellos —comentó Jim—. ¡Aquí tenéis, chicos!

Arrojó unas cuantas monedas al suelo y los niños cayeron uno encima de otro para recogerlas, escarbando en el pardo polvo y empujándose entre sí como perros que se disputaran un hueso.

Laura los miró. Sí, los tres eran medio norteamericanos. Un muchachito era pelirrojo y tenía la cara llena de pecas. La niña, tenía una carita de ángel enmarcada por una sucia cabellera castaña, gritaba y con los puños cerrados golpeaba a sus compañeros.

—Vámonos —dijo Laura—. Ya he visto suficiente.

Habían acabado de cenar y tomaban el café charlando. A Laura no le apetecía volver a su hotel. Temía encontrarse sola e insegura acerca de lo que debía hacer. La enorme sala de «Walter Hill» aparecía llena de militares norteamericanos y de muchachas coreanas vestidas a la moda occidental. Laura no quiso bailar porque le disgustaba unirse a la apretada masa de la pista. Jim no tardó en emparejarse con una de las animadoras, una muchacha muy esbelta y más alta que él.

—Ten cuidado —le recomendó su amigo—. Parece tuberculosa.

—No le pasa nada —replicó Jim secamente.

—Muchas de ellas están enfermas de los pulmones.

Pero Jim danzaba ya entre las otras parejas.

—¿No intentan curarse? —preguntó Laura.

—No pueden —repuso el teniente Brown—. Han de seguir trabajando. Y la mitad, por lo menos, de los niños también están tuberculosos.

—¡No pueden ser tantos!

—¿Por qué no? ¿Qué le importa a nadie lo que les ocurra?

Laura comenzó a sospechar que bajo aquella capa de sarcasmo existía un hombre sensible, de rígidos principios, muy severo, en primer lugar consigo mismo.

—Me parece que a usted le preocupan esas criaturas —dijo ella suavemente.

—No puedo permitirme ese lujo.

En aquel instante, el presentador salió a la plataforma que había en un extremo de la sala. Cesó la música y los bailarines se detuvieron. El hombre sonrió ampliamente y anunció con voz fuerte:

—Esta noche tenemos un gran espectáculo. Aquí está la bailarina del vientre llegada de San Francisco y famosa en toda América. Por favor, fíjense en sus habilidades. Cuando ella termine, habrá más espectáculo. Miss Kim Soonya cantará, accediendo a nuestra petición.

Laura hizo un movimiento de disgusto.

—¿Sabía usted que esa mujer actuaba aquí?

—No, no sabíamos nada —replicó el teniente Brown—. A veces ha cantado en este local, pero muy de tarde en tarde. La última vez fue cuando vinieron unos visitantes de mucha importancia. Es muy difícil de contratar. Al menos eso dicen. Se considera una especie de honor, un honor a su propio nivel claro, conseguir que trabaje en algún sitio que no sea su propio local.

—¿Su nivel no es alto?

—Pues, aunque parezca raro, su nivel personal sí lo es. Todo el mundo sabe que ningún hombre puede conseguirla.

—¿Ni siquiera un coreano?

—Ni un coreano.

Apareció la danzarina del vientre, una rubia teñida de descomunales proporciones. Llevaba una cantidad mínima de ropa: un reducido taparrabos y una pequeña borla dorada sobre cada pecho. Los bailarines volvieron a sus mesas; los hombres se retreparon en los asientos y las muchachas se situaron cerca de la plataforma para ver bien el espectáculo. Se inició la música y la joven comenzó su danza, una extraordinaria serie de movimientos musculares, mientras su cuerpo permanecía inmóvil. Su esqueleto era la armazón sobre la que la carne oscilaba, se retorció y volvía a su posición normal, se tensaba y se distendía. El estómago y los senos eran independientes, moviéndose el primero como una boa constrictor, a la vez que los pechos, cada uno con autonomía del otro giraban de un modo frenéticamente bajo las borlas doradas. Laura, observando aquella extravagancia física, se sintió movida a risa, pues sobre aquel cuerpo convulso el rostro de la mujer era una máscara maquillada tan carente de expresión que no era posible creer que estuviera enterada de lo que ocurría por debajo de ella. Los ojos azules miraban sin ver y la boca, un detonante brochazo rojo, permanecía totalmente quieta.

Laura echó un vistazo a su alrededor. Todos los norteamericanos reían. Los orientales permanecían serios, observando sombríamente aquel espectáculo occidental. A Laura la invadió una sensación de embarazo que llegaba casi a la vergüenza. ¿Quién era aquella mujer? ¿De qué familia procedía y por qué no había permanecido en su ambiente natal en vez de dedicarse a errar por aquellas viejas tierras?

Una vez acabado el número, los norteamericanos estallaron en fuertes aplausos que no fueron secundados por los asiáticos. La bailarina se inclinó bruscamente y abandonó el escenario. El presentador se adelantó:

—¡Damas y caballeros, Miss Kim Soonya!

Se produjo un profundo silencio y Soonya hizo su aparición. Llevaba un vestido coreano, como era habitual en ella, una falda de brocado rosa y un corpiño plateado. Tenía el largo cabello recogido en una trenza que le caía por la espalda. Calzaba unas zapatillas plateadas con las puntas vueltas hacia arriba, detalle este que en cierto modo recordaba a sus antepasados que procedían del Asia Central.

Con las manos entrelazadas, la artista esperaba que comenzara la música. Al fin sonó interpretada por una pequeña orquesta en la que los instrumentos de cuerda sonaban al ritmo marcado por un tambor suavemente batido. Después de una breve pausa, Soonya levantó la cabeza y empezó a cantar. No era una canción coreana, sino *Sólo el corazón solitario*, de Tchaikovsky. Ahora no se produjeron estruendosas risas, ni los ojos asiáticos miraron con menosprecio. Aquella música era universal, comprendida lo mismo en Oriente que en Occidente. En el silencio, la pura voz de soprano ascendía y bajaba, tan pronto convertida en un susurro como en un lamento desesperado. Cuando Soonya terminó hubo una pausa, una estática pausa, y en

seguida una salva de aplausos. La artista se inclinó y abandonó el escenario andando con tal delicadeza que, más que andar, parecía deslizarse. Siguieron las ovaciones, pero Soonya no volvió a aparecer. De nuevo se adelantó el presentador:

—Miss Kim Soonya da gracias al público, pero ruega que la disculpe. No repite nunca sus canciones.

Al principio Laura había escuchado con sorpresa a Soonya, luego con admiración y, finalmente, con profunda curiosidad. ¿Por qué había escogido Soonya aquella canción? ¿Y cómo la había aprendido? ¿Pretendía establecer con ella una comunicación? Pero, ¿comunicación con quién, sino con Laura? No obstante, ¿cómo podía Soonya saber que ella estaba entre el público? Había demasiadas preguntas por responder. Ante todo, ¿qué clase de mujer era aquella Soonya?

Impulsivamente, Laura se levantó de su silla.

—Excúsenme —rogó a los dos hombres—. Tengo que ver a Soonya inmediatamente.

Salió del salón y se metió por detrás del escenario. Allí, en un pequeño camerino, encontró a Soonya. Estaba sentada delante de un espejo, pero no se contemplaba en él. Había dejado caer la cabeza sobre los brazos y sollozaba sin contenerse.

Laura se detuvo un momento en la puerta; luego entró en el camerino y puso una mano en el brazo de la coreana.

—Soonya —dijo—, soy yo.

Soonya alzó la cabeza y recompuso su actitud con una rapidez que dejó a Laura asombrada.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Soonya.

Las lágrimas humedecían sus mejillas y perlaban sus pestañas.

—Cantas... cantas maravillosamente, pero...

Laura vaciló, pero se rehízo en seguida.

—Esa canción... ¿Por qué...? ¿Quién te la enseñó?

—Eso no te importa.

La voz de la coreana era hosca.

—No sé. Creo que, en cierto modo, sí me importa.

Laura expresaba en voz alta sus pensamientos ante Soonya, sin darse cuenta de que lo hacía y sin poder tampoco evitarlo.

—Tú y yo tenemos que entendernos. No quiero herirte. Espero que tú no quieras herirme. Quizás unidas podamos decidir algo respecto a tu hijo. Temo no haber pensado mucho en ti; sólo en mí misma y en mi... y en el padre del muchacho.

Soonya se secaba los ojos con un pañuelo fino de seda que había sacado del escote de su corpiño. Se levantó y fue a cerrar la puerta. En seguida señaló una silla a su visitante y se sentó ella también dando la espalda al espejo. Se mordió el labio inferior y empezó a hablar.

—Yo no soy una mujer valiente. Sólo hablo como valiente. Amo a tu... Lo amo mucho. Aprendí esa canción porque dice lo que pienso, lo que siento. Yo sueño mucho. Sueño que un día él vuelve a mi lado. Yo no puedo amar a otro hombre.

—¿Intentas decirme que quieres quedarte con el niño? —preguntó Laura.

Soonya movió negativamente la cabeza.

—No, eso no es. El chico es como el padre. Ahora yo sé que él no me quiere; nunca me ha querido.

Los hermosos labios temblaban. La coreana volvió a mordérselos con fuerza.

—¡Por favor! —dijo Laura—. ¿Qué deseas? Intentaré conseguírtelo, si puedo.

Las lágrimas volvían a brotar, pero Soonya se las secó decididamente con el pañuelo.

—Ahora, únicamente quiero dinero —dijo al fin—. Quiero dinero para mí.

—¡Dinero! —repitió Laura.

Soonya miró fijamente a su interlocutora.

—Quiero vivir sola en una casa —dijo—. No más «Casa de las Flores». No más chicas. No quiero nada más. Yo sola en mi casa. Mis criados cuidan de mí, de todo. Si él no me quiere, que me dé una casa para mí.

—¿Y Kim Christopher?

—Si no me das dinero, me quedaré con él para que me ayude en la «Casa de las Flores» —repuso la coreana, con sencillez—. Si me das dinero, te lo llevas.

—Me lo llevaré —afirmó Laura con instantánea decisión.

A punto de marcharse, vaciló, compadecida en cierto modo de aquella mujer tan bella y tan sola. En otro lugar, en otra ocasión, pudieran haber sido amigas. Lo que las separaba no era la raza ni el idioma, sino el amor, el amor hacia un mismo hombre y el hecho que en vez de paz hubiera guerra.

Laura puso una mano sobre el hombro de Soonya.

—Lo siento... Lo siento de verdad —murmuró.

La coreana se libró de la mano.

—Tú eres afortunada —dijo con indiferencia—. Yo soy desgraciada.

Y como si no hubiera llorado ni hubiese renunciado a su hijo, se inclinó hacia el espejo y con un lápiz de labios procedente de un PX norteamericano, pero comprado en el mercado negro, corrigió cuidadosamente el perfil de su bonita boca.

Por consiguiente, Laura ya sabía lo que tenía que hacer. De una o de otra manera, tenía que convencer a Chris de que el muchacho no podía quedarse en Corea. Era forzoso llevarle a Norteamérica.

No hay que precipitarse, cariño —escribió Laura aquella noche, en su cuarto del hotel—. *No veo claro el futuro, nada claro. El problema sigue siendo el mismo. ¿Qué hacer? Sin embargo, tengo que llevarme al niño a casa. El proceso es muy simple.*

Debes mandarme un reconocimiento de paternidad. La gente de la Embajada comprenderá el caso y nos ayudará. Declara que Kim Christopher es hijo tuyo y de Soonya, que yo soy tu esposa y que deseas que me lo lleve conmigo. Yo me encargaré de los demás detalles. Si me envías ese documento tan pronto recibas esta carta, dentro de una semana podré estar de vuelta. Espéranos en San Francisco. Naturalmente, habrá que pagar a Soonya.

Describió la escena con la coreana. ¿Cuánto dinero? Chris lo sabría. Pero debía quedar bien claro que no habría nuevas entregas. Cinco mil dólares, quizá. Eso, prestándolo a interés, daría a Soonya lo suficiente para vivir. O diez mil, si era necesario. No, aquello no era comprar el muchacho. Era remplazarlo con el dinero que podría haber ganado de quedarse con su madre.

Soonya quiere dinero —escribió Laura—, pero por un motivo razonable. Desea abandonar la vida que está llevando. Se propone vivir sola. Me hace sentir culpable por ser tu esposa y encontrarme en una posición que ella desearía tener con todas sus fuerzas. Me parece que sigue enamorada de ti.

Laura hizo una pausa y borró las últimas palabras. No, nunca comprendería exactamente lo ocurrido y era mejor no recordárselo a Chris ni siquiera en aquellos momentos.

En la «Casa de las Flores», Soonya hablaba con Mr. Choe.

—Admitirá usted que no puedo seguir siempre así —decía la mujer.

Movió una mano abarcándolo todo, la habitación, con su exquisito mobiliario, las macetas, el pergamino de la pared, la solitaria orquídea en un esbelto búcaro.

Mr. Choe la escuchaba con simpatía. Se daba perfecta cuenta de los problemas de la vida de Soonya y de lo que la mujer quería decir. Al cabo de pocos años su voz perdería su admirable timbre, su rostro quedaría desposeído de su suave belleza y ella ya no podría ser considerada una artista prestigiosa. Entonces quedaría reducida al simple papel de dueña de una casa de prostitución.

—Te comprendo perfectamente —dijo el hombre.

Mr. Choe recordó una idea a la que ya había dado vueltas anteriormente. Si Kim Soonya cerraba la «Casa de las Flores» y comenzaba una vida honrada, no sería imposible que él la tomara por esposa. La gente nunca espera que una segunda mujer sea de la categoría de la primera. Además, Soonya tenía cierta fama como artista.

Cantaba muy bien y aquello le prestaba una gran consideración. A pesar de todo, la influencia de los norteamericanos había sido liberalizadora. Cuando las estrellas de cine estadounidenses, las actrices y las mujeres del estilo de Soonya, realizaban una gira por Asia, los norteamericanos esperaban que se las recibiera con honores. Además, ahora existía la posibilidad de que el niño mestizo, con su aspecto tan occidental, fuese enviado al otro extremo del mundo. Sin el muchacho, que era la prueba evidente de que Soonya había tenido en tiempos un amante norteamericano, todo quedaría borrado. Podía meter a Soonya en su casa sin ninguna preocupación de índole privada. Antes de hablar, Mr. Choe tosió discretamente.

—Te aconsejo que mandes a tu hijo con su padre —dijo—. Eso te dejará con una reputación totalmente limpia. Has hecho bien manteniéndole oculto en casa de su abuela. Doy por descontado que nadie conoce su relación contigo.

—Nadie —replicó Soonya—. Sólo ha venido aquí una vez, y lo hizo como sirviente.

—¡Ah! —exclamó el hombre, aliviado—. Por fortuna, se parece a su padre, y no a ti. La tosca sangre norteamericana prevalece siempre. Que se vaya lejos lo antes posible. Acepta lo que te ofrezcan, aunque sea menos de lo que mereces por tus sufrimientos.

Mr. Choe se permitió mirarla con una expresión de ternura y continuó:

—Tengo planes para ti... y para mí mismo. Hay posibilidades. Cuando el muchacho esté al otro lado del mar debes olvidarle. Has de olvidar el pasado y pensar únicamente en el futuro. Estás muy sola. Y lo mismo me ocurre a mí.

Mr. Choe pensó que ya había dicho bastante y se puso de pie. Soonya también se levantó. Intuía lo que el hombre había querido decir y se lo agradecía, aunque estaba triste. No obstante, sabía que mientras viviese debía pasar muchas horas de tristeza. Era una mujer de corazón cálido y si bien respetaba a Mr. Choe, nunca podría amarle. Una vez, hacía mucho tiempo, un joven norteamericano había despertado su femineidad y ahora, como castigo, se veía obligada a comparar a todos los hombres con aquel primero. Irrazonablemente, durante todos aquellos años había abrigado la esperanza de que su amado volviese. Ahora tenía ya la certeza de que aquello no ocurriría nunca porque en su lugar había enviado a su esposa, y su esposa era muy bonita. Era una belleza dorada, extraña, pero real y Soonya se inclinaba ante ella reconociendo su poder. Su propia gracia, su naturaleza sumisa, no había resultado suficiente para retener al padre de su hijo. Tal vez los norteamericanos, tan libres, tan imperiosos, tan exigentes, únicamente podían vivir con sus fuertes mujeres. Tal vez deseaban que el amor fuera una guerra en vez de una paz profunda y confortadora.

No contestó a Mr. Choe, pero le siguió hasta la puerta. Allí ella le despidió con unas profundas reverencias a las que él correspondió con una inclinación de cabeza.

CAPÍTULO TERCERO

Chris les esperaba en el aeropuerto de Los Ángeles. Laura había olvidado lo atractivo que era... o quizá no lo había olvidado, pero sus ojos se habían habituado, aun en tan poco tiempo, a ver hombres de otro aspecto. Así, había llegado a considerar atrayente a Mr. Choe, y ahora, mirando al norteamericano erguido y fuerte que era su marido, pensó que el mundo se encontraba dividido en dos clases de hombres y en dos clases de mujeres y que entre ambas clases únicamente estaba Kim Christopher. Bueno, en cierto modo tal vez también estuviera la misma Laura, porque desde que abandonaron Corea, Kim Christopher se había aferrado a ella, y ella había correspondido a la actitud del niño.

—¡Madre!

El muchacho pronunció aquella palabra al salir del aeropuerto, en Corea, cuando se hubieron despedido de Soonya y de Mr. Choe. Soonya se portó con absoluta corrección. Aceptó un cheque de entre tres y cinco mil dólares y apenas lo miró. No se lo guardó en el pecho ni en el bolso. Como si no significara nada para ella, lo dejó sobre la mesa junto a la cual ella y Laura se habían reunido por última vez. En el aeropuerto, la coreana dio a Kim Christopher una serie de consejos. Lo hizo en inglés para que todos los entendieran.

—Obedece a tu padre —le dijo—. Obedece también a Mrs. Winters. Ella es la honorable esposa de tu padre. Acuérdate de todo lo que te he enseñado. Ponte de pie cuando tu padre entre en la habitación. No te sientes antes que padre. Haz que sienta satisfacción por tu trabajo en escuela. Por la mañana, lo primero que debes hacer es llevar té a tu padre. Cuando comáis, espera a que él coma primero. No te olvides de nada de esto.

Soonya había querido que Laura se diera cuenta de que había enseñado cuidadosamente al niño para que satisficiera a su padre. Kim Christopher escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza. No rompió su mutismo hasta que el avión se encontró a gran altura sobre la tierra. Entonces se volvió hacia Laura y dijo una sola palabra:

—¡Madre!

Ella se limitó a sonreírle, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

Ahora Kim Christopher contemplaba a su padre. Le dirigió una inclinación y esperó a que Chris hablase.

—¿Qué tal? —preguntó el hombre, turbado ante la visión del muchacho.

Era su hijo, indudablemente. Su rostro..., el parecido era innegable. El corazón comenzó a latirle con extraña celeridad.

—Hombre muy alto —observó Kim Christopher amablemente.

Los dos se miraron. Chris no se movió, pero Laura cogió a Kim Christopher de la mano.

—Bueno, ¿a dónde vamos? —preguntó con la mayor desenvoltura posible.

Su marido explicó:

—He tomado una suite en un hotel de las afueras. En la playa de Laguna. Allí podremos hablar. Dispongo de un par de días para habituarme a todo..., incluso a ti. Tus cartas han sido algo incoherentes. Me parece que tenemos mucho que contarnos. En Filadelfia la cosa está que arde. Incluso aquí tendré que eludir a los periodistas. Para esto he traído a Berman. Una mala publicidad lo estropearía todo. Vámonos. Berman se encargará de vuestras maletas. Dame las contraseñas.

Laura notó húmeda de sudor la mano de Kim Christopher y la soltó. Chris andaba con vivo paso.

—No te separes de nosotros, Kim Christopher —indicó la mujer.

El muchacho, obediente, trotó junto a ella. Laura estaba acostumbrada al paso de Chris, pero para un niño resultaba excesivamente rápido. Mientras los guiaba hacia la salida, Chris parecía haberse olvidado por completo de su hijo. En la puerta les esperaba Berman, que tendió la mano a la viajera.

—Bienvenida a casa, Mrs. Winters —dijo.

Miró al chiquillo y casi inmediatamente apartó de él la vista.

—Yo me ocuparé del equipaje.

—¿Entiende bien el inglés? —preguntó Chris indicando al muchacho.

—No —contestó Laura.

—Un poco —dijo Kim Christopher sonriendo.

Era imposible no captar el valor de aquella sonrisa. Chris correspondió con otra.

—Ya aprenderás —dijo—. En la escuela aprenderás en seguida.

—¿Escuela? —preguntó Laura.

—Las explicaciones después —repuso Chris.

Laura no podía hacer otra cosa que esperar.

Dos horas más tarde, en la suite del hotel, Chris se enfrentó a Laura. En una habitación contigua, Kim Christopher, después de haber tomado el desayuno y un baño caliente, dormía.

—Ya lo he arreglado —dijo el hombre—. Es un buen colegio.

—Si llego a saber que no ibas a dejar que viviera con nosotros, lo habría dejado con su madre. Al menos no se hubiese encontrado solo.

Laura también se había bañado y había desayunado. Con su bata color de rosa, estaba muy bella, aunque Chris no dejó de advertir en ella cierta frialdad. Cuando quiso abrazarla, Laura se resistió suave pero firmemente.

—¿Qué has decidido respecto al muchacho? —preguntó.

Así comenzó aquella discusión que podría haberse convertido en una pelea de no

haber tenido los dos conciencia de su mutuo amor. Sin embargo, el amor debía esperar. Así lo había decidido Laura y Chris tuvo que conformarse a regañadientes y medio riéndose de su mujer.

—¡Vaya, Laura! Si no te conociera tan bien, diría que me mantienes a raya sólo para salirte con la tuya.

Aquello lo había dicho Chris una hora antes, cuando su esposa salió del baño fresca como una rosa y rechazó sus caricias. Ella replicó, indignada:

—¡Chris, deberías avergonzarte de hablar así! Lo que sucede es que no puedo concentrarme en... en...

—En nada hasta que hayas conseguido lo que te propones. Lo sé de sobra.

La discusión continuó en el idílico ambiente californiano que Chris había creído escoger con tanto acierto para el romántico reencuentro. Se hallaban en la terraza privada de la suite, que daba a una pequeña playa arenosa más allá de la cual rompían las tranquilas olas del Pacífico. Mar y cielo eran azules, y las olas, al morir en la orilla, formaban un minúsculo encaje de espuma. A derecha e izquierda, unas montañas oscuras y rocosas avanzaban hacia el mar. Chris juzgaba el lugar idóneo, romántico y aislado. Había echado terriblemente de menos a su mujer.

Laura estaba tendida en una hamaca, junto a él. Chris le cogió una mano.

—Amor mío —dijo—. Si permites que ese niño se interponga entre nosotros...

—No está entre nosotros. Está, eso es todo. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Lo meteremos en un internado.

—¿Y luego?

—Cada cosa a su tiempo. No hay que precipitarse.

—Muy bien, lo metemos en un internado. ¿Dónde?

—En la «Escuela Waite», en New Hampshire. Es el mejor de los colegios privados.

—¿Y las vacaciones?

—Durante las vacaciones siempre hay muchachos que se quedan en el colegio: los que tienen a sus padres en Europa, o algo por el estilo. Puede aprovechar ese tiempo tomando clases suplementarias. Así se pondrá antes al día.

—Ese colegio es un orfanato —dijo Laura.

—No, no lo es.

—Pues yo te digo que allí Kim Christopher será como un huérfano. Sigo pensando que hubiera sido mejor dejarlo con Soonya. ¡Aquí será aún más desdichado!

—Cariño, lo tomas todo por la tremenda. Piensa en lo que el chiquillo hubiera tenido en Corea. Ni una auténtica educación, ni oportunidades..., ¡nada! En América tendrá lo mejor...

—Excepto un hogar y un padre.

Chris se levantó, enfadado.

—¡Muy bien, me rindo! Me retiraré de la campaña. Instalémonos en cualquier sitio con el muchacho. Tendrá que ser un lugar desconocido donde yo pueda comenzar de nuevo, donde nada de esto tenga importancia.

—Puedo llevarlo otra vez con su madre.

El hombre se inclinó sobre la barandilla y contempló el mar brillante. Tras unos instantes, se volvió hacia Laura.

—No, no puedes.

—¿Por qué no?

—Por la misma razón que te llevó a Corea. Reconozco mis obligaciones. Sé que soy su padre y que tengo unos deberes para con él. Pero no creo que esos deberes requieran que renuncie a mi vida, a mis ambiciones y a cuanto conseguiría llevar a cabo si convirtiese en realidad esas ambiciones. En estos momentos no puedo supeditarme a una persona. No podría hacerlo aunque el chico fuera hijo tuyo y mío. Pides demasiado.

Chris había hablado apasionadamente. Laura contestó con premeditada calma.

—No pido nada, Chris. Únicamente quería saber lo que piensas hacer. Ahora ya lo sé. Y preferiría seguir ignorándolo. Preferiría no haber oído hablar nunca del muchacho. Preferiría que hubieras guardado para ti ese secreto.

En los ojos de Laura apuntaron unas lágrimas y Chris que no la veía llorar nunca, no pudo soportarlo. Hasta aquel momento no había comprendido la enormidad de lo que había hecho tantos años atrás. Analizándolo, no era nada: la soledad de un joven, la necesidad de un joven, un joven... un joven.

Chris, impetuosamente, cogió a Laura en sus brazos y la apretó contra él mientras lloraba. Al hombre le dolía el corazón.

—¡Perdóname, perdóname!

La mujer levantó la cabeza y lo miró a través de las lágrimas.

—No pienso en ti, Chris. Lo tuyo lo comprendo. No te culpo por lo pasado. Ni siquiera lo recordaría porque me hago cargo de cómo ocurrió. No me importa. Si no existiera ese hijo, la historia casi me haría sonreír. Pero el niño existe. Y se encontrará entre nosotros mientras vivamos, esté donde esté.

Laura apoyó la frente en el hombro de su marido. Durante largo rato él la retuvo abrazada. No podía decir nada, absolutamente nada. El muchacho existía. Aquello era un hecho.

Cuando volvieron a Filadelfia encontraron su hogar sumido en el silencio, pero era ya media noche y el silencio era de esperar. Laura entró sola mientras Chris

pagaba el taxi y recogía las maletas. La mujer encendió la luz del recibidor. Todo estaba limpio y ordenado. Greta se había ocupado de todo. Sin embargo, no había flores. Chris no le había advertido qué día volverían porque ni él lo sabía. No lo habían sabido hasta aquella misma mañana, cuando dejaron a Kim Christopher en «Waite». Luego Chris alquiló una avioneta y el matrimonio voló de regreso a casa.

Laura se sentó y se quitó el sombrero y los guantes. Aquel era su hogar y volvía a él sin alegría. Experimentaba una extraña congoja, o quizá sólo fueran las preocupaciones. Nunca hubiese imaginado que resultara tan difícil dejar a Kim Christopher. De una manera o de otra, el muchacho había entrado en su vida, no como un deber penoso, sino como un ser humano que dependía de ella. No le había sido posible mantener las distancias. En cambio, Chris, aunque consciente de su deber, sentía impaciencia por tener al muchacho en algún lugar donde pudiera ser..., no olvidado, pero sí colocado en su nicho.

Laura oyó que su marido echaba el cerrojo a la puerta principal.

En seguida Chris entró en la sala.

—¡Qué maravilla estar de nuevo en casa... y tenerte otra vez a mi lado! ¿Cómo puede un hombre echar tanto de menos a una mujer?

Se inclinó para besarla y ella le devolvió el beso. Laura se sabía incapaz de soportar la soledad. No le era posible prescindir de su marido ni permanecer mucho tiempo enfadada con él. Tampoco estaba segura de lo que debía hacerse con el muchacho. En aquellas pocas jornadas Chris la había convencido, más que por lo que dijo, por su actitud hacia el muchacho, de que la vida de su hijo únicamente podía ser bien encarrilada por él. Después de aquel desasosegado primer día, Chris se había ganado a Laura con su conducta. Trató a Kim Christopher sin sentimentalismos, pero con auténtico cariño, y cuando llegaron a la escuela, incluso se reían juntos de los esfuerzos del chico por aumentar su vocabulario.

—¿Qué es eso, papá?

Kim Christopher no dejaba de hacer aquella pregunta señalando los objetos que veía. Comida y vehículos, letras y palabras, árboles y edificios. El muchacho absorbía vorazmente cada una de las nuevas experiencias. Pasaron veinticuatro horas en Waite comprando ropas, hablando con el director de la escuela, James Bartlett, buscando un profesor de inglés para Kim Christopher y conociendo a su compañero de cuarto, un muchacho neoyorquino pálido y rubio cuyos padres se encontraban en París tramitando el divorcio.

—Ese muchacho me ha causado una gran impresión —les dijo el doctor Bartlett cuando se iban.

Laura pensó que el director del colegio era un buen hombre, un poco distante, como correspondía a su cargo, pero no altivo ni displicente. Si captó algún parecido entre los dos Christopher, no lo mencionó. Aceptó por las buenas la explicación de

que Laura, durante un viaje a Corea, se había sentido enternecida por la soledad de un niño y había decidido llevárselo a los Estados Unidos. Laura añadió que deseaban que el chico les considerase sus padres. Como ellos no tenían hijos, pensaban que Christopher aprendería el inglés más rápidamente en un colegio, rodeado de chiquillos de su edad.

El doctor Bartlett estuvo de acuerdo.

—Esto es seguro. Será cuestión de pocas semanas. Tenemos aquí un muchacho de Río que no hablaba ni una palabra y se sorprenderían...

Bartlett gritó un nombre y un chiquillo sonriente de piel olivácea y ojos extrañamente azules se adelantó hacia él. El director le acarició el oscuro y ensortijado cabello.

—Estaba diciéndoles a estos señores lo rápidamente que has aprendido inglés y que tú harás que ese nuevo compañero, Christopher, no se desaliente.

—Me encantará hacerlo, señor —fue la rápida respuesta.

Cogió a Christopher del brazo y se alejaron juntos. Un momento más tarde los dos jugaban a la pelota.

Sin embargo, no había sido fácil explicarle la situación a Kim Christopher. El muchacho no había logrado comprender que la escuela, aquello que tanto había esperado, iba a significar su separación de Laura y de Chris. Cuando ellos se preparaban para marcharse, él creyó que iba a acompañarlos. Entonces Laura tuvo que decirle:

—Kim Christopher, tú te quedas aquí.

El chiquillo se mostró sorprendido y le cogió una mano.

—Yo irme —dijo.

El siguiente esfuerzo estuvo a cargo de Chris:

—Volveremos pronto. Vendremos muy a menudo.

Kim Christopher soltó a Laura y se agarró a su padre. Permaneció callado, suplicante, con los ojos llenos de lágrimas.

—Chris —susurró Laura—, no puedo soportar esto. Acaba de encontrar unos padres y ya va a perderlos. No lo entenderá. Me siento responsable.

El doctor Bartlett intervino:

—Les aconsejo que se vayan cuanto antes. Nosotros le ayudaremos a aclimatarse. Le costará pocos días.

No tuvieron más remedio que seguir el consejo. Se libraron de las manos del muchacho, que se aferraban alternativamente a Chris y a Laura, y, sin mirar hacia atrás, huyeron, dejándole con el doctor Bartlett.

En el gran salón sin flores, Laura, al recordar aquella escena, se levantó bruscamente y se dirigió a la escalera, donde esperó a que Chris apagara las luces. En seguida, enlazada por el brazo de su marido, subió con él al dormitorio.

—Desearía haber mirado atrás —suspiró.

—¡Vamos, cariño! —dijo Chris.

—Es aún muy joven...

—Por favor, cielo.

—Lo sé —repuso Laura exhalando un profundo suspiro—. Lo sé, lo sé.

Lo que sabía era que debía olvidar, y que no lo conseguiría. Debía volver a Chris y se daba cuenta de que le sería imposible hacerlo; al menos, no lo podría hacer con todo su corazón, y... ¿para qué sirve un fragmento de corazón? No obstante, lo intentaría con todas sus fuerzas. Quizá posteriormente, cuando Chris hubiera logrado sus aspiraciones. Mientras tanto, tenía que volver a ser su esposa.

Kim Christopher, al verlos marchar, experimentó una sensación de incredulidad. Confiaba en ellos, creía que iba a estar a su lado y ahora lo dejaban allí, entre desconocidos. No era posible, pero lo hacían. Vio cómo tomaban un taxi, y hubiera corrido detrás de ellos si una mano no le hubiese agarrado fuertemente.

—Calma, Christopher —dijo el hombre que lo retenía.

No conocía al que le hablaba, aunque sabía que se llamaba doctor Bartlett. Era alto y delgado y no era joven ni viejo. Parecía amable, pero también Mr. Choe le había parecido amable y desapareció de su vida, lo mismo que desaparecían ahora su padre y Mrs. Winters. Pensó en su madre, e incluso en su abuela, que en el último momento le había echado a empujones de su casa.

—¡Vete, vete, vete! —le había gritado—. ¡Vete con tu padre americano!

Fue ella quien más le hizo alegrarse de partir. ¡Cuántas veces le había pegado! «¡Tienes que comer!», le gritaba. Y su madre, su hermosa madre, que no dejaba que la llamara así...

El niño se dijo que había sido una tontería abandonar aquel país en el que al menos comprendía lo que hablaba la gente. De pronto sintió que perdía su valor, aquel valor que le hacía insultar a los niños de Corea que le llamaban «Ojos redondos», «Americano» y «Extranjero», aquel valor que le permitía amar a su madre aun sabiendo que ella no le correspondería nunca, aquel valor que le hizo dejar lo que conocía y marchar a aquella lejana nación con una mujer blanca, la esposa de su padre. Y cuando finalmente, conoció a su padre, creyó estar seguro. No lo estaba... Volvía a encontrarse solo.

De pronto, Kim Christopher dio media vuelta, se apoyó en el alto desconocido y estalló en unos sollozos entrecortados que estremecían todo su cuerpo. De sus labios salieron confusamente unas palabras en coreano que nadie podía entender.

—Estoy solo..., estoy solo —sollozó.

El doctor Bartlett se inclinó hacia él, aunque no entendía lo que decía. En su vida estéril de hombre sin hijos aceptaba a los pequeños sin comprenderlos demasiado bien. Lo único que sabía era que los padres le llevaban sus hijos y los dejaban allí. Ignoraba cómo podían hacer aquello, pero allí estaban los hechos y algo había que hacer en favor de los chiquillos. Se les debía albergar, alimentar y educar, y él contrataba personas para que le ayudasen a hacerlo, exigiendo de ellas que fueran bondadosas y sinceras.

—Vamos, vamos, Christopher —dijo acariciando el encrespado cabello del muchacho—. Volverán, ya lo verás. Tarde o temprano, los padres siempre vuelven. Y aquí lo pasarás muy bien con los otros chicos. Dentro de unos días te sentirás feliz y contento. Supongo que tendrás hambre. Ven a tomar algo.

La panacea habitual del doctor Bartlett para los niños que lloraban era darles algo que comer y proporcionarles un par de muchachos con quienes hablar y jugar a la taba o algo por el estilo. Tenía una buena ama de llaves, Mrs. Battle, que se daba buena maña para hacer apetitosos platos que gustasen a los chicos. Condujo a Kim Christopher hasta la gran cocina donde estaba la mujer, sentada y tomando una taza de té.

—Aquí tiene un alumno nuevo, Mrs. Battle —dijo—. Necesita animarse. Lo de costumbre, excepto que no habla casi inglés. Procede directamente de Corea. Lo han traído Mr. y Mrs. Winters que viven en Filadelfia. El muchacho se quedará con nosotros. Supongo que en todo esto habrá alguna historia, pero, ¿qué muchacho no tiene una? Sea como sea, sospecho que debe de tener apetito. Se llama Christopher.

—Precisamente acabo de hacer unos pasteles —dijo el ama de llaves—. Yo me ocuparé de él.

Mrs. Battle acercó una silla a la mesa, sirvió otra taza de té y puso unos pasteles sobre una fuente.

—Siéntate, Christopher.

El niño obedeció secándose las mejillas con las manos. Mientras el director se iba casi de puntillas, Mrs. Battle, sonrió al chico. Permanecieron sentados sin hablar porque ¿qué podía decirsele a un muchacho que no sabía inglés? Le puso un pastel en el plato y cuando Christopher se lo hubo comido, le puso otro. El té estaba caliente y fuerte y al niño parecía gustarle. Sus lágrimas cesaron, se calmó y al fin se quedó quieto, como dominado por el sueño.

La mujer se puso de pie.

—Anda, acuéstate en el sofá —dijo ahuecando los viejos cojines deformados por el uso—. Échate aquí y Mrs. Battle te tamará. Echa una siestecita y ya verás como cuando te despiertes estás como nuevo.

Si Kim Christopher no entendió todas las palabras, al menos captó su significado. Se echó y dejó que la mujer le tapase con una colcha vieja de ganchillo de múltiples

colores. Al cabo de unos minutos, rendido por el cansancio y la congoja, se durmió.

En la «Casa de las Flores», Soonya supervisaba el embalaje de sus enseres. Su partida era pausada, pero definitiva. Mr. Choe había sido muy correcto. El traspaso se efectuó por medio de un amigo del hombre, Mr. Joshua Pak, acaudalado financiero que en aquellos momentos se dedicaba a aumentar sus inversiones cancelando privadamente sus contratos con los norteamericanos y sustituyéndolos por nuevos contratos con firmas japonesas, todo ello ateniéndose a los términos impuestos por los recientes tratados comerciales con el Japón. A Mr. Pak le desagradaban los estadounidenses honrados a los que no se podía sobornar y despreciaba a los que se dejaban corromper. Con los japoneses nunca surgía el asunto de la corrupción en uno ni en otro sentido. El negocio era lo único que importaba. Además, Mr. Pak sentía una secreta furia por el hecho de que los jóvenes y estúpidos norteamericanos de las fuerzas armadas hubieran contribuido a traer al mundo una cantidad tan elevada de niños mestizos. Las muchachas coreanas se veían metidas en aquello por motivos económicos, pero los hombres eran manirroto y tontos. Cuando estaban en lugar seguro, abogaban por que aquellos niños fueran estrangulados al nacer o, si seguían vivos, que fuesen castrados. La sangre coreana era antigua y pura y resultaba intolerable que no continuara así. A lo largo de los siglos no se habían unido ni siquiera con los chinos ni con los japoneses. ¿Por qué, entonces, tenía que producirse una mezcla con los americanos?

Cambiando confianzas con Mr. Choe, Mr. Pak había dicho abiertamente:

—Esos niños deben ser arrancados de nuestro país, aunque la única forma de lograrlo sea arrojándoles al mar.

Mr. Choe no se mostraba tan severo. En cierto modo, sus años en Norteamérica le habían suavizado, pero estaba de acuerdo en que aquellas criaturas debieran ser enviadas a la tierra de sus padres, puesto que aquel era su lugar. Los norteamericanos no sabían nada de pureza de razas. ¡Soportar aquella diversidad de colores de piel, cabello y ojos! Antes de pedirle a su amigo el favor, Mr. Choe aprovechó para decir que había colaborado en la devolución a los Estados Unidos de un niño mestizo cuya madre trabajaba en la «Casa de las Flores». En seguida rogó a Mr. Pak que sirviese de intermediario entre él y Kim Soonya. El hombre accedió, entre otros motivos porque las fábricas de Mr. Choe producían determinados productos que le convenían, y pensó que aquello podía muy bien servir de base a un intercambio de favores.

Como consecuencia de todo aquello, en la espléndida mañana otoñal un coche norteamericano esperó a Soonya frente a la puerta del edificio. En su cuarto, la mujer reunía sus cosas. Allí estaba aún el cajón de su cómoda que siempre había mantenido

cerrado. Hizo salir a la criada, abrió el cajón y sacó las fotos del padre de su hijo. Mirando aquel rostro atractivo sintió una leve emoción. Había mentido a Mr. Choe al decirle que no estaba enamorada del norteamericano, aunque a veces ella misma lo creía. Ahora se daba perfecta cuenta de lo que sentía su corazón. Si los dos volvieran a unirse —un sueño ya abandonado—, ella lo amaría más que nunca. Aquel hombre era su único amor; no habría otro. Entre los dos, incluso antes de que pudieran entenderse con palabras, se había establecido una identidad de sentimientos. Él la había querido: Soonya siempre creería que fue así. La esposa ocupaba un segundo plano en el corazón del hombre. Soonya se aferraba también a aquella idea. En caso contrario no podría irse a instalar en la casa de Mr. Choe, cosa que debía hacer porque el tiempo pasaba y ella se encontraba en la cúspide de su profesión. Dentro de un año o dos comenzaría a acusar su edad y otras mujeres más jóvenes y bonitas ocuparían su puesto.

En cambio, como esposa de Mr. Choe, aunque fuera sólo una segunda esposa, su posición permanecería para siempre firme e inamovible. Miró otra vez al atractivo rostro de la foto. No, no debía guardar retratos en la casa de otro hombre. Vaciló un poco más, encendió la vela que había sobre la mesa, en una palmatoria laqueada, acercó las cartulinas a la llama y contempló cómo ardían, se abarquillaban y se convertían en cenizas.

Aún quedaba una foto: la del niño cuando tenía tres o cuatro semanas. Soonya lo tenía en brazos. Era el padre quien había tomado la instantánea. Al estudiar el retrato, Soonya se fijó, sobre todo, en su propio rostro. ¡Qué joven era y qué bonita! El niño era también muy guapo y vestía un vestido norteamericano que su padre le había comprado en algún sitio. Aquella foto había sido hecha en el pequeño jardín rocoso de la casa alquilada por Chris. Desde entonces el niño había crecido y había cambiado. A la mujer le parecía que aquel bebé que tanta ilusión le había hecho no era el muchacho flaco y de aspecto extranjero que se había ido con la norteamericana. En algún momento de aquellos años, ella había dejado de querer al pequeño. Quizás al no conseguir odiar al padre, depositó su odio en el hijo que el hombre le había dejado. Soonya se había sentido cercana al padre porque su carne y la de él estaban unidas. Pero el niño era un extraño, un intruso para quien no había lugar. También aquella foto fue destruida. Suspirando, Soonya recogió la ceniza en la palma de la mano, se puso de pie y salió al jardín. Una vez allí, sopló las cenizas y contempló cómo se diseminaban lentamente sobre el musgo, las rocas y la superficie del estanque.

Sin embargo, Soonya se daba cuenta de que no le iba a ser fácil librarse de sus recuerdos. Sabía perfectamente que en lo más íntimo de su ser había introducido a un extraño, a un hombre de otro país que en todo momento fue extranjero y que nunca volvería a Corea. Pero la parte de aquel hombre que ella había recibido tenía vida

propia: era un hijo de los dos. A partir de entonces, por grande que fuera la distancia entre el hombre y la mujer, el hijo constituyó un testimonio permanente de su unión. Nada lograría destruir a aquel hijo. Ni siquiera la muerte, porque había vivido, y viviría aunque muriese. Porque lo que en tiempos ocurrió podía ocurrir de nuevo, ocurriría de nuevo, en las vidas de otros seres humanos. Nada podía ser destruido en lo que a hombres y mujeres concernía. Además, el hijo llevaba en sí dos personalidades distintas, y durante su existencia seguiría traspasando aquella característica a los hijos que hubiera de tener.

Aquellos eran los pensamientos que poblaban el cerebro de Soonya. No era simple ni estúpida. Era capaz de sentir hondamente y de sus sentimientos surgían aquellas ideas que aleteaban como pájaros sobre el mar.

De vuelta en su cuarto miró a su alrededor para asegurarse de que no quedaba nada suyo, llamó a su criada y las dos salieron de la «Casa de las Flores», subieron al coche que las esperaba, y se alejaron de allí.

—Señora —murmuró la sirvienta—. ¿No tiene usted miedo?

—¿Miedo de qué? —preguntó Soonya.

—De vivir en casa de Mr. Choe. Me han dicho que es un edificio muy grande.

—No tengo miedo —replicó Soonya—. Estoy empezando una nueva existencia.

Pero sí sentía un vivo temor. No había sido nunca esposa, y ahora debía serlo le gustase o no.

—¿De quién es esa carta? —preguntó Chris.

Era la mañana de un día de verano y estaban desayunando. Greta había colocado ante ellos los vasos de zumo de naranja, y la fragancia del tocino y el café aromatizaba el cálido ambiente.

—Es del laboratorio, de Wilton —contestó Laura—. Quiere que vuelva al trabajo, que supervise a sus investigadores en el proyecto de las algas. Le interesa especialmente la euglena.

Chris se echó a reír.

—Euglena... Supongo que no se trata de una chica.

—No, no es una chica, pero resulta muy interesante —repuso sonriendo la mujer—. Es la materia verde que puede verse en los remansos de agua dulce durante el tiempo cálido: un animal que se nutre por si mismo.

Enarcó las cejas en espera de las preguntas de su marido. Durante los primeros años de su vida matrimonial, Chris hubiese querido saber más, porque le interesaba el trabajo de su mujer y se sentía orgulloso de ella.

—No, no voy a preguntar lo que es —replicó Chris interpretando su expresión.

—Entonces, de todas maneras, te lo diré. Se trata de una planta que necesita nutrirse como un animal. En lugar de producir vitaminas, como suelen hacer las plantas, necesita que se le den. La euglena, requiere vitamina B₁₂.

—¿Y qué?

—Pues que la investigación sobre la euglena quizá nos ayude a encontrar las incógnitas que aún existen sobre la anemia humana e incluso sobre la leucemia.

Laura notó que su marido no le hacía caso. Estaba pensando en sus asuntos.

—Preferiría que no volvieras al laboratorio —dijo Chris.

—¿Pues qué debo hacer?

—Durante algún tiempo, límitate a ser decorativa. Tengo que dedicarme activamente a la campaña política. Necesito que mi bella esposa se encuentre junto a mí.

—Ya sabes que no sirvo para ir repartiendo apretones de manos.

—Yo me ocuparé de los apretones de manos. Tú permanece a mi lado y sonrío. Recuerda tu técnica de modelo. Era devastadora.

—¡De eso hace tanto tiempo!

—Sólo unos años. Antes de que llegaras a ser la doctora Laura de Witt, licenciada en farmabiología, y estuvieras metida en todos esos asuntos científicos.

—Has sido muy paciente.

—Me he sentido orgulloso. No todos los gobernadores tienen una esposa bella e inteligente.

Laura cogió otro sobre y reconoció la letra.

—Tenemos carta de Christopher. Escribe ya muy bien.

—¿Qué nos dirá?

—Está dirigida a ti, como de costumbre. ¿Quieres que...?

Él asintió. Laura abrió el sobre y leyó en voz alta:

Querido papá: Hoy quiero escribirte. Ahora ya sé nadar y bucear. También juego al béisbol y a otras cosas. Ahora los demás chicos se van de vacaciones a casa. ¿Cuándo iré yo a casa, por favor? ¿Puedes decírmelo? Dentro de poco aquí habrá muy pocos chicos. Yo quisiera verte cada día. Quizá tú vengas. Tengo buenas notas. Tu hijo,

CHRISTOPHER.

—¡Magnífico muchacho! —comentó Chris.

Rara vez hablaban de Christopher. ¿Qué podían decir? No tenían respuesta para la pregunta que les atormentaba. Laura sabía que Chris pensaba en el muchacho, si no constantemente, al menos a menudo. Christopher, por lejos que se encontrase, era

como una presencia viva en la casa.

—¿Contestarás a la carta, Chris?

—Ocúpate tú de hacerlo.

—¿Qué pasará con las vacaciones?

—Indagué sobre eso al elegir la escuela. Hay un curso de verano en una especie de campamento. Muchos de los alumnos no vuelven a sus hogares por tener a los padres separados, o viajando, o por cualquier otro motivo. También hay militares cuyas esposas les acompañan gracias a que dejan a sus hijos donde están seguros y pueden continuar estudiando.

Laura guardó el pliego de papel en el sobre.

—Un día de estos, Christopher dejará de admitir mis excusas. ¿Cómo va a entender que estés siempre demasiado ocupado para escribirle?

—¡Por favor, Laura!

Ella lo miró, sorprendida por la angustia que había en su voz. Inmediatamente suavizó su actitud:

—Perdóname, Chris. Lo que ocurre es que nosotros lo trajimos a América, no lo olvidas. Se encuentra en un país extraño, entre personas con las que nada tiene en común.

—Pasaremos las Navidades con él.

—¿De veras, Chris?

—¿Por qué no? Además, sola conmigo tú no serías feliz. Ya hemos dejado de ser dos.

—Eso únicamente se debe...

Chris cortó:

—Lo sé, lo sé. La culpa es exclusivamente mía.

—No iba a decir eso, sino que el niño está muy solo. Si hubieras decidido dejarle con su madre, me hubiese olvidado de él.

—¡Eso no podía hacerlo! ¡No podía dejar que creciera en ese cochino país...!

—Es el país de Soonya.

—¿Quieres que lo devolvamos allí?

—Si tú quieres, Chris, yo misma lo llevaré otra vez a Corea.

Chris dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor.

—¿Hablas en serio?

—¡Claro que sí! Debe tener alguien a su lado, Chris. Alguien que le quiera.

—Laura, consigues exasperarme. El muchacho está educándose, tiene comida y casa... Va a crecer en una nación donde no le faltarán oportunidades. Puede ser lo que desee. Haré cuanto esté en mi mano porque reciba lo mejor.

—Todo, excepto lo que más necesita, un hogar.

Chris estrujó la servilleta.

—¡Muy bien! Desisto. Le diré a Berman que me retiro. Pasaremos el resto de nuestras vidas cuidando del chiquillo.

—Eso sería definitivo. Tan definitivo que tendría como resultado el divorcio.

—¡Laura!

—Tú no estás hecho para vivir así.

—No puedo decir que la existencia que llevo me guste mucho.

—¿Dices eso por mí?

Habían discutido anteriormente, pero nunca de aquella forma. Laura miró los ojos de Chris, brillantes a causa de la ira, y notó que el corazón se le encogía. ¿Cómo iba a explicarle que ahora existía un problema mucho más profundo que el representado por Christopher? ¿Cómo decirle que la auténtica angustia se la producía la intolerable duda de que él no fuese exactamente como ella le había creído, que tal vez prefiriese eludir la verdad en lugar de enfrentarse a ella aceptando menos responsabilidades de las que debía exigirle su plena dignidad de hombre, lo cual significaría, por su parte, una falta de orgullo que Laura no podría soportar?

«No es leal mi postura —pensó—. Estoy midiéndole según mis propias exigencias. ¿Reconocería yo a un hijo mío si el hacerlo significara renunciar a mis ilusiones más queridas?»

En el caso de ella, «la ilusión más querida», únicamente podía ser Chris. Si de soltera hubiese tenido un hijo y hubiera tenido que ingresarlo en un orfanato, y hubiera estado segura que Chris no lo aceptaría nunca, ¿le habría confesado su existencia? ¿O, por el contrario, lo habría mantenido oculto para siempre?

Aquello no podía tener respuesta puesto que no había tal hijo.

Además, Chris no se exponía sólo a perder una persona, sino sus más elevadas ambiciones, unas ambiciones que no le afectaban exclusivamente a él. Era demasiado noble para ser egoísta; estaba demasiado bien educado. De sus antepasados cuáqueros había heredado la tradición del servicio. Deseaba el poder, sí, pero deseaba también ser un buen gobernador porque el pueblo tenía derecho a la honradez y la devoción de sus administradores. Desde que se hizo hombre, desde que abandonó la Facultad de Derecho, se concentró en la tarea de planear reformas y mejoras para el Estado. «Probándolas a nivel estatal —había dicho—, se logrará averiguar cómo podrían resultar un día para la nación.» Nunca añadía las palabras «cuando yo sea presidente», pero éstas se encontraban allí, enmascaradas en el silencio, y los dos lo sabían. La noche anterior, Chris se había levantado de la cama y estuvo yendo de un lado a otro de la habitación hasta que al fin despertó a Laura para que oyese su última idea respecto a la reforma fiduciaria.

Ella le había escuchado, admirando la vibrante voz, los expresivos ojos, las palabras unidas al pensamiento en una oratoria fuerte y persuasiva.

—Creo en ti con todas mis fuerzas, Chris —había dicho Laura.

Entonces él la estrechó entre sus brazos y, sumergidos en el torrente de su amor, amaneció antes de que se durmieran.

Y después, unas horas más tarde, se peleaban. Ella lo amaba, pero se daba cuenta de que había surgido una grieta. Chris no le había hablado de Soonya y esto era disculpable. Pero tampoco le había hablado del muchacho, y aquello era algo que, por una u otra razón, Laura no podía perdonar. Y es que Kim Christopher no tenía la culpa de haber nacido. No había venido al mundo por su voluntad. Por esto no le correspondía una vida oculta, secreta y vergonzosa, sino una existencia en la que le fuera dado ejercer su libertad de espíritu.

Sí, había surgido una grieta, pero Laura no iba a aprovecharse de ella. Simplemente, su marido había perdido estatura moral, pero seguía siendo todo lo que ella tenía.

—¡Chris, perdóname! Te amo tanto...

Él se suavizó.

—¡Bien sabe Dios cómo te quiero yo a ti! En mi vida sólo estás tú y nadie más. ¡No vivo más que por ti, cariño! Quiero que te sientas orgullosa de mí.

Dos pasos y la tuvo entre sus brazos.

—¡Perdón!

En la puerta sonó una voz y la pareja se separó. Berman estaba en el umbral, con el rostro enrojecido.

—Lamento interrumpir una escena de amor entre marido y mujer —dijo—. Esto es algo que en nuestros tiempos no suele verse.

Chris, riendo, se echó para atrás.

—¡Pero es totalmente legal! Pasa, Joe. Sírvele una taza de café, Laura. En realidad...

Chris se sentó otra vez a la cabecera de la mesa y su mujer ocupó, recobrada la compostura, su puesto en el otro extremo.

—En realidad, Joe, estábamos a punto de decidir cómo podía ayudarme mi esposa en la campaña. Siéntate.

Berman se acomodó entre ellos.

—Para eso precisamente he venido a verte. Ya tenemos organizadas a las mujeres en clubs y en grupos por el estilo. Y quieren oír a usted, Mrs. Winters. Le arreglaré un programa de visitas lo más apretado que me permita comenzando con los grupos locales de aquí, de la ciudad, que más adelante irá extendiéndose por todo el Estado.

Laura se asombró.

—Lo que desean es oír a Chris, no a mí. ¿De qué voy a hablarles?

Berman le dirigió una sonrisa.

—A su marido lo reservaremos para los hombres. ¿Qué cosas le interesan a usted?

Chris volvió a reír.

—¡No le preguntes eso! Le interesan las más extrañas criaturas, los bichos del fondo del mar; plantas que son animales y animales que son plantas. Las mujeres creerán que fantasea, pero la escucharán.

Berman pareció desconcertado.

—¡Bromeas!

Laura acudió en su ayuda.

—Soy farmacólogo marino. No permita que Chris se burle de usted, Mr. Berman.

—Pero... yo creía que era usted modelo.

—También lo he sido. Así gané mi primer dinero al salir de la Universidad.

—Limitate en tus charlas a lo de modelo, preciosa —dijo alegremente Chris—. Es lo más propio. Y no te asustes, Berman.

—No estoy asustado —protestó el hombre—. A las universitarias puede usted hablarles de sus actividades científicas, Mrs. Winters, y a las otras de su trabajo como modelo.

—¿Y de mí cuándo ha de hablar? —preguntó Chris.

—De ti hablará en todos los lugares adonde vaya. Al elemento femenino le interesará saber qué tal marido eres, si ayudas a tu esposa a fregar los platos por la noche y si te gustan los niños...

Se interrumpió.

—Es una verdadera lástima que no hayamos tenido hijos —dijo Laura, imperturbable. Berman no debía ni siquiera sospechar que la situación había cambiado.

—Laura informará de todo eso a las curiosas —dijo Chris—. Cuenta con ella, Joe. Debemos empezar a ocuparnos de las mujeres. ¿Has hecho arreglos para que hable en el *National Rotary*?

—Todo está dispuesto.

Laura se levantó de su asiento y salió de la habitación con tanto sigilo que ninguno de los dos hombres se dio cuenta. Fuera, en el jardín, el verano llegaba a su apogeo. Los jardines, en la ciudad, eran algo precioso. En aquel pequeño espacio, Laura había plantado unos cuantos parterres, un rosal y una mimosa que se alzaba junto al muro que separaba su casa de la contigua. Una fuente, dos sillas de hierro blancas y una mesa redonda completaban la decoración.

Era extraño lo bien que Laura recordaba el paisaje de Corea: los grandes macizos de montañas desnudas que se alzaban sobre las calles de Seúl, los curvos tejados de los palacios, la multitud, las caras de los niños como Kim Christopher, que sus ojos habían aprendido a buscar y a distinguir.

Se sentó en una de las sillas de hierro. De pronto, en las ramas de uno de los plátanos de la calle, un pájaro lanzó al aire sus trinos, Laura apenas lo oyó. Sus

pensamientos se encontraban muy lejos. En la actualidad, la vida de aquella antigua ciudad de Seúl, la fuerte y vieja vida tradicional del pueblo de Corea, se enfrentaba con la pujante y extraña existencia de los jóvenes norteamericanos. Inesperadamente, el recuerdo del teniente Brown acudió a la memoria de Laura.

Un rostro siempre tenso a causa del dominio que el muchacho ejercía sobre sus propios instintos sexuales. Aquel autodomínio probablemente producía en él un agotamiento mucho mayor que el que le hubiera ocasionado una vida licenciosa. ¿Quién podía decirlo? ¿Cómo iba Laura a culpar a Chris, a su apasionado, vehemente y alegre Chris, a quien no podría haber amado tan profundamente de haberse parecido al teniente Brown? ¿Cómo podía acusarle por haberse enamorado durante algún tiempo de una mujer tan bella como Soonya?

Oyó que la puerta delantera se cerraba de un portazo, como la cerraba siempre su marido y comprendió que Berman se había marchado. Entonces Laura se levantó, fue hacia Chris y se le colgó del cuello.

—Te ayudaré en lo que pueda —dijo.

Cuando Laura se apeó del taxi y entró en el vestíbulo del «The Towers» caía una ligera lluvia de verano que seguía a una fuerte tormenta. Laura empezaba a acostumbrarse a aquellas reuniones de mujeres que solían celebrarse en los lugares más distinguidos. Aquel día era en el enorme apartamento de Mrs. Henry Allen.

Laura ya no sentía miedo, y apenas un poco de timidez. Le gustaba el viejo Henry Allen tanto por su modo de ser como por lo que hacía por Chris. Lo consideraba una fuente de fortaleza para su marido y para ella, alguien en quien podía confiar, aunque no le hubiera dicho nada. A Mr. Allen le agradaba Laura y la trataba con paternal delicadeza. El anciano tenía seis hijos varones y aunque respetaba a sus nueras, echaba de menos una hija. Laura se encontraba a gusto con Mr. Allen porque advertía en él una comprensión nada corriente en los demás hombres. Comprensión que no supo proporcionarle su propio padre, un profesor de Universidad perteneciente a la vieja escuela, amable, pero que se olvidaba con facilidad de sus hijos y cuyo interés por la literatura finalizaba en la época isabelina. A Laura también la confortaba la rectitud moral de Henry Allen. Con él no había peligro de ser molestada con alguna de esas furtivas caricias a que son tan aficionados los viejos.

Laura entró en el ascensor y subió hasta el piso dieciocho. Se abrió la puerta y Henry Allen se adelantó a recibirla.

—Pase, Laura —dijo—. Ya está aquí toda la vieja guardia femenina: las mujeres de los banqueros, de los acumuladores de oro de ascendencia cuáquera, como yo. No soltarán ni un centavo, a no ser que no tengan más remedio. Debemos conseguir que

no lo tengan. Hágales comprender que un neoconservador, un hombre dinámico e inteligente como Chris puede salvar a la nación de los peligros que más temen, de lo que ellas llaman «la amenaza comunista». Ya sabe cómo lograrlo. Abrirán sus corazones y sus bolsos a los jóvenes de derechas de los que Chris es el representante más destacado y progresista. Esa vieja que hay debajo del inmenso sombrero rojo podría, si quisiera, hacerse cargo de los gastos secundarios de campaña. Necesito que lo haga para que me sea posible dedicar mi aportación a las giras de Chris. Ya sabe, un recorrido por el Estado para hablar a los campesinos y visitar las capitales de condado. Y más tarde, quizás un viaje alrededor del mundo que aumente su prestigio. En esta época, todos los hombres importantes necesitan hacer un gran viaje.

Laura siguió al hombre al lujoso y enorme salón donde un centenar de damas esperaban, sentadas en pequeñas sillas doradas. Laura se sometió con calma a la general curiosidad sonriendo lo suficiente, sin exageración. El hecho de haber sido modelo la ayudaba mucho. La apostura, la actitud, la presencia, todo ello le resultaba más fácil de conseguir debido a la práctica. Y conocía aquel tipo de mujeres. No debía suscitar sus celos mostrándose excesivamente segura de sí misma. Tenía que abordarlas con una modestia atractiva y juvenil, y estar dispuesta a hablar de sí misma sólo como esposa de un político en alza. Al finalizar su corto discurso —era demasiado discreta para extenderse—, dejaría tiempo para que le hiciesen preguntas, pues por medio de unas respuestas sería más fácil concretar los puntos de interés.

Mrs. Allen, una amable y corpulenta señora con un vestido de seda gris, se levantó para presentarla.

—A las mujeres nos gusta saber cómo es la esposa de un candidato, ¿verdad? Y no sucede a menudo que resulte tan agradable de presentar como la que hoy nos visita, Mrs. Chris Winters. Muchas veces habrán ustedes visto su retrato reproducido en nuestros periódicos, porque es una joven que se toma muy en serio el trabajo de su marido y lo acompaña a todas partes. Pero la mayor parte de nosotras la vemos hoy por primera vez tal como es, en persona.

Diplomáticamente, Mrs. Allen omitió toda referencia a las actividades de Laura como modelo. En el mundo de la moda había algo que no acababa de ser completamente sólido.

—Así, pues, aquí tienen ustedes a nuestra futura primera dama.

Laura se levantó, sonriendo tímidamente. Y no era la suya una timidez simulada.

—Trato de hacer ver que estoy acostumbrada a estas cosas —dijo—, pero la verdad es que no estoy acostumbrada a ellas en absoluto. Vivo una vida tranquila. En realidad, los dos, mi marido y yo, vivimos así. Yo he venido hoy aquí porque mi esposo me ha rogado que supla su ausencia, pues tiene muchos compromisos en otros lugares. A él le hubiera encantado estar aquí, pero no le ha sido posible. Apenas se me ocurre cómo empezar. Quizá lo mejor sea que les explique cómo es Christopher

Winters. Mide un metro ochenta y ocho y tiene los ojos azules, que cuando está interesado en lo que habla, o simplemente cuando se enfada, le brillan de forma extraordinaria. Juega muy bien al tenis y es un excelente esquiador y un buen jinete. A los dos nos gusta montar. A él le apasiona el golf, pero a mí no. Estudió en Harvard y se licenció con honores en Economía. Desempeñó su primer empleo en un importante Banco de Nueva York, en el que estuvo hasta que creyó que comprendía el dinero y sabía cómo utilizarlo, cómo prestarlo en calidad de crédito a empresas comerciales. Entonces volvió a Harvard para graduarse en Derecho. Cumplió sus deberes militares en Corea y después de eso... Bueno, actualmente pertenece a una acreditada firma legal de esta ciudad. Así es la parte externa de mi marido. En casa es...

Laura vaciló e inclinó, pensativa, la cabeza. Luego miró a sus oyentes con una sonrisa.

—¿Cómo puedo contarles cómo es en casa? No tenemos hijos. Nos gustaría tenerlos. Mi marido sería un excelente padre, estoy segura. Es amante de la disciplina, conservador, lógico y justo, siempre justo.

Hizo una nueva pausa. De pronto, ante ella se alzó la imagen de Kim Christopher. No, en aquellos instantes no debía pensar en él. Se apresuró a continuar:

—Políticamente, mi marido representa lo mejor de los Jóvenes Republicanos; o, al menos, eso pienso yo y también una gran cantidad de gente.

Laura siguió hablando, hábil en su aparente torpeza. Advirtió que las mujeres la escuchaban cordialmente. Ella era honrada, quería serlo, y hubiera deseado poder hablar de Kim Christopher, pero se daba cuenta de que no tenía derecho a decir lo que Chris no diría. Acabó su discurso y escuchó las preguntas con paciencia y cierta admiración. Y es que las preguntas demostraron que aquellas mujeres eran inteligentes y listas a pesar de haber vivido unas existencias cómodas y sin problemas. Conocían su ciudad y su Estado, y cuando llegara la ocasión de que tuvieran que ampliar sus conocimientos a la nación y al mundo, aprenderían. Sin saber por qué, Laura recordó una historia que su padre le había contado al regreso de una temporada de estudios en China. El hombre le había dicho:

—Los campesinos chinos no saben leer ni escribir, pero son civilizados e inteligentes. Hasta hace unos años no conocían más medios de transporte que los carros tirados por mulas. Después se tendieron las primeras líneas férreas y los campesinos montaron en el tren con un gran aplomo, llevando sus productos en cestas colgadas de pértigas de bambú. Ahora empiezan a tener aeroplanos, y, sin asombro ni vacilaciones, vuelan, como le he visto hacer a un chino ya viejo, con media docena de gallinas atadas por las patas. Cuando estuvimos en el aire, el hombre encendió su pipa de bambú y se puso a mirar por la ventanilla como si se hubiera pasado toda la vida viajando en avión. Sin embargo, mi intérprete me dijo

que era su primer viaje en algo más rápido que un burro. Ni siquiera el ferrocarril había llegado a aquella parte de China.

Laura se imaginaba a aquellas elegantes damas de pelo blanco, cuyo mundo era la cómoda y opulenta ciudad donde habían nacido y vivido, pasando del mismo modo que aquel viejo chino al mundo sobre el que Chris esperaba presidir.

Una hora más tarde, Laura concluyó:

—Y creo que esto es todo. Me ha encantado encontrarme entre ustedes. He aprendido mucho de sus preguntas. Gracias, señoras.

Se volvió y fue a sentarse, pero Mrs. Allen le puso una mano en el brazo.

—Un momento, querida, deseo presentarla otra vez. Amigas, han conocido ustedes a Mrs. Christopher Winters, esposa de nuestro próximo Gobernador..., sí, sí, amiga mía, estoy segura de ello... pero ahora quiero que conozcan a otra joven. Aquí tienen también a la doctora Laura de Witt, la distinguida científica que trabaja con dos de nuestros más grandes especialistas en el campo de la farmacología marina. Y si no saben lo que es eso, no se preocupen. Yo tampoco lo sabía y tuve que buscar la palabra en un diccionario. Es la ciencia que trata de los nuevos medicamentos existentes en las plantas y en los animales del mar. ¿Es así, querida?

Laura se sintió un poco confusa, pero las damas aplaudieron cálidamente y se levantaron para ir a tomar una taza de té o un cóctel. Nadie le preguntó qué era en realidad la farmacología marina, y ella evitó con destreza el tema mientras mantenía una taza de té en equilibrio sobre la rodilla y comía un canapé de caviar.

No obstante, cuando estaba ya a punto de irse, se detuvo en la puerta.

—No ha debido usted decir a qué me dedicaba —dijo a Mrs. Allen—. Me temo que de ahora en adelante ya no les resultaré simpática.

—Querida, ya es hora de que las mujeres comencemos a enorgullecemos de nuestras compañeras de sexo que tienen cerebro —replicó Mrs. Allen con decisión.

Después besó a Laura en la mejilla, abrió la puerta y la dejó marcharse.

Querido Papá —escribía Kim Christopher—. La semana que viene es el 4 de Julio. Gran día. Los padres van a venir, y también las madres. Eso dicen. Por favor, ven a ver los cochetes. Tu amante hijo,

CHRISTOPHER WINTERS

Laura entregó la carta a Chris. Él la leyó.

—¿Ha llegado hoy?

—Sí. ¿Te preparo un cóctel?

—Sí, haz el favor. El día 4 no podremos ir porque he de pronunciar un discurso en la capital del Estado. Y por la noche se celebra la cena de los cien dólares. Tendrás

que acompañarme. ¿Qué es eso de los «cohetes»?

—Cohetes, supongo. Fuegos artificiales.

—¡Ah, sí! Es una lástima, pero... Bueno, ya te dije que iríamos para las Navidades.

—Aquí tienes tu cóctel.

«Al niño le parecerá que las Navidades están muy lejos de julio», pensó Laura. Pero ya se habría acostumbrado a la situación. Al menos esto quería creer ella.

La campaña estaba en pleno desarrollo. Laura admiraba de veras a Chris y deseaba mitigar sus pequeñas e intolerables dudas dedicándose a una frenética actividad. Chris pronunciaba un discurso tras otro. La gente cada vez esperaba más de él. «Es un hombre lleno de coraje», decían. Se enfrentaba a los asuntos sin resolver, buscando soluciones a los conflictos más graves, estudiando los problemas de los países asiáticos donde tenían su origen la mayor parte de los problemas internacionales. Nadie sabía, ni siquiera el mismo Chris, lo desesperadamente que Laura deseaba que su marido también se enfrentase con valentía y coraje con problemas familiares. En su mente se conservaba vivo el recuerdo de Grover Cleveland, el cual, siendo candidato a la Presidencia, había admitido la verdad acerca del desdichado muchacho al que llevaba años manteniendo. ¿Era Chris menos hombre que Grover Cleveland? Laura hubiera dado su vida por que no lo fuese.

—Después de las elecciones me gustaría hacer un viaje alrededor del mundo —estaba diciendo Chris—. Quizá durante las vacaciones de Navidad. Tengo un tiempo muerto. Podríamos aprovecharlo.

—Pero si el día de Navidad lo pasaremos con Kim Christopher...

—Desde luego. Lo prometí.

Mientras Chris hablaba, el pensamiento de Laura no dejaba de trabajar. Faltaban diez días para el 4 de julio. El doctor Wilton le había suplicado que fuese al laboratorio para examinar un nuevo microorganismo marino que había conseguido cultivar en sus tanques experimentales.

Necesito de su aguda visión y de su rápida mente —le escribió Wilton—. Este pequeño animal —¿animal?— es un auténtico comedor autoimpulsado. Al mismo tiempo —¿vegetal?— contiene clorofila y fotosintetiza. Puede resultar un espléndido catalizador de agentes anticancerígenos. Por lo menos esto espero y por ello rezo.

—Chris —dijo Laura, mientras se tomaban los cócteles—. ¿Te importará dejarme libre uno de estos días para ir al Laboratorio Wilton? Él cree haber encontrado algo nuevo.

—Claro que no me importará.

Chris lo dijo tan rápida y espontáneamente que Laura se calló su segunda

petición. Había estado a punto de pedirle que la dejase libre un día más para ir a ver a Christopher, puesto que no podrían visitarle el día 4. No, era preferible no decir nada. Quizá cuando estuviera en el laboratorio, inclinada sobre un microscopio, la cosa no le pareciera tan urgente.

—Gracias, Chris —dijo.

—Es una pequeña correspondencia —repuso él—. Muy pequeña, ya lo sé. Henry Allen me ha dicho que la otra tarde te ganaste a un montón de mujeres. Les gustaste mucho, cariño. Tienen más sentido común del que yo les concedía.

Se acercó a ella y la besó larga y apasionadamente. Seguía encontrándola excitante.

Una semana más tarde, Laura pasó dos días en el laboratorio, disfrutando, después de tantos meses, las delicias de la comunión con unas mentes como la suya. Y se sintió aún más complacida porque pudo reconocer al microscopio los nuevos organismos como un tipo de dinoflagelados que antes había visto, aunque no analizado, en una masa de plancton del mar de los Sargazos.

—Tiene usted un cerebro inexorable —gruñó el doctor Wilton—. Claro que recuerda haber visto esa cochina cosa. Aunque la hubiera visto en su infancia se acordaría... ¿Es que nunca se olvida de nada?

El doctor Wilton era mayor que ella; un hombre delgado y con gafas, sin ningún rasgo especialmente distintivo, muy masculino. Por ello, su colaboradora se limitó a sonreír.

El día siguiente, mientras conducía hacia New Hampshire, Laura pensó que tal vez una de sus mayores dificultades actuales estribara, precisamente, en que nunca olvidaba nada. Por consiguiente, recordaba cada minuto pasado junto a Kim Christopher y no podía borrar de su memoria las distintas expresiones de su atractivo rostro, ni su desilusión al enterarse de que no iba a vivir con su padre, ni su valiente silencio, ni el brillo de las lágrimas en sus ojos. No, el trabajo de los dos días últimos no había hecho que Laura relegara a un rincón de su cerebro las urgentes necesidades del muchacho. Y por su incapacidad para olvidar, la noche anterior, por vez primera en su vida, había mentido consciente y voluntariamente a Chris.

—Chris —le había dicho por teléfono—. No volveré a casa mañana, como había planeado. Voy a quedarme aquí dos o tres días más.

—¡Se te hará tarde para la cena del día 4! —exclamó él.

—Y al día siguiente estarás agotada.

—No, no te preocupes. Llegaré, como máximo, a medianoche del 3. Y puede que incluso llegue el día 2.

—Y al día siguiente agotada.

—Y al día siguiente no estaré agotada.

Chris tuvo que claudicar ante el inexorable buen humor de su esposa. Se despidieron con las habituales palabras de amor.

Ahora, después de una larga jornada de conducir a solas, Laura se daba cuenta de lo acertado de su decisión. Había concluido su tarea en el laboratorio y había dejado a sus colaboradores un breve y claro resumen de sus conclusiones. Con la paz espiritual que le producía la labor acabada y bien hecha, volvió su atención al asunto de Kim Christopher. Lentamente, en el transcurso de las horas, llegó a la conclusión de que la cosa no podía seguir pendiente por tiempo indefinido. O el muchacho se iba a vivir con ellos como hijo de Chris, o ella lo llevaría otra vez a Corea junto a su madre, si conseguía la aquiescencia de su marido. Tranquilizada ya por esta decisión, al atardecer llegó a la «Escuela Waite» para muchachos. No había anunciado su llegada a propósito. Quería ver a Christopher sin la excitación producida en él por la espera. Deseaba encontrarlo donde el muchacho estuviese, jugando o cenando. Se detuvo ante la puerta del edificio principal, una estructura colonial de madera pintada de blanco con postigos verdes y llamó. Un muchacho mayor que Christopher le abrió.

—¿Está el doctor Bartlett? —preguntó Laura.

—Creo que aún está en su despacho, pero lo más probable es que dentro de poco salga para su casa.

—¿Puedes llamarlo, por favor? Dile que Mrs. Christopher Winters desea verlo.

Llevaba unos momentos esperando en el vestíbulo cuando vio avanzar hacia ella al doctor Bartlett, cuyas largas y rápidas zancadas correspondían a la sorpresa que resultaba evidente en su rostro.

—¡Mrs. Winters! —exclamó—. ¿Ocurre algo malo?

—No, sólo que se me ocurrió pasarme por aquí a ver cómo está Christopher.

—Muy bien; está muy bien —dijo el hombre—. Pase. Mandaré a por él.

—¿No puedo ir yo en su busca? Me gustaría cogerlo desprevenido.

Localizaron al niño en la biblioteca, que a aquellas horas no tenía más ocupante que él. Allí, en un asiento junto a la ventana, aprovechando los últimos rayos del sol, leía un gran libro.

—Christopher, aquí tienes una sorpresa —anunció el director.

El chico levantó la cabeza. Laura advirtió inmediatamente que estaba mucho más delgado que antes. Pero cuando Christopher se puso de pie, comprobó que también estaba mucho más alto.

—¡Has venido a verme! —exclamó el muchacho sin aliento.

Con gran consternación de Laura, el muchacho vaciló y, apoyando la frente contra su hombro, se echó a llorar. Ella lo estrechó entre sus brazos y dirigió una mirada de reproche al sorprendido doctor Bartlett.

—¿Es que Christopher se siente desgraciado? —preguntó.

Fue el muchacho quien contestó. Miró a Laura y sonrió entre las lágrimas que humedecían su rostro.

—Ahora soy feliz —dijo—. Has venido a verme. Gracias.

—Últimamente parecía contento —explicó el director—. Como es natural, está pasando aún por un estado de depresión. Hay que tener en cuenta que el nuestro es un país extraño para él y que, en cierto modo, incluso usted y Mr. Winters continúan siéndole desconocidos.

No habían puesto al doctor Bartlett en antecedentes acerca de la verdadera identidad del muchacho, y si bien el caso debió de resultar claro a los ojos de un director de escuela perspicaz, no se hicieron preguntas y no fueron necesarias respuestas. ¿Debía Laura contarle la verdad más tarde, cuando se encontraran solos? El doctor Bartlett siguió hablando:

—No debe usted tomar demasiado en serio esas lágrimas, Mrs. Winters. He estado varias veces en Asia, y poco después de la guerra pasé algunos meses en el Japón. Recuerdo que los orientales no consideran una vergüenza que un hombre llore. Se toma más bien como muestra de sensibilidad y de ternura. Y nuestro Christopher posee ambos atributos. Aunque quizás, además, tenga también problemas.

—Ya hablaremos de eso —repuso Laura resueltamente—. Mientras tanto, ¿puede usted conseguirme alojamiento para esta noche?

—Desde luego, ocupará usted nuestro mejor cuarto de invitados. Christopher, ¿no te parece que debes acompañarla al dormitorio del ala Este? Después pueden ustedes bajar a cenar. Dispondré que le suban la maleta, Mrs. Winters. Ahora la dejo con el muchacho. Después de todo, es a él a quien ha venido usted a ver.

El doctor Bartlett los dejó y Laura, al ver que Christopher no se consideraba demasiado crecido para ir cogido de su mano mientras recorrían el pasillo atronado por el ruido que producían multitud de muchachos, se sintió emocionada. Doblaron por otro corredor, a la derecha, y al cabo de un momento Christopher abrió una puerta y detrás de Laura pasó a la habitación, que era bastante espaciosa y muy agradable, adornada con unas cortinas de cretona y unos visillos de organdí blanco. Laura se sentó en una mullida butaca y, extendiendo la mano, atrajo hacia sí a Christopher.

—Ahora déjame que te vea —dijo—. Has crecido, pero estás muy delgado. ¿Comes bien?

El muchacho asintió con una inclinación de cabeza mostrándose repentinamente tímido. Laura vio con sorpresa que sus ojos volvían a estar llenos de lágrimas. Permaneció callada, haciéndose cargo de la tensión interna, de la inseguridad que en el chiquillo mantenía las lágrimas tan cerca de la superficie.

«Pero esto no debe seguir», pensó.

—¿Cuándo vendrá mi padre? —preguntó el muchacho.

—Ya vendrá —replicó Laura, con firmeza—. Puedes estar seguro de que para Navidad estará aquí. ¿Sabes lo que es la Navidad?

Christopher dijo que sí con la cabeza.

—Pues tu padre vendrá entonces —repitió Laura—. Ahora dime...

De pronto se le ocurrió una idea. Soltó la mano del chico y le indicó un asiento cercano.

—¿Sabes esquiar?

—Sé lo que es —contestó él sentándose—. Pero no sé hacerlo.

—Entonces tienes que aprender. Tu padre es un magnífico esquiador. Es su deporte favorito. En Navidad, cuando vengamos, habrá nieve y nos gustará ir a esquiar a las montañas de por aquí. Todos los chicos del colegio saben esquiar, estoy segura. Y tú lo harás estupendamente, como tu padre. ¿Te gustará?

Él asintió otra vez con los ojos cada vez más brillantes. Laura se sintió reconfortada.

Prosiguió:

—Dejaré dicho que te dé clase un buen profesor de esquí y encargaremos los esquíes y el resto del equipo.

—¿Tú también esquías?

—Sí, aunque no tan bien como tu padre.

Continuaron charlando y al cabo de una hora sonó el gongo que anunciaba la cena y los dos se dirigieron al comedor. Una vez allí, Laura, al ver al niño sentado en otro sitio, charlando con los demás y comiendo animadamente, decidió no revelar el secreto que Chris deseaba mantener oculto. La lealtad hacia su marido estaba antes que nada.

Aquella noche acompañó a Christopher a una representación escolar, una comedia acerca de la vida del colegio en la que los actores eran los alumnos. Al volver, se separó de Christopher en la puerta. Recordando lo a menudo que durante la velada había visto reír al muchacho, le dio las buenas noches con facilidad, sintiéndose tranquila.

—Desayunaremos juntos —dijo—. Después tendré que volver junto a tu padre.

La animación se desvaneció del rostro de Christopher.

—Buenas noches, mamá.

Hizo una pequeña inclinación y se alejó. Laura le vio marcharse por el pasillo. Cuando desapareció de su vista, se metió en su cuarto y cerró la puerta.

—Es muy sencillo. Me he sentido obligada a visitar a Christopher para averiguar si es lo suficientemente feliz como para que mi conciencia pueda descansar, al menos

de momento, ya que aún no hemos resuelto nada definitivo. ¡Y tú lo sabes, Chris!

El día anterior Laura había llegado a casa tarde, cerca de medianoche. Chris la esperaba en la sala, rodeado de periódicos. Ahora, a punto de acostarse, recién bañada y con su salto de cama de seda rosa, se hallaba sentada junto a su marido en una de las hamacas de la terraza de arriba. En la mano tenía un refresco que Chris le había llevado.

—Si empiezas a marcharte por ahí sin advertirme, no sé qué voy a hacer —dijo él, preocupado—. Podrías haber sufrido un accidente de coche y yo no hubiera tenido ni la más remota idea de dónde localizarte. Probablemente, no dejaste dicho adónde te dirigías ni siquiera en el laboratorio. No, estoy seguro de que no lo hiciste, porque el doctor Wilton llamó esta mañana para hablar contigo. Si llega a llamar anoche, antes de que tú me telefonaras, me hubiera asustado muchísimo. En estos días se producen montones de accidentes. No tienes derecho a angustiarme, Laura.

—Ya sé que debí haberte dicho adonde iba, pero tenía que obrar por mi cuenta. Necesitaba ver al muchacho.

—¿Por qué?

—No podía olvidarlo.

—¿Acaso puedes ahora?

—No del todo... No hasta que sepa de una vez qué vamos a hacer con él.

Chris exhaló un profundo suspiro.

—¡Si al menos no se pareciese tanto a mí!

—Pero se parece. Y tarde o temprano tendremos que enfrentarnos con la verdad. Así debe ser y así será.

—Más adelante, cuando alcance mi meta...

—Más adelante será peor. ¿El gobernador? ¡Un escándalo! ¿Presidente? ¡El escándalo del siglo! Desengáñate, Chris, no puedes conservar el pastel y al mismo tiempo comértelo. No puedes tener a ese muchacho alejado de ti para siempre. Llegará un momento en que te verás obligado a decidir si la fama te importa más que tu hijo.

«Y si es así —pensó Laura, en silenciosa agonía—, entonces será menos hombre de lo que creía. No puede creer sinceramente lo que dice acerca de los valores humanos, y al mismo tiempo, vivir mintiendo.»

Chris se irritó.

—Ésta no es la alternativa —replicó—. Claro que deseo un hijo. Siempre lo he deseado.

No captó la crispación en el rostro de su mujer y siguió hablando sin darse cuenta de la pasión que ponía en sus palabras.

—En circunstancias normales, si yo fuese un hombre corriente, aceptaría a mi hijo y declarararía ante todo el mundo mi paternidad. ¿Fama? La fama no me importa

ni poco ni mucho. En la actualidad cualquier imbécil puede conseguirla. Basta con quitarse la ropa y ya la tienes.

Se volvió y miró a Laura, que vio aumentar la ira de su marido.

—¿Es posible que tú, mi mujer, no me comprendas?

—Deseas el poder, Chris —dijo Laura suavemente—. Lo deseas, y cuando lo consigas lo utilizarás bien, seguramente mejor que nadie. Y también disfrutarás de esa sensación de poder. Nada de eso es malo. Sólo que...

—¡Laura! —exclamó él con viva impaciencia—. ¿Es que tengo que explicártelo a ti, precisamente a ti? Quiero ser gobernador del Estado porque deseo ser un buen gobernador para el pueblo, no para beneficiarme yo, sino para corregir los males existentes. Si es posible, y deseo que lo sea, un día seré presidente de los Estados Unidos, y no por la fama, sino porque también en la nación veo fallos que creo poder subsanar. Lo digo con humildad, y necesitaré la ayuda de muchas personas, empezando por la tuya, Laura...

La voz de Chris se había tornado otra vez áspera. A Laura se le hizo difícil soportarlo.

Después de un breve silencio, Chris prosiguió con intensa emoción:

—Creo en mí mismo. Sé que mis motivaciones son buenas. Quiero dejar una huella de grandeza en mi tiempo y lo haré. Porque he encontrado algunos remedios y soluciones prácticas. Ahora, lo repito, ¿debo renunciar a todo esto, a mí mismo, a cuanto está en mi mano hacer por el país, porque cometí un error en Corea?

Se sentó de lado en la hamaca buscando con la mirada, a la luz de la luna, los ojos de Laura. Pero ella tenía el rostro escondido entre las manos y temblaba mientras aquella voz magnífica seguía hablando sólo para ella.

—En aquel tiempo era soldado y estaba seguro de que iba a morir. Esto hace que uno olvide sus raíces y deje de identificarse con ellas. La miseria me rodeaba. Me sentía separado de ti por una vida, por un mundo. Necesitaba desesperadamente que alguien me diera un poco de calor humano. En esto no era distinto de mis compañeros, pero intentaba permanecer alejado de las mujerzuelas que se movían a nuestro alrededor. De no haber conocido a Soonya, hubiera continuado solo. Ella también estaba sola. Y aunque la conocí en un baile, no era una prostituta. Según me has dicho, sigue sin serlo, a pesar del negocio que dirige. Tú misma has podido advertir sus cualidades. Lo que sentí por ella no tuvo nada de deshonesto. Fue algo juvenil, inconsistente, irresponsable, pero no deshonesto. No era nada, absolutamente nada, comparado con mis sentimientos hacia ti.

Laura asintió en silencio. De aquello había estado segura desde el principio, y en todo instante lo encontró consolador. Pero aún no podía mirar a Chris porque el torbellino de su corazón la abrumaba.

—Bueno, así nació el niño —prosiguió Chris—. Era lo último que yo deseaba.

Me sentí asustado y culpable. Admito que hubo un momento en que me satisfizo la maravillosa sensación de haber engendrado un hijo. Sin embargo, nunca consideré que fuese de verdad mío. Ni se me ocurrió traerlo aquí. Nació en Corea, pertenecía a Corea. Y más tarde me dije, tal vez para mitigar mi sensación de culpa, que era conveniente que Soonya tuviera alguien de quien cuidar, puesto que yo iba a dejarla para regresar a casa.

Durante un minuto, ninguno de los dos habló. Después Chris dijo suavizando la voz:

—Todo esto es muy desagradable para que otra mujer lo comprenda, Laura. Por eso no me atreví a decírtelo cuando volví a casa. Y te amaba tanto, eras tan hermosa, tan inteligente y tan adorable, que la muchacha coreana y el niño se desvanecieron. A Soonya no le había prometido nada. Estábamos en paz: lo pasado, pasado. Cuando pensaba en el niño, cosa que ocurría pocas veces, lo consideraba de ella, no mío. ¿Cómo iba a saber que ella lo consideraba sólo mío y que, según la ley coreana, yo era responsable de él? Pero nuestro pueblo no admitiría nada de esto en un hombre que aspira a ser gobernador... y algún día presidente de los Estados Unidos. La gente es dura. Sé hasta dónde puede llegar su crueldad y su injusticia. ¿Debo renunciar a vivir una existencia útil exponiéndome a esa crueldad y a esa injusticia? No estoy dispuesto a hacerlo. No quiero arruinar mi existencia, porque eso significaría arruinarla también para la comunidad. ¿Vanidad? No, dedicación.

Laura lo escuchaba atentamente. Pero se daba cuenta de que Chris no hablaba sólo para ella. Estaba exponiendo su caso ante un tribunal invisible: el pueblo, la nación, el mundo, o quizá, simplemente, la vida.

Laura comprendió, pero no dijo nada porque nada podía decir. Se levantó, fue hacia él y, arrodillándose a su lado, apoyó la cabeza en su pecho. Bajo la mejilla notó los fuertes y rápidos latidos del corazón de Chris.

Los meses transcurrieron en un caleidoscopio de brillantes días y noches, de horas de cansancio tan exhaustivo que Laura a veces creía encontrarse en una tierra desconocida, entre personas extrañas cuyo idioma no conocía. Tenía el rostro rígido de tanto sonreír y la mano magullada de estrechar los centenares de manos que se extendían hacia ella, mientras su cuerpo esbelto se tornaba cada vez más frágil a causa de la pérdida de peso producida por la fatiga. Era una vida que nada tenía que ver con la Vida. Chris y ella eran actores, acróbatas, comediantes. Laura debía cambiarse constantemente de ropa porque las fotografías dejaban anticuado un traje en una noche, en una hora. Chris no acusaba el cansancio. Estaba excitado, sostenido por la exaltación, por una especie de sentido misional. Mientras se esforzaba en

convencer al pueblo de que él estaba predestinado a ser su líder y su gobernador, se convencía también a sí mismo, más plenamente aún, de que ningún otro hombre podía servir a la comunidad tan bien como él.

Los tiempos eran críticos. Tensiones entre diversos países, guerra en el sudeste asiático y una pugna entre las naciones más poderosas creaban una viva preocupación allí, en los Estados Unidos. Laura pensó que la tensión era el fuego que consumía a las naciones. Una llamarada en cualquier remoto lugar enviaba chispas flamígeras a todas partes, y aquellas chispas producían nuevos incendios y conflagraciones en los puntos más alejados.

—Chris —suspiró una noche Laura—. Los tiempos son malos. Me gustaría que hubiésemos nacido en otra época.

—¡Tonterías! —rechazó él con voz firme—. Ésta es la época más apasionante que ha existido nunca.

—Las posibilidades, desde luego, son enormes —concedió Laura—, pero muy condicionadas: *si* la gente hace esto, *si* la gente hace aquello...

—No pienso dejar las decisiones en manos del pueblo. Intento guiarle, paso a paso, hasta donde quiero que llegue.

—¿Dónde?

—Hemos tenido ya todos los grupos disociadores que necesitábamos: sindicatos, hermandades, grupos nacionales, grupos raciales..., cada cual por su lado. Las gentes se olvidan de ser norteamericanas. ¡Al cuerno con la nación, mientras nosotros logremos beneficios! Fíjate...

Levantó un dedo con un gesto doctoral y dirigió a Laura una animada sonrisa.

—Cuando me encuentre en el sillón de gobernador, verás en acción a un dictador benevolente.

—A Berman no le gustaría que dijeras eso en público —repuso sonriendo Laura.

—Hay momentos en que conviene hablar y otros en los que resulta mejor callarse. No voy a ser tan estúpido como para hablar antes de tiempo. Mantendré los principios del patriotismo ahora y haré las definiciones después, cuando haya ganado la batalla.

Al acercarse los últimos días, lo que más temían eran las murmuraciones que pudieran circular por lugares donde ellos no pudieran combatirlas. De algún lugar de su fabulosa memoria, Laura extrajo el recuerdo de una historia que su padre le había contado sobre el presidente Harding, de quien sus enemigos habían hecho circular la especie de que tenía sangre negra. De aquello hacía dos generaciones, y, sin embargo, el prejuicio contra la mezcla de sangres continuaba tan violento como siempre. Era cierto que Harding había sido elegido, pero con una sombra sobre él, fuese o no cierto el rumor. Y Grover Cleveland, después de reconocer a un hijo ilegítimo también fue elegido. Pero las murmuraciones sobre Chris, si existían, serían doblemente

explosivas, porque se referían simultáneamente a los dos prejuicios. Laura, sobre ascuas, no volvió a visitar a Kim Christopher, y únicamente le envió postales sin firmar por miedo a que algún periodista suspicaz estableciese alguna conexión entre ellos.

Los días otoñales les acercaban a noviembre. Comenzaron a producirse las primeras heladas. Los árboles se volvieron rojos y amarillos y en seguida fueron perdiendo sus hojas a impulso de los gélidos vientos. Laura descubrió que en Chris se estaba produciendo un cambio alarmante. Se pasaba los días enteros con Joe Berman. Al fin, ella expuso sus temores.

—Chris, ¿pasa algo malo?

—No —replicó él escuetamente—. Se trata de la maquinaria. Había decidido ignorarla y más tarde combatirla. Pero ahora me encuentro con que, si quiero ser elegido, tengo que *utilizarla*. Y cuanto más avanzamos, más fea se pone la cosa.

—¿Qué dice Berman?

—Lo que viene diciendo desde el principio: que hay que otorgar puestos de favor y ceder contratos a los hombres que han ayudado. La gente hace ya cola para la gran cena final, en la que el cubierto costará un mínimo de mil dólares. Y los que están dispuestos a dar más ya tienen extendidas las manos para conseguir los lugares preferentes. No sé por qué, creí que no me sería necesario capitular, pero me equivocaba. Y estoy demasiado furioso para abandonar. Mientras tanto, ya sabes el examen a que estoy siendo sometido: mi religión, mi moral, mis escapadas del colegio, mis asuntos comerciales, el coste de la campaña electoral... Todo lo ponen bajo el microscopio y lo analizan con la suspicaz mirada de los enemigos políticos. Nuestro país sólo se porta decentemente durante las guerras a gran escala. ¿Quieres provocar una para mí, Laura?

Chris se echó a reír con tristeza y después de una breve pausa prosiguió:

—En esta elección he gastado más de un millón de dólares y no podrán descubrir ni un solo centavo que no haya salido de mi bolsillo. ¡Y ahora arman un escándalo porque dicen que es antidemocrático que los electores gasten su propio dinero porque eso hace que únicamente tengan acceso al Gobierno los ricos! Todo porque mi honorable rival es de clase pobre mientras yo soy más afortunado. Bueno, haré lo que deba hacer hasta que pase la elección. ¡Ya faltan pocas semanas!

Llevaban mucho tiempo sin hablar de Kim Christopher, y tampoco lo mencionaron entonces.

El doctor Bartlett, en su despacho, repasaba los cuadernos de calificaciones que tenía que enviar a los padres de los alumnos la semana siguiente. Conocía bien a cada

uno de los ciento cincuenta muchachos de la escuela y estaba pendiente de sus progresos. De pronto oyó una voz que pedía permiso para entrar.

—Adelante —dijo.

Se abrió la puerta y apareció Kim Christopher. Se acercaba el fin de la jornada y el director había pensado marcharse pronto de la oficina, porque era el cumpleaños de su esposa y aún tenía que entregarle su regalo. No obstante, sus alumnos tenían siempre primacía, y sobre todo aquel muchacho.

—Siéntate, Christopher.

El muchacho se sentó cuidadosamente en el borde de la silla que estaba al otro lado del escritorio.

—¿Le molesto, señor? —preguntó.

Su inglés había mejorado tanto y tan de prisa que en el siguiente semestre lo más probable es que fuese casi perfecto. El doctor Bartlett comenzaba a creer que aquel muchacho espigado que crecía con tanta rapidez sería uno de sus discípulos más aventajados.

—No me molestas en absoluto, Christopher —repuso afectuosamente el profesor mientras ordenaba las calificaciones que había examinado—. Acabo de ver tus notas. ¡Excelentes! Estoy muy satisfecho. La Historia y el inglés aún flojean un poquito, pero las matemáticas compensan esa deficiencia.

—Me gustan mucho las matemáticas. He venido para saber si el próximo semestre podré estudiar alguna asignatura científica.

El doctor Bartlett frunció el entrecejo.

—Por lo general, eso lo dejamos para el segundo año.

—Me gusta mucho la ciencia.

—¿Qué ciencia?

—La física.

El doctor Bartlett se retrepó en su sillón y miró fijamente al chiquillo.

—¿Qué edad tienes?

—Doce años, señor.

—¿Has cumplido años desde tu llegada al colegio?

—Sí, señor, la semana pasada.

—¿No se lo dijiste a nadie?

—No, señor.

—Pues has hecho mal. Nos gusta estar enterados de los cumpleaños para que Mrs. Bartlett haga un pastel. Prométeme que la próxima vez me lo dirás. O, mejor, anotaré ahora mismo la fecha.

—Veintiséis de octubre.

Ninguno de los dos habló de la familia del muchacho, pero los dos se dieron cuenta de ello. Kim Christopher guardó silencio, remiso a marcharse, aunque tampoco decidido a quedarse.

—¿Algo más, Christopher? —preguntó, amable, el doctor Bartlett.

—¿Puedo preguntarle otra cosa, señor?

—Lo que quieras, muchacho.

—Es sobre mí mismo.

—¿Qué te ocurre?

Kim Christopher vaciló un momento. Después susurró:

—¿Puede decirme quién soy yo, por favor?

El director lo miró sorprendido.

—Eres uno de mis alumnos.

Christopher insistió:

—Para mí mismo, ¿quién soy?

El doctor Bartlett se frotó la barbilla. ¿Qué podía contestar?

—Eso me lo tienes que decir tú a mí, Christopher.

—No lo sé, señor. Creo que soy el hijo de mi padre, que se llama Winters, como usted sabe. Pero no estoy seguro. Quizá sólo sea hijo de mi madre, que se llama Kim.

—¿Dónde está tu madre, Christopher?

El doctor Bartlett comprendía que pisaba un terreno espinoso y que quizá le estuviese vedado, pero los problemas de sus alumnos eran siempre lo primero para él.

—Está en Corea, señor. Es coreana.

—Háblame de ella.

Kim Christopher se sonrojó.

—Sé muy pocas cosas. Sólo sé que es mi madre y que es muy bella. También tengo una abuela coreana, muy vieja y no muy buena conmigo. Me reñía mucho por comer demasiado y por otras cosas. Pero mi madre no es como ella. Es muy paciente, aunque a veces...

El niño movió la cabeza y se calló. El doctor Bartlett lo acució suavemente:

—¿A veces, qué?

Christopher apartó la mirada.

—A veces me parece que me odia.

—Eso no puede ser —rechazó el doctor Bartlett dándose cuenta de que había tocado una profunda herida.

—Me odia —repitió Christopher—. Creo que es porque soy norteamericano como mi padre. En Corea soy norteamericano. Pero aquí no estoy seguro. Parece que aquí soy coreano. Allí me llamaban «Ojos redondos». Aquí me llaman «Ojos oblicuos».

—¿Quién te llama eso? —preguntó el doctor Bartlett pensando que tenía que evitar aquello a toda costa.

—Algunos chicos. Pero esto no tiene importancia. Lo que me importa verdaderamente es saber lo que soy.

El director sintió que el corazón le latía apresuradamente. ¡Cuántas veces acudían los niños a él para confiarle un pesar o un temor! No era fácil para un chiquillo enfrentarse con su vida de adulto sintiendo una desesperación o un desconcierto. Pero el problema que le planteaba aquel muchacho tenía un cariz especial. ¿Cómo hacerle comprender a Christopher lo que era? Las ideas del profesor se confundían y le costaba ponerse en el caso de su alumno.

—Como te interesa la ciencia, Christopher, voy a explicarte tu situación en términos científicos, o al menos en términos biológicos. Quiero contarte algo acerca de ciertas valiosas e interesantes criaturas de las Ciencias Naturales. Son las nuevas especies, los eslabones que unen los distintos reinos. Cuando se encuentran en un medio ambiente vegetal... ¿Sabes lo que quiere decir medio ambiente?

—Sí, señor... Lo he visto en el diccionario.

—Bien. Pues en un medio ambiente vegetal funcionan como vegetales, mientras que en un medio ambiente animal se convierten en animales. Tengo entendido que Mrs. Winters es una experta en tales criaturas. ¿Has hablado con ella de tus aficiones científicas? ¿No? Bueno, es igual. Lo cierto es que esas criaturas son un eslabón que enlaza los reinos vegetal y animal. En lo que respecta a los distintos medios ambientes, tomemos como ejemplo a la libélula. ¿Sabes qué es una libélula?

—En Corea hay muchas, señor.

—Aquí también. Pues mira, las libélulas comienzan su vida en el agua. Supongo que piensas, si es que pueden pensar, que son criaturas acuáticas. Pero un día sienten la necesidad de subir a la superficie. Allí cambian de piel y, de pronto, se encuentran con que tienen alas. Hasta entonces ni siquiera han conocido la existencia de las alas, pero en cuanto se encuentran con ellas alzan el vuelo y ya no vuelven nunca a su ambiente inicial acuático. Lo que pretendo que entiendas es que en toda la Naturaleza existen esos valiosos eslabones entre los reinos, entre las especies y ahora entre las razas. Y digo que son valiosos porque logran la unidad de la Creación. Las divisiones no son nunca permanentes.

—¿Habla usted de mí, señor?

—Sí. Algún día habrá tantos hombres como tú en todos los lugares del mundo que nadie te considerará anormal. Es un proceso natural y no se detiene. Tú eres importante. Eres esencial. No te puedo explicar por qué naciste siendo una de esas personas eslabón, porque no conozco tu historia. Pero algún día tú mismo lo comprenderás. Mientras tanto, recuerda que eres valioso y que tu nacimiento obedece al eterno propósito de la Naturaleza: primero diversificar y luego unificar

convirtiendo la vida en un manantial continuo.

Aquellas eran unas palabras que el muchacho no podía entender. Sin embargo, el doctor Bartlett prefirió no aclarárselas. Que el joven cerebro analizara y superase su propio desconcierto. Kim Christopher lo miraba, con ojos pensativos. De pronto el director se dio cuenta de que eran unos ojos muy bellos. Se puso de pie.

—Tengo que irme a casa, Christopher. Hoy es el cumpleaños de mi esposa y quiero cenar con ella.

Kim Christopher se levantó y haciendo una profunda inclinación salió del despacho.

Aquella noche, mientras cenaban, después que el doctor Bartlett hubo entregado a su mujer, como regalo, un bello broche antiguo, contó la historia de Kim Christopher. Mrs. Bartlett, que ya se había puesto el broche, escuchó atentamente desde su extremo de la mesa.

A veces, su marido olvidaba su cumpleaños, en cuyo caso ella no hacía mención del hecho, puesto que la máxima devoción del hombre estaba dedicada a la atmósfera en que vivía, y, en realidad, un cumpleaños no tenía importancia. Sin embargo, resultaba agradable que se acordase y así se sentía feliz aquella noche. Por consiguiente, prestó un interés mayor del habitual al relato de su marido.

—No hay duda acerca de la identidad del muchacho —dijo Mrs. Bartlett, con su acostumbrada seguridad—. Chris Winters es su padre, y la cosa debió de ocurrir durante la guerra de Corea; eso es todo. Lo que no entiendo es por qué el chiquillo está aquí, en América, en unos momentos como los presentes. En cuanto al motivo de que nos lo hayan confiado está bien claro... Ha llegado en unas circunstancias muy embarazosas. Un candidato a gobernador del Estado no puede sacar a relucir un hijo medio oriental, ¿verdad?

El doctor Bartlett la miró y, pensando en voz alta, dijo:

—¿Y cuándo podrá un hombre así presentar al mundo un hijo como ése?

—Éste es el problema —convino su esposa—. Ninguna circunstancia será buena. Si Winters resulta elegido... ¿cómo va un gobernador a presentar, de repente, un hijo de doce años? Si pierde... No sé, no creo que pierda. Está produciendo un gran impacto en todo el país. Es un orador muy brillante y los periódicos de todo el país reproducen sus discursos.

El tono del doctor Bartlett era grave:

—¿Qué será de ese muchacho?

—Es difícil decirlo —repuso Mrs. Bartlett—. Lo indudable es que no puede pasarse toda la vida escondido.

Kim Christopher, en su cuarto, reflexionaba sobre su situación separando los aspectos favorables de los desfavorables. Podía comer todo lo que quería, le gustaba la escuela, tenía amigos, llevaba buenas ropas, le agradaban los deportes, sus profesores eran buenos con él y adoraba al director, tanto, que querría que fuese su padre. Habría sido una enorme suerte que al llegar a aquel extraño país hubiese encontrado un padre como el doctor Bartlett. Según estaban las cosas, sus impresiones acerca de su verdadero padre eran un poco confusas. Se sentía atraído por aquel hombre alto y aún bastante joven. Sin embargo, notaba que él no lo quería. ¿Le gustaría volver a Corea con su madre? No, porque ella también lo relegaba a un segundo término. Sus recuerdos de la infancia estaban constituidos por los súbitos arrebatos afectivos de su madre y por sus igualmente repentinas e inexplicables actitudes de odio e incluso de crueldad. Por lo menos, en Norteamérica nadie le pegaba ni lo maldecía. Si no era amado, tampoco se sentía exactamente odiado. Y respecto a la esposa de su padre, a la que le gustaba llamar mamá, pero que nunca le llamaba hijo, no sabía qué lugar ocupaba en su vida. Se portaba bien con él pero tampoco parecía ser del todo suya. Y aún más, ¿qué parte desempeñaba él en la existencia de los Winters, si ni siquiera sabía donde vivían y no podía comunicarse con ellos más que por carta? Y ahora ni cartas le llegaban. Vivía en una especie de crepúsculo. La comparación se le ocurrió mientras contemplaba una puesta de sol tras las distantes montañas.

Al ponerse aquel mismo sol tras Rittenhouse Square, Laura se hallaba agradablemente acomodada frente a la chimenea, con un libro entre las manos. Era uno de los raros momentos en que las presiones de la campaña electoral cedían lo suficiente para que pudiera disfrutar unos momentos de sus placeres privados. Abrió el tomo por la página 218 donde había dejado el punto. Su constante preocupación por Kim Christopher la había llevado, en busca de algún alivio, ya que no de una solución, a consultar unas obras de antropología. La que ahora estaba leyendo era *El más peligroso mito del hombre. El sofisma de la raza*. Su autor, Ashley Montagu, decía:

«A este respecto se ha dicho que de una mezcla no se puede sacar más de lo que en ella se ha metido inicialmente, lo que constituye una de esas fáciles

generalizaciones que son admitidas con excesiva rapidez por los que carecen de sentido crítico. Cuando combinamos oxígeno con hidrógeno, obtenemos agua... Cuando combinamos cobre con estaño, obtenemos una aleación, el bronce, que es mucho más fuerte y posee cualidades superiores a las de los elementos simples que la componen. Esto es, indudablemente, sacar de una mezcla más de lo que se ha puesto en ella. Cuando dos variedades puras de plantas o animales se unen para producir vástagos, éstos muestran muy a menudo características y cualidades más deseables que los elementos de donde provienen. Es evidente que las variedades que el hombre presenta en sus distintas formas étnicas tienden a sugerir que en la mezcla de los elementos se ha producido algo más de lo que originalmente se puso en la asociación.»

Laura dejó el libro, dándose cuenta repentinamente de algo que debió haber comprendido hacía meses. Aunque aquel muchacho, un híbrido, fuese el primero que ella había visto, resultaba indudable que la historia estaba llena de ellos, producidos al extenderse los hombres más allá de sus fronteras y conocer a mujeres de otros pueblos. Por primera vez y con un sentimiento de vergüenza, Laura comenzó a pensar en Christopher en términos de sus propios potenciales. Hasta entonces el muchacho había sido una especie de prolongación de Chris, un ser que debía ser encajado de uno u otro modo en sus vidas, en la de ella y en la de su marido. Pero... ¿y si Chris, sin darse cuenta, hubiera dado vida a un ser humano importante por sí mismo?

La idea asumió tales proporciones en su mente que Laura se sintió dominada por una gran sensación de culpabilidad. ¿Y si aquel muchacho fuese realmente un tesoro? ¿Y si tuviera una misión que cumplir en el futuro, cuando ella y Chris fueran viejos e inútiles? En este caso, ¿qué estaban haciendo a fin de preparar para ese futuro a la criatura a quien su marido había dado un padre norteamericano y una madre oriental? Laura comprendió que Kim Christopher podía llegar a ser más importante que el propio Chris, aunque este último se convirtiera en presidente de los Estados Unidos y esto se aplicaba tanto a los términos biológicos como a los humanos. Su mente científica, que tan innecesaria en una mujer le parecía durante las giras en que acompañaba a Chris de ciudad en ciudad, se puso en acción y comenzó a considerar a Kim Christopher como un tipo distinto de personalidad, apasionante y abrumadora a la vez. Engendrar un hijo constituía siempre una responsabilidad: la de crear un nuevo ser que debía pasar alegrías y pesares. Pero crear a Kim Christopher estaba más allá de lo que Laura había advertido en un principio. El muchacho se encontraba a la entrada de un futuro del que ella y Chris lo ignoraban todo. ¡El muchacho podía pasar toda su juventud en una escuela!

—No, no es posible —dijo en voz alta, aunque estaba sola en la biblioteca—. No

puede ser, Chris, no es suficiente alimentarlo, darle cobijo y poner los medios para que reciba una educación. Hay que hacer algo más por él, mucho más.

Pero... ¿cuándo podría decirle aquello a su marido? En aquellos momentos no, desde luego. El altercado de julio no debía repetirse. Las elecciones estaban sólo a unos cuantos días de distancia, y todo iba bien. La diáfana honradez de Chris y su total dedicación, combinadas con su atractivo y su vibrante voz, encantaban a los que lo oían. Joe Berman respiraba ya más desahogadamente. Hasta aquel momento no había circulado ningún rumor acerca de Kim Christopher.

—Lo conseguiremos —le había dicho unos días antes Joe, mientras esperaban a Chris después de uno de sus impresionantes discursos—. Me sentía morir de miedo al pensar que algún entremetido podía oler... Bueno, ya sabe a qué me refiero, pero creo que estamos seguros. Sin embargo, debe usted tener cuidado. Confío en usted, Mrs. Winters.

—No estoy segura de poder evitar chismorreos. No pondría la mano en el fuego ni siquiera por la gente de nuestras oficinas. Las facturas...

—Usted misma se encarga de pagar el colegio, ¿no?

—Sí, yo me encargo de todos esos detalles, pero en la escuela nadie sabe la verdad, ni se encuentra, por consiguiente, en guardia. Para ellos no tendría nada de extraño que alguien quisiera hablar con un muchacho por el que los Winters mostramos un interés especial.

—Eso no debe ocurrir —dijo Berman.

Ella lo miró. Berman era un político marrullero, del tipo de los que Laura tenía que hacer un esfuerzo para no despreciar, y, sin embargo, era también un hombre, y a ella le constaba, completamente leal a Chris. Una de las habilidades de su marido consistía en ganarse a las gentes, sin distinción de sexo. Laura estaba acostumbrada a oír decir a las mujeres que Chris era el hombre más atractivo que habían visto en su vida, pero era más chocante aún saber que un tipo como Joe Berman, tosco, sin demasiados escrúpulos y casi deshonesto, era capaz de sacrificarse por Chris. En cierto modo, aquello le desagradaba y no pudo contener sus deseos de demostrar aquel desagrado.

—Sin embargo —dijo—, la cosa tiene que salir a la luz algún día. Un secreto no puede permanecer siempre oculto, y menos tratándose de un hombre como Chris. Lo que no sé es cómo él puede soportarlo y despertarse todos los días pensando...

Berman la interrumpió:

—Esa es una de sus cualidades, que si quiere, puede *no* pensar. Desde la mañana sabe lo que tiene que hacer durante el día. Lo demás lo aparta de su mente. Es un don. No se angustia ni poco ni mucho.

Joe estaba en lo cierto, naturalmente. Ella era la angustiada, no Chris. ¿Sería también ella la encargada de resolver el problema de Kim Christopher? Laura deseó

no haber comenzado a pensar en el muchacho de aquella manera. Christopher se hallaba siempre allí, en el fondo de su cerebro. Debía esforzarse en mantener las puertas cerradas para no verlo, como le veía, esperando siempre en el umbral.

En el rincón del cuarto que se reservaba para él, Kim Christopher se dedicaba a una actividad privada. En su vida había habido muy pocas horas de esparcimiento puro y absorbente. En Seúl, formando parte de «la nueva gente», había aprendido que su lugar se encontraba siempre al margen de la multitud. En los juegos, si se acercaba a los jugadores, era rechazado de mala manera. En cambio, en la escuela donde vivía ahora, que él había tomado por un orfanato hasta que descubrió que otros muchachos recibían la visita de sus padres y que durante las vacaciones se iban para volver al iniciarse el curso, Christopher disfrutaba plenamente de las distracciones en que era alentado a tomar parte. Al principio no podía creer que él también podría correr tras un balón, que él también podría tirar y recoger la pelota de béisbol. Era tímido por naturaleza y por la costumbre adquirida durante años y años de sentirse rechazado, pero ya había aprendido a gritar y alborotar. Durante el día hacía vida en común con sus camaradas y era plenamente aceptado por ellos. Por la tarde, en el tiempo libre que había entre los deportes y la cena, prefería trabajar en sus marionetas.

Con la puerta cerrada y hallándose John Barstow, su compañero, en algún otro lugar, con sus amigos, Kim Christopher quitó la tela que tapaba una gran caja, revelando así un pequeño escenario en el que aparecían tres marionetas que él había tallado en madera de cerezo. Una representaba a su madre coreana y las otras dos a su padre y a la esposa de su padre, aquella mujer a la que le gustaría considerar su madre, cosa que, por razones desconocidas, no podía hacer. De una bolsa extrajo una cuarta figura, un muchacho vestido con ropas occidentales. Como los otros, aquel muñeco estaba tallado en madera de cerezo. La madre coreana llevaba indumentaria oriental, mientras las otras dos marionetas lucían trajes occidentales. Christopher abrió el pequeño y afilado cortaplumas que utilizaba como herramienta y se puso a trabajar, perfeccionando la cabeza del muñeco que no estaba acabada todavía.

Al muchacho no le era posible recordar cuándo comenzaron a gustarle las marionetas. En Seúl no había muchos espectáculos de aquella clase porque la gente prefería ir al cine y al teatro, pero él conoció a un viejo que tallaba marionetas y que llevaba cuarenta años o más trabajando con ellas; al menos esto le había dicho un día que él se acercó a verle modelar la figura de una vieja campesina. A las preguntas de Christopher, el anciano contestó en un susurro:

—Sí, llevo en esto cuarenta años o más, aunque ahora a nadie le interesa ver las representaciones, ni siquiera las de esa gran obra tan antigua, *Gogdu. Gagsi Noreum*.

—Yo quiero verla —dijo Kim Christopher.

El viejo se subió las antiparras hasta la frente y le sonrió.

—Podrás verla, porque mañana por la noche, en el templo budista, la representaré, al menos en parte, porque es muy larga y está dividida en muchos actos.

Con el tiempo, Kim Christopher acabó conociendo todos los actos de aquella obra, constituida por seis historias distintas. El muchacho, cuando aún estaba en Corea, comenzó a soñar en crear una obra de marionetas. Por aquel entonces no tenía ni material ni herramientas, así que la cosa continuó siendo únicamente un sueño. Sin embargo, allí, en la escuela, en la clase de arte, le permitían tallar figuras y, aunque no le había explicado a su maestro el argumento de su obra, puesto que apenas había empezado a imaginarlo, aquél le alentó a seguir con sus tallas. El relato que prefería de las seis que componían la vieja representación vista en Seúl, trataba de un hombre humilde y solitario llamado Yeongno, que se burlaba de un noble, un *yangban*. A pesar de que Kim Christopher no sentía deseos de burlarse de nadie, siempre sintió una gran simpatía hacia Yeongno, y se consideró a sí mismo muy semejante a él porque tampoco lograba encontrar su sitio en el mundo.

Aquella noche trabajó con gran cuidado y afán en la figura que lo representaba a él. Aún no sabía cómo terminaría la complicada historia de aquellos cuatro personajes que pertenecían a su propia vida. No veía ningún final y, por tanto, no podía decir qué iba a sucederle a aquel pequeño muñeco en el que trabajaba con tanto ahínco. De repente sonó el timbre que anunciaba la cena, se abrió la puerta y entró su compañero de cuarto. Sin que ninguno de los dos dijese nada, John se acercó por detrás a Christopher.

Después de un momento de silencio, exclamó:

—Eso está muy bien. Se parece a ti.

—Soy yo —replicó distraídamente Kim Christopher.

—¿Y quién son esos tres?

—Mi padre y mi madre.

—¿Y ésa?

—Tengo dos madres.

—No puedes tener dos madres. Nadie las tiene.

Kim Christopher no supo qué contestar.

—¿O sí? —insistió John.

—En Corea, sí —dijo Kim Christopher.

Cerró el cortaplumas y envolvió la figura del muchacho en un pañuelo, la guardó y tapó el pequeño escenario. Le gustaba hacer aquellas marionetas, aunque no podía explicar su significado. La historia le preocupaba. ¿Cómo terminaría, si no parecía haber un final posible?

—Cada cosa a su tiempo —dijo Chris.

Laura y él se encontraban en su dormitorio. Laura estaba muy bella, vestida con un traje de noche blanco. El blanco le sentaba muy bien y Chris la contemplaba con orgullo por el espejo mientras se hacía el lazo de la corbata. Laura era esbelta y su pelo rojo-dorado flameaba. Se conducía con delicada arrogancia, haciendo gala de un atractivo que encantaba a Chris, aunque no ignoraba que además de aquella mujer brillante y bulliciosa había otra grave y tranquila, de gustos simples y cerebro profundamente analítico.

Las palabras de Chris habían sido en respuesta a la pregunta de Laura:

—¿No piensas nunca en el pequeño Christopher?

La verdad era, como había observado Berman, que a Chris no le gustaba pensar, o que al menos no le agradaba pensar como Laura. Así como ella no podía evitar preocuparse, él rechazaba los problemas, confiando en la intuición. Durante todo el día olvidaba cuanto no tenía que ver con el programa previsto, y luego, por la noche, antes de dormirse, se enfrentaba con los asuntos que debía resolver el día siguiente. Para encontrarles una solución vaciaba su cerebro, esperaba un impulso que le pareciera adecuado y lo escogía. Sin embargo, nunca se permitió sentir ningún impulso respecto a Christopher, por miedo a que cristalizara en una decisión prematura.

—Cada cosa a su tiempo —repitió.

El lazo había quedado a su gusto, porque detestaba los lazos confeccionados y extendió la mano hacia la chaqueta de su smoking.

Laura insistió:

—¿Cuándo considerarás oportuno decidir el porvenir del chiquillo?

Sabía que no debía preguntar aquello, que su marido no estaba aún preparado para responder. Pero su nuevo concepto de lo que el muchacho podía llegar a ser y la necesidad de explicárselo a Chris, la inducían a abordar el tema. Por esto, mientras se preparaban para la gran cena, la de mil dólares el cubierto, formuló la pregunta.

—No lo sé —replicó Chris—. Esos *cuandos* no pueden decidirse así como así. Cuando llegue el momento, lo sabré. Entonces, como en un relámpago, intuiré lo que debo hacer.

Laura suspiró. Sí, sería como en un relámpago. Lo único que deseaba era que el relámpago se hubiese producido ya. No obstante, ella no podía acelerar el proceso normal. Sabía como funcionaba el cerebro de su marido y que ninguna de sus decisiones era tan repentina ni impulsiva como parecía. En una y otra ocasión había visto surgir ante Chris importantes asuntos, como aquél del hijo, sin que hiciera más que dirigirles una rápida mirada hasta que de improviso, al parecer sobre la marcha, tomaba una determinación. A Chris le impacientaban los largos y minuciosos

razonamientos de Laura. No era amigo de la lógica convencional. Tenía un genio propio, vivía a tope de tensión, escuchaba a todo el mundo, sondeaba todos los criterios, acumulaba información y dejaba que las soluciones se presentaran por sí mismas. Y acostumbraba a acertar tan a menudo que Laura confiaba en él. ¡Ojalá ahora consiguiera hacer lo mismo!

Estaba segura de que aquella noche presenciaría una nueva muestra de la intuición de su esposo. Dudaba de que Chris tuviera una idea clara de lo que iba a decir ante sus partidarios y amigos; pero cuando se pusiera de pie, cuando se viese frente a ellos, el mismo auditorio le proporcionaría la inspiración. Luego, del pozo de sus ideas y conocimientos, sacaría lo que ellos esperaban, lo que deseaban oírle decir, las palabras justas. Y no diría más que la verdad. Su genio consistía en parecer, no en ser, amigo de todos, aunque a la hora de las conclusiones, éstas fueran las suyas. Estaba convencido de que sería un buen gobernador y de que, algún día, llegaría a ser un gran presidente.

Una hora más tarde, desde su sitio en la presidencia de la mesa, junto a Chris, el homenajado, Laura contemplaba el gran salón de baile, adornado con flores y lleno de gente. A su derecha estaba Henry Allen, que parecía muy cansado.

—¿Cómo irá la elección? —preguntó Laura al banquero.

—La tiene en la mano —repuso el viejo—. Y precisamente a tiempo. Yo no hubiese podido soportar otro día de campaña. Sin embargo, a Chris nada parece fatigarle. Mírelo, está fresco como un muchacho. No pueden con él.

¿Podrían? Una palabra susurrada, una pregunta hecha en un momento inadecuado, en el lugar indebido, y... ¿se salvaría Chris? ¡Si al menos Kim Christopher hubiera sido sacado de las sombras y expuesto a la luz donde la verdad desarticulaba las calumnias! Laura, experimentando una enorme tensión interna, permanecía tranquilamente sentada. Observaba la multitud, escuchaba la música. Berman también estaba sobre ascuas, o eso le parecía a ella. Se hallaba junto a Chris, serio y silencioso, aunque nerviosamente alerta. Aquella noche, si algún enemigo se ponía de pie y hablaba, la estructura tan cuidadosamente construida por tantas personas durante tantas semanas podía venirse abajo. De suceder tal cosa, los millones de dólares habrían sido gastados en vano. Laura, siempre propensa a imaginar desastres, casi podía ver a Chris espiritualmente derrumbado. Si aquello ocurriera...

—Esta noche está usted muy pensativa, Laura —dijo Henry Allen.

—Sí —admitió ella—. Una ocasión como ésta la hace a una pensar aunque no quiera. ¡Es mucha responsabilidad!

—Chris puede soportarla. Alguien ha dicho que el genio es la capacidad infinita de hacer uso de todos y de todo. Nuestro hombre tiene ese don. Y no pretendo que sea voluntario. Simplemente, atrae la vida hacia sí, se nutre de ella y luego reparte ese

alimento con los demás. Se trata de una especie de fotosíntesis espiritual.

—Me asusta pensar lo que ocurrirá si no gana.

Inmediatamente, Laura comprendió que sus palabras no eran del todo ciertas. Si Chris volvía a ser un ciudadano corriente, Kim Christopher podría entrar en su hogar. Pero... ¿cómo podría Chris ser un hombre corriente, si nunca lo había sido?

—Conseguiré la victoria —afirmó Henry Allen con energía—. No creo que usted lo dude.

—Siempre puede suceder algo.

Laura deseaba confiarle sus temores al banquero.

—Nada que él no pueda superar. El pueblo le respalda masivamente. Su campaña ha sido magnífica. No hay ni un solo condado que no haya visitado su marido al menos tres veces. Ha tratado plenamente todos los temas y no ha eludido nada. La gente confía en él porque sabe cuáles son sus propósitos. Es el único hombre capacitado para oponerse al actual gobernador.

Hizo una pausa y luego siguió:

—¿Sabe una cosa? Viéndole desenvolverse, me doy cuenta de que Chris posee la técnica de un artista creador. Se trata de algo más que de una técnica. Además, es un gran progresista. No se encuentra sometido a la tradición clásica. Un artista comienza su cuadro o un autor su libro sin tener ni idea de lo que va a pintar o escribir. La inspiración emana del material que posee y se produce una obra de creación. Así trabaja Chris con la gente y con las ideas. Están con él, las ve, las comprende, las utiliza... y en cierto modo, crea un orden donde antes no lo había.

Fueron interrumpidos por Berman, que había dejado su asiento para acercarse a susurrar algo al oído de Henry Allen.

—¡Ha llegado el momento de presentar al candidato, Mr. Allen! Tiene usted diez minutos.

Henry Allen se puso de pie.

—No tardaré tanto.

—Tómese tiempo, tómese tiempo —musitó Berman—. Debe producirse un gran clímax. Es lo que el público espera.

En el amplio salón de baile, los comensales movían sus sillas y los camareros se apresuraban a retirar los platos de las mesas. La luz de veinticuatro arañas iluminaba los múltiples colores de los vestidos femeninos y hacía relucir las joyas, cuyos reflejos se proyectaban en el blanco y negro de los smokings de los hombres. La banda, que había estado interpretando piezas suaves, al dirigirse Henry Allen hacia la tribuna, atacó una marcha y de pronto dejó de tocar. En el silencio, la clara voz del banquero llegó hasta los últimos rincones de la sala.

—Esta noche tengo el privilegio de contarles la historia de un hombre, de un hombre nacido en nuestra comunidad, perteneciente a una familia famosa en todo

Filadelfia, un hombre educado en las tradiciones de nuestro pueblo.

A medida que Henry Allen iba hablando, Laura se daba cuenta de que su discurso era magistral. Había empezado con voz pausada y fría, eminentemente razonable y pausada. Pero en seguida introdujo en sus palabras una sutil fogosidad, una penetrante carga emocional basada en la lógica y en los hechos. Mencionó incidentes de la infancia de Chris, de su juventud, de su carrera en Harvard, de su brillante actuación como abogado en Filadelfia... De conducta impecable, de altos ideales, brillante, buen amigo y buen compañero... La personalidad de Chris fue tomando una fuerte y definitiva forma: se trataba de un hombre capacitado e idealista que podía convertir en realidad todos los sueños.

Al fin, Henry Allen concluyó:

—Y ya no me queda más que presentarles a ese hombre excepcional: Christopher Winters. Nos ha servido bien en nuestra ciudad, y ahora se brinda a servirnos en más altas esferas.

El banquero se hizo a un lado y Chris se adelantó, confiado y afable, modesto y orgulloso. Una enorme ovación hizo vibrar el cristal de las arañas y resonó en las paredes de la inmensa sala. Chris esperó mostrando su famosa sonrisa y luego, con voz firme y melodiosa, empezó:

—Amigos míos...

Laura, que lo escuchaba con el corazón encogido, adivinó que aquél iba a ser su mejor discurso.

Ya muy avanzada la noche, Chris, Laura y un puñado de personas se hallaban en la oficina de Chris, siguiendo los resultados de la votación, que les eran comunicados desde la central de la campaña. Al amanecer era ya evidente que Winters sería el vencedor. De un total de cinco millones y medio de votos, había ganado por setenta y cinco mil.

—¡Felicidades, gobernador! —gritó la enronquecida voz de Berman.

—¡Felicidades...! ¡Felicidades...!

Los presentes se congregaron alrededor del político, que sonreía, un poco aturdido. Laura advirtió que se encontraba exhausto, pero dichoso. El hombre estrechaba las manos que se le tendían, las manos de aquéllos que habían trabajado para él, el equipo de su oficina, sus colaboradores durante la campaña electoral. Laura permaneció aparte, esperando, permitiéndoles a todos que obtuvieran su recompensa. Después se acercó a su marido y le besó en la mejilla.

—Serás un gran gobernador —dijo.

Cuando, finalmente, Laura pudo tenderse en su cama, la luna estaba oculta por las nubes, o se había puesto ya, o quizá no hubiera luna. La mujer tenía la sensación de que hacía muchísimo tiempo que no tenía un momento para contemplar la luna cuya luz siempre la había ayudado a concentrarse en sus meditaciones. Acostada en aquel mismo lecho, antes o después del amor, o durante las pausas en que Chris se encontraba demasiado absorto en sus asuntos para pensar en el amor, Laura había mirado muy a menudo la luna a través de la ventana. Aquella noche, después de la excitación de la victoria, Chris había claudicado repentinamente ante el agotamiento. Nadie lo hubiera supuesto. Incluso Laura, por una vez, se dejó engañar por la cordialidad de las maneras del hombre, por su alegría, adecuadamente combinada con una amable sencillez, al recibir los parabienes. Al confirmarse su victoria, los periodistas se apresuraron a entrevistarle, pero Chris se libró de ellos diciéndoles, sonriente y con un tono de disculpa:

—Mañana, amigos... No, aún no he reaccionado. No sé lo que siento. Tendré que averiguarlo.

Después, acompañado de su mujer, se dirigió a su casa. Una vez en su habitación, se derrumbó. Laura casi tuvo que sostenerle para que no se cayera.

—¡No, no! —protestó él—. No pasa nada. Todo va bien. Es que estoy molido.

Subieron a los dormitorios. Mientras él se duchaba, Laura le preparó el pijama y la bata. Más tarde le ayudó a meterse en la cama. Cuando acabó de abrir las ventanas, Chris se había dormido ya. La mujer salió del cuarto y cerró la puerta de comunicación entre ambos dormitorios para que ningún ruido molestase a su marido. Ella no tenía sueño. La carrera estaba ganada. ¿Qué harían con la victoria? Laura se bañó sin prisas, se cepilló el cabello y se acostó. Inmóvil en la total oscuridad, recordó lo que Henry Allen había dicho acerca de que Chris era un artista, y que trabajaba como lo hacían los artistas, con su material y, al mismo tiempo, dejando que aquel material tomara su propia forma.

Laura tendría que esperar, dejar las cosas como estaban... Sí, si era preciso, esperaría hasta después de Navidad. Cuando Chris visitara a Kim Christopher, cuando los tres se encontrasen juntos, su marido, basándose en aquella nueva experiencia, en aquel nuevo material, sabría lo que ella debía hacer, lo que debían hacer, porque la vida de ella era la del propio Chris. Esta idea le produjo una sensación de paz que la ayudó a dormirse en unos momentos.

—Se ha aclimatado muy bien —dijo el doctor Bartlett.

Se hallaban en la sala de recibo de la escuela, esperando a Christopher. Las vacaciones de Navidad habían comenzado el día anterior. La mayor parte de los muchachos se habían marchado ya, y el edificio estaba en silencio. Fuera, la nieve caía mansamente, en unos grandes copos blancos que contrastaban con el gris invernal.

—Probablemente, estará tallando sus marionetas —explicó el director.

—¿Marionetas? —preguntó Laura.

—Se da mucha maña —afirmó el doctor Bartlett—. Me gustaría que mostrase la misma diligencia en todas las materias, pero no debemos ser exigentes. En pocos meses ha aprendido muchísimo.

—¿Lo quieren sus compañeros? —preguntó Chris.

—Los que le son simpáticos, lo quieren. Los otros lo respetan. El muchacho se porta bien. Por cierto, su inglés es excelente. Tiene facilidad para los idiomas. Y posee una voz espléndida. El profesor de música le ha puesto en el coro. A Christopher eso le ha gustado.

—¿Qué tal se le dan los deportes?

—Los violentos, como el rugby, no le gustan. Yo diría que se dedicará al tenis. Tampoco es mal jugador de béisbol. Carece de instinto de competición, y eso es una desventaja, puesto que utilizamos los deportes precisamente para desarrollar ese instinto, tan esencial en nuestra sociedad. Le gusta hacer las cosas bien, pero no le importa perder o ganar.

En este punto fueron interrumpidos por la aparición de Kim Christopher.

Laura había dicho poco antes, camino del colegio:

—Llamémosle Christopher, sin el Kim. ¿No crees que debemos hacerlo?

—Como te parezca —había contestado Chris.

Durante el transcurso de las últimas horas habían hablado poco y apenas habían tocado el tema del muchacho. Parecían haber acordado que era mejor ver en qué se había convertido Christopher.

En seguida se dieron cuenta del cambio experimentado por el niño. Era completamente distinto a cuando lo dejaron en el colegio. Incluso Laura, que lo había visto hacía menos tiempo, lo advirtió. El chiquillo llegó a la puerta y se quedó quieto un instante en el umbral. Laura y Chris notaron que había crecido mucho. Llevaba una camisa azul oscuro y pantalones largos, lo que le hacía parecer de más edad y más alto, aunque para Laura y Chris fue evidente que lo que en realidad le hacía parecer mayor era una especie de gravedad que no llegaba a ser tristeza. Quizás una

más profunda capacidad de comprensión que no le permitía ya tener la fácil sonrisa ni la luminosa mirada de la infancia.

Ninguno de los tres habló a Christopher. El doctor Bartlett se abstuvo intencionadamente de hacerlo, porque deseaba que el chiquillo abordase a su manera a las dos personas a quienes pertenecía y que, en cierto modo, le pertenecían a él, una relación que el director creía entender, pero que seguía pareciéndole intrigante. El muchacho decía «mi padre», pero con menos soltura que al principio de su estancia en la escuela. Tampoco escribía a Winters con la frecuencia inicial. Al consultar al encargado de los dormitorios, el doctor Bartlett averiguó que su alumno llevaba varias semanas sin mandar carta alguna, y que recibía postales. Nada de aquello había sido explicado aún.

Laura también callaba. Durante el largo viaje había decidido que Chris debía abordar el primero a Christopher. Padre e hijo tenían que resolver el problema de su relación. Ella se limitaría a ser un silencioso testigo. Por eso permanecía inmóvil en su silla, con los guantes en la mano y la chaqueta de visión sobre las rodillas, esperando, sin dirigir a Christopher más que una sonrisa.

Christopher la contempló con inseguridad, correspondió a la sonrisa y fijó su grave mirada en el rostro de su padre. Llevaba esperándolo todo el día, porque nadie estaba enterado de cuando iban a llegar. No había salido de su habitación más que para comer. Sin embargo, no permaneció inactivo. Se entretuvo tallando su nueva marioneta, un niño de rostro redondo y facciones coreanas. La madera, lo mismo que la de las otras figuras, era dura, y, como se trataba de su última pieza, Christopher le había dado forma lenta y cuidadosamente. Una vez se le escapó la navaja y se cortó el pulgar. Se vendó la herida él mismo con un trozo de tela blanca.

Chris miró al director y a Laura, como si esperase que hablaran. Al ver que seguían callados dijo, con franca cordialidad:

—¡Hola, Christopher! ¡Pasa, muchacho!

Extendió el brazo y el chiquillo penetró en la estancia. Padre e hijo se estrecharon las manos, Chris retuvo un instante la de su hijo entre las suyas.

—Has crecido —dijo.

—Como carne todos los días —repuso Christopher.

Retiró la mano suavemente, se sentó en una silla y guardó silencio. Sin embargo, no creó una sensación de incomodidad, pues su mutismo era un acto de respeto hacia los adultos. Christopher recordaba que Soonya le había aconsejado que no hablase nunca antes que su padre. También le había dicho que debía permanecer callado hasta que él le preguntase, en cuyo caso debía contestar claramente y con el menor número de palabras posible.

—Eso es bueno —comentó Chris—. Durante el crecimiento, los muchachos tienen que comer carne a diario, ¿verdad, doctor Bartlett?

—Esta es nuestra opinión —afirmó sonriendo el director.

Y dirigiéndose a su alumno, dijo amable y sinceramente, no por condescendencia hacia el niño:

—Acabo de explicarles a tu padre y a Mrs. Winters que has demostrado poseer un notable talento para tallar figuritas de madera. Quizá te gustase llevarles a tu cuarto y enseñarles tus obras.

El pálido rostro de Christopher enrojeció.

—No valgo tanto como quisiera —dijo—. Me da vergüenza enseñar mis marionetas. Nunca me había dedicado a ese trabajo.

—Estamos deseando verlas —intervino Laura—. Después quizás el doctor Bartlett te permita cenar con nosotros en el restaurante.

Miró al director del colegio y agregó:

—Lo traeremos pronto.

—Pueden ustedes llevarse a Christopher —dijo el director.

Se levantó, aliviado.

—Les dejo, Mrs. Winters. Nos gusta que los muchachos se acuesten a las diez, pero como estamos en vacaciones, no es preciso ser demasiado estrictos.

—Lo traeremos antes de las diez —aseguró Chris—. Me siento algo cansado.

—Su campaña ha sido excelente. Le felicito por su victoria.

Chris sonrió.

—Me parece que los problemas no han hecho más que empezar. Tengo muchas cosas pendientes de arreglo y gran cantidad de promesas que cumplir.

—Estoy seguro de que lo solucionará todo —dijo cortésmente Bartlett al salir de la estancia.

Chris se puso de pie.

—¡Hala, muchacho! Vamos a ver tus obras. Llévanos a tu habitación.

El matrimonio Winters siguió al chiquillo. Laura observó que Christopher caminaba con una gracia peculiar, oriental. Recordaba que los coreanos le habían producido la impresión de que andaban con un paso muy elástico, moviendo los pies con una gran precisión. El muchacho tenía la cabeza pequeña, armónica, y el pelo liso, sin remolinos. La forma del cuerpo era norteamericana, occidental, fuerte, de esqueleto firme, huesos bien articulados y manos grandes. Laura pudo ver aquellas manos en acción unos minutos más tarde, en la habitación de Christopher, porque el muchacho describió la cortina que tapaba una gran caja convertida en pequeño escenario que había en un rincón. Dentro de la caja aparecía una reproducción en miniatura de una sala de estar familiar, un cuarto confortable muy parecido a la estancia que acababan de abandonar, con un diván, unos sillones y una mesa redonda. En las butacas había sentados un hombre y una mujer; el primero leía un libro y la segunda cosía. Laura advirtió el parecido de las figuras con ella misma y con su

marido.

—¡Christopher! —exclamó—. ¡Son magníficas! Fíjate, Chris, el hombre es idéntico a ti.

Laura cogió la figura. Quizá midiera veinte centímetros de alto, y todos los detalles estaban claros: los ojos muy separados: el liso y auténtico cabello, conseguido pegando pelo por pelo; las ropas, hechas con precisión y minuciosidad.

—¡Buen trabajo! —dijo Chris.

Experimentaba una sensación extraña, no demasiado cómoda, al reconocerse en aquella marioneta.

El niño, en silencio, aceptó el elogio sin sonreír. Cuando lo hubieron visto todo, haciendo comentarios sobre los distintos detalles, Christopher corrió el pequeño telón.

—Así que aquí es donde vives y duermes, ¿eh? —comentó Laura, observando el cuarto.

—Una mitad es mía; la otra es de John —explicó Christopher.

—Las dos mitades son muy distintas —repuso ella—. Adivino las diferencias que hay entre vosotros.

Dos aspectos de una misma habitación, y, sin embargo, podía señalarse sin temor a errar, cuál era la de Christopher. En un lado del dormitorio había dibujos y fotografías, no de chicas, sino de aviones a reacción y artefactos nucleares. En el otro, las paredes estaban desnudas. Sólo aparecía en ellas un dibujo no muy grande de una montaña que se elevaba sobre las nubes.

—¿La tuya? —preguntó Laura.

Christopher asintió con la cabeza.

—Tenemos un artista —dijo ella volviéndose hacia Chris.

—Al principio, casi todos los chicos parecen artistas —replicó él—. Yo dibujaba barcos. A mi madre la entusiasmaban.

En la atmósfera se captó una nota de frialdad. Laura se apresuró a disiparla.

—Vamos a cenar —dijo—. Tengo hambre.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Laura mientras se vestía, la mañana siguiente, en la habitación del hotel.

—Excesivamente callado —contestó Chris.

Ella se volvió con indignación hacia su marido.

—¡Claro que es callado! No sabe aún lo que va a ser de él.

Chris, en pijama, se tendió en una de las camas gemelas.

—¿Lo sabemos nosotros?

Laura le corrigió:

—¿Lo sabes tú? Quien ha de saberlo eres tú, no yo. Resuelvas lo que resuelvas, yo te seguiré, pero lo que no voy a hacer es decidir por ti,

—¿Qué harías en mi caso?

—No puedo ponerme en tu caso —replicó Laura tan rápidamente que su marido se echó a reír.

—Me lo tengo ganado, por decir lo que no debo. No creas que el muchacho no me preocupa, Laura. Sé que es mi hijo. Pero las dificultades siguen en pie. Quizá cuando yo haya demostrado que soy un gran gobernador pueda introducirlo gradualmente en nuestras vidas. A fin de cuentas, los prejuicios van perdiendo fuerza. Existe una gran cantidad de muchachos medio norteamericanos, y la gente comienza a admitirlo. Sin embargo, en estos instantes, no habiendo estabilizado aún mi situación política, sería un suicidio que presentase en público a Christopher. El sentido de la oportunidad lo es todo. Dame tiempo.

—El muchacho crece muy de prisa, Chris. Piensa y siente. Su alma se cristaliza. Pronto será ya demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir con eso de que pronto será demasiado tarde?

—Si esperamos mucho, tal vez no logremos acercarnos a él. Nos rechazará porque sabrá que lo rechazamos.

—¡Vamos, Laura! Esas palabras son viejas y están gastadas. Los siquiátras les han sacado ya todo el jugo hace mucho tiempo. El chico debe comprender que se encuentra en unas circunstancias especiales, o al menos poco frecuentes, y que tiene que aceptarlas. Durante su vida se verá obligado a explicar una y otra vez quién es, incluso a sí mismo. Ha nacido, existe, es distinto. Cuanto antes acepte esta realidad, mejor para él. Aunque ahora mismo se viniera a casa con nosotros, jamás sería el hijo que podríamos haber tenido tú y yo.

—De acuerdo, pero si lo aceptamos nosotros, lograremos que se acepte él.

—Por lo visto, a pesar de insistir en que no eres tú quien tiene que tomar una decisión, has decidido ya lo que debe hacerse.

Ella hizo marcha atrás.

—No, sólo trato de colocarme en lugar de Christopher. Por otra parte, es posible que para él resulte todo más fácil si no tiene que explicarse nuestra posición. En este caso tal vez esté mejor solo.

—No está solo.

—Sí, en lo esencial, lo está.

—Si vamos a mirar así las cosas, básicamente lo estamos todos.

—Pero no a su edad, ni en un país desconocido.

—Lo que intentas decir es que sería preferible que lo mandásemos otra vez a Corea. ¿No es eso?

Ella negó con la cabeza.

—No podemos devolverlo a Corea. Aunque físicamente le enviáramos allí, Christopher no sería el mismo de antes. Parte de él está ya en los Estados Unidos. Sabe que eres su padre. En Corea sería un extraño. Siempre lo fue, porque los coreanos no le querían, pero ahora él lo sabe. Antes, no. La cuerda ha sido cortada, Chris. El chiquillo se encuentra en medio del océano deseando llegar a la orilla.

Chris se levantó de la cama.

—¿No te parece que será mejor que nos dediquemos a disfrutar del esquí?

No resultó difícil. El día era luminoso y frío, el aire estaba en calma y la nieve era perfecta. Desayunaron y fueron a buscar a Christopher, que los esperaba ya preparado junto a la entrada del edificio principal, con los esquíes en la mano. Su actitud era de cauta animación; la de un niño que había sufrido desilusiones y que, aun en medio de lo bueno estaba dispuesto a aceptar lo malo. Laura le encontró muy atractivo. Sus ojos eran de un oscuro azul-violeta, y su tersa piel olivácea contrastaba con el rojo del anorak que vestía. Sin duda, más adelante tendría problemas con las mujeres. Las circunstancias de su nacimiento, ¿llegarían a separarle de la muchacha a quien pudiera amar? Laura se dijo que era tonto preocuparse por lo que pudiera ocurrir dentro de tantos años.

—¿Te gusta el esquí, pequeño? —preguntó Chris.

Laura tuvo la sensación de que su marido había estado a punto de pronunciar la palabra «hijo». Pero Chris utilizó otra menos significativa. ¿Sería circunstancialmente, o para siempre?

—Me gusta —repuso Christopher—. Aunque no es lo que más me gusta.

—¿Y qué es lo que más te gusta? —quiso saber Laura.

Se encontraban ya junto al coche colocando los esquíes en la baca. Luego montaron. El matrimonio, delante; Christopher, en el asiento posterior.

—¿Qué es lo que más te gusta? —repitió Laura.

El niño meditó cuidadosamente la respuesta. Laura no pensó que contestara con rapidez. En él había una profunda cautela, una falta de fe en la vida.

—Lo que más me gusta es cantar —dijo al fin.

—Hazlo para nosotros —le pidió Laura—. Nunca te hemos oído. Ni siquiera sabíamos que supieses cantar.

Christopher dejó pasar unos segundos, y luego, sin comentarios, levantó la cabeza y entonó una canción coreana. Laura y Chris lo escucharon cambiando miradas. Aquella no era una manera de cantar ordinaria, sino un sonido puro como el de un caramillo. Una voz de adolescente, como de soprano, pero no aguda. Tenía fuerza. Laura quiso gritar: «Chris, ¿vas a permitir que este muchacho se desperdicie?», pero se contuvo y cuando Christopher acabó, se limitó a decir:

—Gracias.

Y como Chris guardara silencio iba a pedirle que siguiera cantando... Pero en aquel momento habló Chris:

—Oigamos ahora una canción norteamericana.

Sin vacilación Christopher se puso otra vez a cantar:

Oh, hermosa por tus amplios cielos...^[3]

Mientras escuchaba, Chris conducía con la mirada fija en la carretera y en las montañas, cubiertas de nieve. Cuando la canción terminó, el hombre, tras unos instantes de silencio, dijo:

—Esa canción es una de mis favoritas, Christopher. Me alegro de que la sepas.

Durante los siguientes quince kilómetros no hubo más conversación. Cuando llegaron a las pistas de esquí, no tuvieron tiempo más que para ponerse los esquíes, sentarse en el telesilla y ascender sobre las blancas laderas hasta ser depositados en lo alto de la montaña.

—Tú esquiarás entre nosotros, muchacho —dijo Chris—. Laura saldrá primero. Yo bajaré detrás para recoger los pedazos, si es necesario.

Repasó a fondo las correas y el equipo del chiquillo, evidentemente preocupado por él. Cómo no conocía hasta qué punto sabía esquiar, le dio toda una serie de consejos.

—¿Estás seguro de que sabes girar? Mira a Laura... Sí, llámala Laura, te doy permiso, y, si quieres, puedes llamarme Chris. Somos amigos, ¿no? ¡Adelante!

Comenzaron el descenso. Laura no se atrevió a volver la cabeza hasta que llegaron al pie de la primera rampa pronunciada. Entonces, reduciendo velocidad, miró hacia atrás. Christopher estaba haciendo un slalom, cauta y resueltamente, con perfecto estilo. Más arriba, Chris adquiría velocidad. Los tres se reunieron al pie de la montaña. Tenían las mejillas enrojecidas por el frío y los ojos brillantes. Chris había olvidado sus problemas. Puso una mano en un hombro de Christopher.

—¡Serás un esquiador magnífico muchacho! —gritó.

—Gracias, papá —dijo Christopher.

Sus miradas se encontraron. Chris parecía divertido y turbado a la vez. Christopher estaba serio.

—Muy bien —dijo Chris.

Era imposible no dejarse ganar por la Navidad. Laura y Chris no habían comprado nada para ellos ni para Christopher. Hasta aquel momento, la Navidad fue una fiesta irreal a la sombra de importantísimos asuntos y resoluciones. Ahora todo aquello se desvanecía en el resplandor del sol sobre la nieve de un día radiante tras otro. En cambio, la Navidad cobraba cuerpo.

—El chico necesita unos esquíes mejores —dijo una mañana Chris mientras se vestían—. Estas fiestas le regalaré unos y le enseñaré a cuidarlos.

—Y yo le compraré un anorak nuevo —decidió Laura—. El que lleva es uno viejo que le ha prestado un compañero. Le está bien, pero no es suyo. Además necesita unas buenas herramientas para tallar. El otro día, en esa tienda especializada de la esquina, vi un estuche espléndido hecho en Dinamarca.

Cuando comenzaron a prepararse para la Navidad, la animación no dejó de aumentar ni un solo instante, una animación tan vieja como la tradición misma. Tiempos atrás, Chris se había mostrado cínico, diciendo que las ciudades y los negociantes habían convertido la fiesta en un auténtico circo. Allí, sin embargo, en la sencillez de los pequeños grupos de casas rústicas y de las tiendas de una aldea de montaña, no había ninguna nota falsa. Los abetos eran cortados por padres e hijos y decorados por la familia. Para asombro de Laura, el día de Nochebuena por la mañana Chris anunció que Christopher y él irían a la pequeña montaña de detrás de la escuela para elegir un árbol adecuado. Luego los tres lo decorarían. Laura debía encargarse de buscar los adornos. Mientras el padre y el hijo estaban fuera, ella fue a comprar embellecedores. Como no le gustaban los árboles sobrecargados, fue parca en sus adquisiciones, volvió a casa y esperó.

«Mis dos hombres», como les llamaba mentalmente, volvieron al cabo de una hora. Chris colocó el árbol en una base hecha por él, y Laura comenzó a colgar los adornos. Christopher no había visto nunca un árbol de Navidad. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, contemplando los movimientos de Laura, y de pronto cogió el papel dorado que había servido para envolver los ornamentos y comenzó a hacer con él mariposas y pájaros.

—Son preciosos —dijo Laura—. Los pondremos también en el árbol.

Chris, que se había puesto un cómodo batín, observaba a su hijo y a su mujer y permanecía pensativo. Su cerebro jugaba con las distintas posibilidades. ¡Posibilidades, no sólo imposibilidades! Laura advertía aquello en los ojos de Chris, lo notaba en su sonrisa. Se dijo que quizás entonces por primera vez se atisbaba la posibilidad de una solución para su problema. Cuando volvieran a Filadelfia acaso Chris estuviera dispuesto a dejar que las cosas siguieran su curso natural.

Estaban en Navidad, y si bien Chris había asegurado siempre que carecía de sentimentalismo, era evidente que se permitía disfrutar de las fiestas en una aldea que parecía la materialización de una postal navideña. Luces pascuales iluminaban los abetos colocados frente a las casas. La Nochebuena era ambientada más aún por la nieve que caía mansamente al tiempo que Christopher y Laura adornaban el árbol colocado en un rincón de la sala de estar de la suite del pequeño y limpio hotel. Aquélla era la primera Navidad del muchacho y Chris no perdía de vista a Christopher mientras Laura le contaba lo que significaban aquellos días.

—Se celebra el aniversario del nacimiento de un hombre muy grande y muy bueno, tanto que se llamaba a sí mismo, y era llamado por otras personas, Hijo de Dios.

Christopher escuchaba atentamente, sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, cerca del árbol iluminado ya por guirnaldas de luces.

—¿Qué es Dios? —preguntó.

—¿No te lo han explicado en la escuela? —preguntó Laura.

—He oído su nombre.

—El nombre es lo único que conocemos —dijo Laura—. Nadie ha visto su rostro. Sólo podemos hablar de Él y creer que existe porque hay unos mundos y debieron ser creados por alguien. Pero el que se llamaba a sí mismo su hijo nació en la Tierra...

Le contó la vieja historia, y el niño la escuchó con un interés cada vez mayor.

—Y así ocurrió que el Hijo no tuvo ni siquiera dónde reposar la cabeza —acabó suavemente Laura.

Christopher suspiró, cruzó los brazos y comenzó a moverse oscilando hacia delante y hacia atrás.

—A veces yo tampoco tenía ningún sitio donde reposar la cabeza. Cuando mi abuela se enfadaba conmigo me escapaba. Y por la noche dormía en la calle.

La mirada de Laura buscó los ojos de Chris en una elocuente interrogación. ¿Podemos exponerlo otra vez a eso?

El atardecer había dado paso a la noche. Los tres envolvieron sus obsequios y los fueron colocando, por turno, al pie del árbol. Todo aquello resultaba nuevo y excitante para Christopher. Su rostro había perdido la habitual expresión de tristeza. Le brillaban los ojos, aquellos ojos que parecían negros y eran azules. Olvidó su aire de dignidad y rió e hizo una inacabable serie de preguntas.

—¿Es así? ¿Es así?

Estaba envolviendo una pequeña caja.

—No, es así —repuso Chris—. Ahora tienes que poner una tarjeta con el nombre de la persona a quien está dedicado el regalo.

—Es para ti —gritó Christopher riendo—. ¡Es sólo para ti! Te gustará mucho. ¿Te lo enseño ahora?

—No, no, hasta mañana por la mañana, no. Entonces abriremos los paquetes. Será muy divertido.

Aquellas palabras produjeron en Christopher un repentino impulso. Chris notó que los brazos de su hijo se cerraban en torno a su cintura y bajó la mirada al desconocido rostro del niño, rebosante ahora de sentimientos.

—¡Te quiero demasiado, papá!

—No puede ser demasiado —corrigió él pasando el brazo sobre los firmes hombros de Christopher.

Luego se soltó con suavidad. Podía ser demasiado. Si decidía dejar al muchacho allí sería, indudablemente, demasiado.

—Ya es hora de que nos acostemos —dijo—. ¡Santo cielo, si es casi medianoche!

Sin embargo, fue a la mañana siguiente cuando Chris comprendió que realmente sería demasiado. Tomaron el desayuno que les sirvieron y, al concluir, abrieron los paquetes y admiraron los regalos. Entre los suyos, Chris encontró una caja tallada, pequeña pero exquisita, construida por Christopher.

—La hice para mí —admitió el muchacho con franqueza—, para guardar sellos, pero quiero dártela.

—Precisamente necesitaba una caja como ésta para los botones de los cuellos de mis camisas —dijo Chris.

Christopher estaba ya dominado por la alegría que le producían sus nuevos esquíes.

—¿Para mí? —preguntó—. ¿Sólo para mí?

Cuando le aseguraron que así era, no pudo resistir la tentación de ponerse las botas y sujetarse a ellas los esquíes. Las campanas de la iglesia sonaron anunciando el servicio de la mañana. Los Winters aún no habían abierto todos los regalos, pero tuvieron que apresurarse, porque Christopher cantaba en el coro. Salieron del hotel muy abrigados para protegerse del viento cortante de la mañana, que les llenaba los rostros de nieve. Anduvieron unas cuantas travesías por la calle, ahora llena de gente que seguía su mismo camino, y entraron en la iglesia. Entonces Christopher los dejó para dirigirse rápidamente a la sacristía, donde, como otros muchachos de la aldea y de la escuela, se puso una túnica blanca. En seguida fue a ocupar su puesto en el coro. Desde allí escrutó la masa de feligreses hasta encontrar a los dos a quienes en cierto modo pertenecía, aunque no acababa de saber de qué forma. Pasó el rato y llegó el momento, inmediatamente después del sermón, en que debía cantar su solo. Entonces se puso de pie, avanzó unos pasos y, con las manos enlazadas a la espalda, comenzó a cantar como nunca lo había hecho antes.

—«¿Quién es ese niño...?»

Su voz ascendió hasta el techo abovedado, y Laura, cogida de la mano de Chris, tuvo que soltarse para abrir su bolso y sacar el pañuelo. Chris volvió la cabeza para mirarla y vio que tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—Chris... —susurró ella—. ¿Quién, quién es *este* niño?

Él no contestó.

—¿Quieres hablar con Henry Allen? —preguntó Laura.

El día de Navidad había pasado y se encontraban de nuevo en casa, pero ella se daba cuenta de que Chris estaba muy lejos, errando por algún lugar que sólo existía en su imaginación. En los cuatro días transcurridos desde su regreso no habían hablado más que de temas cotidianos. Chris tuvo mucho trabajo en su oficina tomando las disposiciones necesarias para trasladarse a los edificios del Capitolio. En cuanto a Laura, también preparaba la mudanza. Aquella casa, que era su auténtico hogar y que siempre lo sería, iba a quedar exactamente tal como estaba. Greta se encargaría de su cuidado. Durante los fines de semana y las vacaciones volverían allí, pero, a partir de la semana siguiente, los días laborables los pasarían en otro sitio. Todos los años ofrecían una gran fiesta de Nochevieja a sus amigos, y para ello únicamente faltaban dos fechas.

Chris no contestó a la pregunta de su esposa. Estaban solos, una circunstancia rara y preciosa que a partir de entonces se daría muy pocas veces. En la chimenea de la sala de estar del piso alto ardían unos troncos. Laura ocupaba su butaca de terciopelo rojo. Chris estaba frente a ella, con su batín corto azul. Al no recibir respuesta, Laura siguió trabajando en la vieja labor de punto que comenzara años atrás y que ahora había reanudado sin intención ni esperanza de terminarla, sólo por dar algo que hacer a sus manos, ya que teniendo a Chris al lado no le era posible leer.

Al cabo de un rato, Laura volvió a romper el silencio:

—Sé que estás preocupado por algo, y me parece adivinar que se trata de Christopher. ¿Me equivoco?

—No.

—Entonces, si no quieres hablar conmigo porque crees que me inclino en favor del muchacho, cosa que comprendo..., ¿por qué no consultas con Henry Allen?

—Porque prefiero tomar yo mis propias decisiones.

Laura se dedicó a su trabajo con calma. ¿En qué pensaba su marido? Se sentía alejada de él, relegada, arrinconada. Así, aquellos estúpidos y extraños celos volvieron a suscitarse en el fondo de su espíritu. ¿Estaba Chris con Soonya? ¿Se encontraban Soonya, Christopher y él unidos en sus pensamientos? Exhaló un suspiro y dejó a un lado la labor.

—Será preferible que me acueste. Estoy cansada.

—¿Te encuentras mal?

—No. Quizá debiera volver a mi trabajo de investigación.

—Para ti, eso es una válvula de escape.

—Tal vez. Todos necesitamos una válvula de escape, ¿no te parece, Chris?

La voz de Laura era intencionadamente fría. Chris la advirtió y cuando ella pasó por su lado le cogió una mano.

—¡No te enfades conmigo, cariño!

—Claro que no me enfado... ¡llevo tanto tiempo a oscuras!

—Tengo que hacer esto a mi manera.

—Todo lo haces a tu manera.

—Eso es lo que siempre has deseado, ¿no?

Laura, sintiéndose tan alejada de su marido, tuvo el impulso de retirar la mano, pero no lo hizo, sino que se sentó en el brazo de la butaca de Chris.

—Generalmente es lo que deseo —admitió—. ¿Acaso no me he esforzado en que te sintieras libre? Pero, no sé por qué, en lo referente a ese niño creo tener derecho a saber qué piensas. En cierto sentido, también es hijo mío. No tiene más madre que a mí. Cuando me lo llevé del lado de Soonya, cosa que no hubiera hecho nunca de haber visto que ella lo quería o que podía llegar a quererle... no, de veras, no hubiera podido hacerlo, asumí la responsabilidad de convertirme en su madre, en una madre postiza, naturalmente; en una mujer que tomaba el lugar de otra, un lugar que en la vida de Christopher nunca había estado de veras ocupado. Por todo esto me parece que debes compartir conmigo tus ideas.

A Chris, mientras la escuchaba, le brillaban los ojos, pero al fin movió negativamente la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Aún no estoy en condiciones de decirte nada. Debo estudiar con detenimiento lo que una resolución, en un sentido u otro, puede representar para mí. No sé lo que haré, pero estoy seguro de que poco a poco, paso a paso, la decisión llegará. Se trata de mi carrera, de mi vida.

—Henry Allen... —le interrumpió Laura.

—Quien debe decidir no es Henry Allen, sino yo —replicó Chris.

Ella miró aquellos azules ojos y se vio reflejada, muy pequeña, en las oscuras pupilas.

—¿Has pensado que, según la decisión que tomes, puedo llegar a... despreciarte?

—¡Qué le vamos a hacer! —murmuró él con tristeza.

Laura se levantó, le dio un ligero beso en la frente y se fue a su cuarto. Una vez allí, tras unos segundos de vacilación, se acercó a la puerta que comunicaba los dos dormitorios que, como de costumbre, estaba abierta, la cerró y echó el cerrojo. Dudó nuevamente. Al fin descorrió el cerrojo.

Dos noches más tarde, la casa rebosaba de animación, bullicio y risas. La alegre música de una orquesta de baile invadía las salas abiertas. Laura había decidido adornar la casa con combinaciones de flores y los invitados, en distintos corros, admiraban su labor. A ella la encantaban aquellos efectos decorativos, y planearlos

con ayuda de una florista mantuvo ocupado su cerebro mientras esperaba no sabía qué. No habían recibido carta de Christopher... O de Kim Christopher, como Laura volvía a llamarlo mentalmente, preparándose para el caso de que Chris decidiera...

—¿Qué tal, Laura? —saludó Mrs. Allen.

Laura se volvió para recibir a los Allen. La mujer vestía, como de costumbre, un traje de tafetán negro, y el banquero llevaba el smoking que se había hecho en Londres años atrás y que formaba unas arrugas concéntricas sobre su ya prominente estómago.

—Está usted bellísima con ese vestido blanco, querida —dijo Mrs. Allen, estrechando la mano de Laura—. Todo está aún más bello que de costumbre. El año que viene echaré de menos esta fiesta.

—¡Pero si la daremos! —exclamó Laura impetuosamente—. Seguiremos dándola todos los años.

El matrimonio, sonriendo, siguió su camino. Laura dedicó su atención a otros invitados, otras parejas, que ya comenzaban a llenar las tres grandes habitaciones. En el comedor, los camareros se preparaban para empezar a servir en las bien abastecidas mesas. En el salón ya había gente bailando y en la biblioteca ella y Chris... ¿Dónde estaba Chris? Un momento antes se hallaba en el dormitorio, a punto de bajar a reunirse con ella, y ahora no se le veía por ningún sitio. Miró en todas direcciones. No, no estaba. Debía de encontrarse con Berman, en el estudio. Entre dientes, Laura murmuró: «Chris, ¿es que no puedes olvidar tus asuntos ni un momento?» Deseó dar con él en seguida, pero no lo logró. Los invitados llegaban continuamente.

—¿Y Chris?

—No veo a Mr. Winters.

Laura se excusó una y otra vez:

—Estará por aquí. Lo encontraré en seguida.

De pronto, Chris apareció en la puerta que daba al vestíbulo. Su actitud era confiada y enérgica. Tenía las mejillas enrojecidas, como si viniese de la calle. Inmediatamente se acercó a su esposa.

—Chris, ¿dónde has estado?

—Más tarde lo sabrás.

No pudieron seguir porque se vieron inmersos en el torbellino de los invitados.

—Una fiesta espléndida. Lo has hecho todo magníficamente —le dijo Chris después, mientras bailaban.

Luego, alguien los separó. Laura veía a su marido de vez en cuando, aquí y allá, bailando, charlando, haciendo de anfitrión con su desenvoltura acostumbrada. Ya estaban allí los invitados. Laura pensaba que serían unos doscientos, casi tantos como invitaciones habían mandado, y no dejaba de consultar el reloj. ¡Faltaban únicamente treinta minutos para el nuevo año! La medianoche del año que se iba era siempre un

momento solemne, pero nunca tan solemne como iba a resultarlo en aquella ocasión. ¿Qué les traería el nuevo año? La vieja pregunta era ineludible. Laura se libró de sus deberes de anfitriona para aislarse unos minutos. Aquel año que estaba a punto de nacer significaría para Chris más que una nueva vida como gobernador. Y para ella también significaría más que seguir siendo su esposa y la primera dama del Estado. Aquel año disiparía las dudas que atenazaban a su marido. Hiciera lo que hiciese, ella le seguiría amando, pero ¿resultaría aquel sometimiento suficiente para los dos? ¿Y si se producía la disminución que tanto miedo le inspiraba? ¿Y si Chris no estaba a la altura en que ella lo había colocado?

«Soy injusta —se dijo—. Lo soy porque, al situarlo a tanta altura, le obligo a actuar de una forma determinada. Y a eso no tengo derecho.»

De pronto, en la puerta que comunicaba con el vestíbulo se produjo una conmoción. La orquesta dejó de tocar. ¡Pero si era demasiado pronto...! Aún no había dado la medianoche, y, por lo general, el baile se animaba cada vez más hasta que sonaban la doce campanadas y se iniciaba el *Vals de las velas*.

—¡Amigos!

Chris se encontraba en el umbral de la puerta del vestíbulo y su voz era perfectamente audible en las tres salas. Laura salió de detrás de un macizo de plantas. Nunca había visto a Chris de aquel modo, ni siquiera cuando pronunció su discurso aceptando el cargo de gobernador.

—Me dirijo a ustedes como a mis amigos, pero también les hablo como a hombres y mujeres que me han apoyado en mi ambición de convertirme en gobernador de nuestro Estado. No puedo ocultarles lo que para mí significa ese puesto. Soy ambicioso y tengo grandes sueños. Continuaré teniéndolos. Quiero ser un buen gobernador. Quiero servir bien a nuestro pueblo y a ustedes. Creo que soy capaz de conseguirlo. Pero esta noche deseo que conozcan una parte de mi vida de la que no tienen la menor idea...

Laura comprendió en el acto lo que su marido estaba a punto de hacer y mientras lo escuchaba conteniendo el aliento, las lágrimas humedecían sus mejillas y el corazón le latía aceleradamente. Chris, con enérgicas palabras, describía la situación de los jóvenes alejados del hogar, perdidos en guerras que no comprendían, librando batallas contra enemigos humanos e inhumanos.

—Ésos son nuestros hombres, nuestros hermanos, nuestros hijos. En estos momentos viven y mueren en siete países de Asia. Son muy jóvenes, dolorosamente jóvenes. Han crecido en hogares como los nuestros, cálidos, confortables, seguros. Actualmente se sienten muy solos. ¿Cómo lo sé? Porque hace muchos años fui uno de ellos en un país llamado Corea.

Hizo una pausa, se mordió los labios y continuó:

—Nuestros jóvenes buscan el alivio que pueden y donde pueden. No los culpo ni

les defiando. Yo fui uno de ellos. Se aferran a la vida con ambas manos porque no saben en qué momento llegará la muerte. Yo fui uno de ellos. Se reúnen en las salas de baile. No disponen de otros lugares. Conocen muchachas. Compran el amor que les sale al paso. Sí, se dan cuenta de que es un amor triste y hasta despreciable, pero no está en sus manos encontrar otra cosa. Viven a la sombra de una terrible amenaza y buscan refugio en los brazos de una muchacha, una extraña, pero una mujer. Yo fui, repito, uno de esos jóvenes, sólo que más afortunado que la mayoría, porque lo que encontré, aunque fuera transitorio, no tuvo nada de vergonzoso. Sin embargo, la historia no acaba en esto. Si fuera así no merecería la pena contarla. De esas breves uniones, que muchas veces terminan el día siguiente con la muerte, hay ocasiones en que surge una vida, la vida de un niño. En esos siete países de Asia donde nuestros hombres viven, luchan y mueren, nacen también muchos niños que normalmente no hubieran nacido. ¿Qué significado tienen? Éste. Son los nuevos seres humanos, los hombres del futuro, venidos al mundo demasiado pronto, antes de que se esté dispuesto a aceptarlos. Nadie los quiere, ningún país, ningún hombre, ninguna mujer. Nacen apátridas. ¿Se enteran sus padres de su existencia? Unas veces, sí; otras, no. Lo que, desde luego, no saben es que en Asia los varones son los únicos responsables de sus hijos. Yo era uno de los que lo ignoraban... hasta que tuve uno de esos hijos. Ahora lo sé.

Se produjo un largo silencio, un silencio que a Laura le pareció interminable. Chris tenía la mirada fija más allá de las cabezas de los invitados y las mandíbulas muy apretadas. En la sala no se oía ni una tos, ni un susurro. De pronto, Chris Winters se volvió y extendió la mano para hacer entrar a Christopher en la sala. Los dos, el hombre y el niño, permanecieron uno junto al otro. El hijo miró al padre y el padre sonrió al hijo. Era imposible no captar el parecido: los mismos ojos, la misma boca, el mismo perfil.

—Christopher —dijo Chris—, estos señores son amigos nuestros. Quiero que los conozcas y que te conozcan porque este es tu hogar y vas a quedarte en él. También quiero que me conozcan a mí y por esto les he hablado de tu existencia.

El muchacho no se movió. Continuó mirando a su padre. Chris hablaba nuevamente a sus invitados, al pueblo, pero ahora alegremente, como sintiendo un repentino alivio.

—Amigos, éste es mi hijo, nuestro hijo, porque mi esposa está a mi lado en todo esto. Ella fue a Seúl a buscar a nuestro pequeño, a nuestro hijo Christopher. El chiquillo tiene una voz espléndida. Quiero que cante para ustedes. ¡Canta, Christopher!

Christopher adelantó un paso y, alzando la cabeza, comenzó a cantar:

Mi país, que es el vuestro...

Laura sollozaba suavemente, pensando:

«Oh, Chris... ¿Cómo he podido dudar de ti? ¿Quién podría...?»

Tenía que dominarse, porque cuando la canción acabara tenía que colocarse junto a su marido y a su hijo. Pero no fue lo bastante rápida. Antes de que le fuera posible llegar adonde se proponía, Mr. y Mrs. Allen, cogidos del brazo, se adelantaron hacia el muchacho.

—¡Bien venido, Christopher! —dijo Mrs. Allen con su dulce voz—. Nos alegramos de que estés al fin en tu hogar.

—¡Bien venido, muchacho! —repitió Mr. Allen cogiendo las dos manos de Christopher y estrechándolas entre las suyas.

Luego, se volvió hacia Chris:

—Felicidades, Winters. Tiene usted un hijo espléndido, realmente espléndido. Me alegro de que lo haya encontrado. ¡Me alegro... de todo!

Los invitados permanecían inmóviles, indecisos. Después, súbitamente, decidieron seguir el ejemplo del anciano matrimonio Allen que había sido siempre su guía. Laura atravesó corriendo el vestíbulo y ocupó su lugar junto a Chris. En medio de los apretones de manos, de las miradas curiosas y de las diferentes sonrisas, encontró el momento de susurrar:

—¿Y qué pasará ahora, amor mío?

Él sonrió levemente.

—¡Quién sabe!

—Al menos —musitó ella—, ahora somos tres.

—Hasta aquí muy bien —convino Chris.

—Hasta aquí muy bien —repitió ella.

Y buscó la mano derecha de Christopher.

Cuando en el reloj comenzó a sonar la hora mágica, las voces de los amigos que los rodeaban se unieron en la canción. Entre ellas, Laura distinguió la de su hijo Christopher: «Si los viejos amigos son olvidados...» No, ella no olvidaría nunca. Pero Soonya, Mr. Choe, Corea, todo pertenecía al pasado, y era ya un nuevo año.

Notas

[1] *Post Exchange*. Economato militar. <<

[2] Scuba. Self-Contained, *Underwater Breathing Apparatus*. <<

[3] Verso inicial de la canción *America, the Beautiful*, que es casi un segundo himno nacional norteamericano. <<